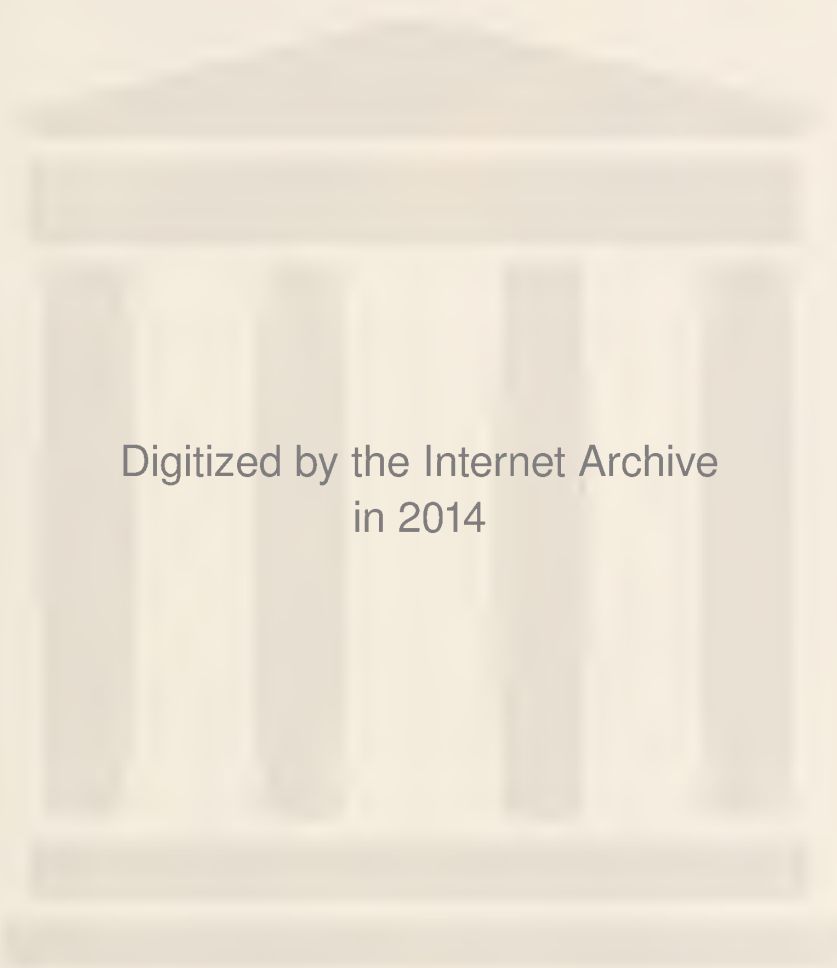




BV
4254
.57
C53
1929



Digitized by the Internet Archive
in 2014

EN SERMONES LAICOS



usalén

(AAMANO 3317)

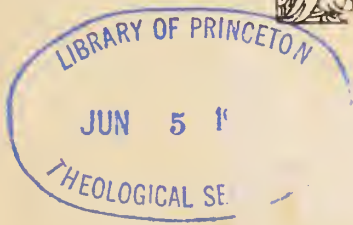


CIEN SERMONES LAICOS

FOR

"MATUSALEN"

Publicados en LA PRENSA de Lima,
ediciones de la tarde



Talleres de
—
LIMA

DERECHOS DE PRO-
PIEDAD RESERVA-
DOS POR G. FORERO

INDICE

	<u>Página</u>
El optimismo, factor de belleza.	3
Contra el salto en el vacío y las tinieblas.	5
La muerte de un luchador.	7
La dignidad del Trabajo.	11
¿Qué es más importante, el amor o el trabajo?. . . .	15
La vida es una noble vocación y no una vil mercancía	17
Hay que vivir vida de ideales y no vida de instintos. .	19
Hay que sentir y comprender las fuerzas que dominan la vida.	21
La cooperación y no la competencia es la ley de la naturaleza.	23
Padres e hijos.	27
Los señores médicos hablan demasiado.	31
Seamos leales con nosotros mismos.	35
Causas y efectos son inseparables.	37
En el mundo de los sueños.	41
Necesitamos madres de armas tomar.	43
El ayuno, factor de salud y de rejuvenecimiento. . .	47
La prevención de la delincuencia.	51
De cómo el matrimonio prolonga la vida	55
Pecamos por exceso y por defecto de tolerancia. . .	57
¡No arrojéis de vuestras vidas al Amor!	59
Los pobres ricos y los ricos pobres.	61

IV

Debemos vivir de acuerdo con nuestros ideales.	63
Todos debemos aprender a asumir responsabilidades	65
Sobre los dos tipos de egoísmo.	67
El hogar, la escuela y los ciudadanos.	69
Los premios de la vida son para los fuertes y los sanos	71
La inmoralidad es producto de la decadencia física.	75
Ni el cielo es casa de limosnas ni el hombre fue creado para mendigo.	77
Hay quienes se empeñan en matar el amor.	79
Juventud y maternidad.	81
Romanticismo y juventud.	83
El más grande suceso de la vida.	87
El instinto de conservación	89
Elogios que estimulan para hacer bien nuestra tarea	93
El odio que envenena y la vigilancia que estimula. .	97
Debemos confiar en nosotros mismos y sólo en nuestro esfuerzo.	99
Los certificados de salud y fortaleza y los diplomas de competencia.	101
Nuestros deseos y nuestras necesidades.	103
En busca de la verdad.	105
El amor que mata.	107
Hay que estabilizar la Nación fortificando los hogares	111
El ocio de los hombres de trabajo es sagrado.	113
Todo lo queremos arreglar con leyes escritas.	117
El ejercicio físico y el sentido de la vida	121
El amor que embellece y vivifica.	125
Hay que entrenarse para recibir el amor.	127
El primer deber de las madres: alimentar a sus hijos.	129
A Dios rogando y con el mazo dando.	133
Hacia la hermandad entre los hombres.	137
Hay que conservar el espíritu de la juventud.	141
El ideal, el esfuerzo y la voluntad.	143
La democracia y el automóvil.	145
No es oro todo lo que reluce.	147

Para que no haga daño, la mujer hay que tomarla a grandes dosis.	151
Los juguetes que deben proscribirse.	155
Ya sólo los médicos creen que lo que mata al sano puede curar al enfermo.	159
La tremenda responsabilidad de los maestros.	161
El amor que crea y vivifica.	165
Las uvas del Imperial.	167
Las madres que roban y traicionan a sus hijos.	169
La vulgaridad y la pornografía en las escuelas.	173
"Junté buenas manzanas con otras ya enmohecidas..."	175
Hombres estacionarios y mujeres progresistas.	179
La salud de las niñas y de las señoritas.	183
Sueños convertidos en realidades.	185
Cómo se gana la confianza pública.	187
Al niño hay que enseñarle el dominio de sí mismo.	191
El triste caso de Charlie Chaplin.	195
De puntillas y muy quedo.	199
Alta y baja policía.	203
La esclavitud de la inteligencia.	207
El buen predicador debe tener días frívolos.	211
Todo amor se acaba, pero a todo amor debemos reverencia.	215
El aburrimiento se combate con el trabajo, el estudio y el amor.	219
Caminando conservan los jóvenes su juventud y la recuperan los viejos.	221
La vida es acción: tenemos que avanzar o retroceder.	223
Elogio del Carnaval.	227
Muchos son los llamados y pocos los escogidos.	231
¿Qué cosa es la educación y "en dónde se le encuentra?"	233
Hay que tener aspiraciones y saber luchar por ellas.	237
"Vete y no peques más".	241
Remedios que matan y médicos que enferman.	245

VI

Página

Opongamos la eficacia de la educación a la ineficacia de la cachiporra.	249
¡Qué muera lo viejo!	253
Avalúese usted mismo en su justo valor.	257
Contadnos una bella historia de amor.	261
De la virtud, la tentación y el carácter.	265
Recomiendan la medicina, pero ellos no se la toman.	269
No es de recibo morir de gripe	273
Contratos de compra-venta.	277
Confíe en usted mismo, y desconfíe siempre de los demás y de las demás.	281
Hablemos de la verdad en el amor.	283
El trabajo es para las bestias: dediquémonos a jugar.	287
La vida es lo que de ella haga cada uno de nosotros.	291
Las mujeres que matan.	295
"Me duele el corazón pero me río...!"	299
Para apreciar la vida en su valor hay que aprender a vivir.	303
"La letra con sangre entra..."	305
La retirada clásica.	307
El maestro debe cerrar el libro de vez en cuando y contemplar a sus discípulos.	311
Los riesgos deben correrse cuando son por causa que valga la pena.	315
Discurso sobre la Cooperación	319



Dos palabras del autor



Numerosos lectores de estos Sermones han expresado repetidas veces, de palabra y por escrito, el deseo de que se recojan y publiquen en volumen.

El autor ha vacilado mucho antes de consentir en semejante cosa, y eran tantas las objeciones que se le ocurrían que sólo ahora, cuando ya se han publicado en LA PRENSA más de seiscientos sermones, se decide a ofrecer en este librito el primer centenar.

El autor recuerda el caso de un compatriota suyo que adquirió gran reputación como escritor de costumbres, publicando un artículo por semana en algún periódico de aquellos tiempos. Al cabo de los años unos amigos del costumbrista decidieron obsequiarle en bella edición hecha en Londres, la colección de sus artículos, y . . . ¡ahí fue Troya! Los cuadros de aquel buen señor eran muy tolerables leídos de uno en uno y a razón de tres o cuatro por mes, pero recogidos en volumen como para devorarlos en unas pocas horas, resultaban tan penosos como el recorrido de la calle de la Amargura con la cruz auestas.

“Matusalén” no las tiene todas consigo, y al entregar al juicio de sus lectores este primer centenar de “Sermones Laicos” lo hace con la grave aprehensión de que van a correr la misma suerte que el librito de aquel buen señor a quien le hicieron el flaco servicio de coleccionarle sus artículos. ¡Ustedes lo han querido! ¡Cúlpense a sí mismos de la desilusión que sufran!

Matusalén



CIEN SERMONES LAICOS



CIEN SERMONES LAICOS

Por MATUSALEN

El optimismo, factor de belleza Los que de la belleza humana hablan despectivamente como si fuese un atributo que apenas tiene la profundidad de la piel, ignoran cómo está formada.

La belleza proviene de los más recónditos arcanos del cuerpo humano: es mental tanto como física; es optimista y dura más allá de la juventud.

El pesimismo es feo. A veces repulsivo.

El optimismo, al contrario, es hermoso, estimulante; conduce a las alturas en que brilla depurada la experiencia humana.

Una mujer bella es siempre optimista. Lo es también el hombre sano y fuerte, el de espíritu alegre y voluntad creadora.

El sér optimista conserva la belleza física al través de la edad madura y deja la huella luminosa de su paso aun en la vejez.

"Soy joven porque soy optimista," decía a los cincuenta años una ilustre artista que en esa época parecía de treinta o treintaicinco, y a su optimismo—no a las cremas y cosméticos, que apenas empleaba en la escena—atribuía el brillo de su mirada, la tersura de su cutis de niño, la firmeza de su dentadura.

El pesimismo reseca las flores de la esperanza; nos llena la vida de aprehensiones y terrores; nos presenta lo porvenir entre sombras y estampa su garra en nuestra faz sembrándola de arrugas y dándole los onos decadentes de la vejez y las enfermedades.

El optimismo llena el espíritu del contento de vivir; su benigna influencia desvanece hasta las arrugas del rostro y hace omnipresente la sonrisa que surge del corazón alegre y el ánimo confiado.

Hombres de poca fe! Rejuveneced vuestras vidas buscando en el optimismo la única fuente de juventud perpetua accesible al hombre.

Contra el salto en el vacío y las tinieblas Lo que somos lo debemos en gran parte al medio en que nos formamos.

La vida es la más eficiente de las maestras, y si las verdades que a ella atañen nos fuesen presentadas en su integridad y con todos sus detalles, estaríamos mejor preparados para encarar sus múltiples dificultades.

Pero casi todos hemos sido víctimas de falsas enseñanzas. Los maestros del tiempo en que éramos niños los cuarentones y cincuentones de hoy, sostenían que las inteligencias juveniles no estaban preparadas para confrontar las realidades de la vida: y así llegábamos a la edad madura puerilmente engañados.

Se nos enseñó a admirar al personaje audaz de la novela: "el héroe" por antonomasia. Seguíamos con creciente interés las peripecias de su aventura y devorábamos los capítulos en busca de feliz desenlace.

El hombre perverso aparecía de vez en cuando en la trama para hacerla más complicada, pero el final de la farsa era inevitable: la heroína se desmayaba en los brazos del héroe y de allí en adelante vivían juntos, felices y contentos.

Hoy todos sabemos que esta idea de la felicidad del matrimonio para arriba (o para abajo) es pura filfa. Precisamente las más serias dificultades y las más ponderosas responsabilidades de la vida empiezan al despedir a los señores invitados.

¿Qué sabe de la vida conyugal el adulto soltero?

En generaciones pasadas, sabía menos que nada, pues lo habían saturado de teorías idealistas sobre "el santo estado," y le era preciso olvidar esas rapsodias antes de empezar con provecho el examen de los hechos fundamentales.

Hoy las cosas han variado un poco, pero no lo bastante. Hay que acelerar la marcha.

El matrimonio no debe ser un salto en el vacío.

Los hechos vitales relativos a la paternidad y la maternidad no deben presentarse como el pergamino del náufrago, embotellados y sellados. Las divinas verdades que les sirven de base han de ponerse al alcance de las doncellas y de los jóvenes, esto es, de las madres y los padres de mañana.

Las novelas que lejos de falsear la vida la copian y la animan con los prestigios del arte, son de enorme valor educativo. Si los complicados problemas que surgen en el matrimonio, se presentan en ellas con fidelidad y se resuelven con inteligencia, nos enseñan a evitar muchos peligros.

La felicidad conyugal es como una bendición de lo alto. Pocas probabilidades tendrán de alcanzarla los que fueron en su busca sin más guía que el instinto.

Armados con la verdad, los jóvenes tendrán más probabilidades de elegir el compañero o compañera que más les convenga al través de la vida, y mejor preparados estarán para resolver los problemas que ésta se complace en presentarnos en cada peldaño de la empinada escala. . . .

A la doliente memo-
ria de Benigno Rada

La muerte de un luchador El pugilista Harry Greb fue un gran luchador.

Para muchas gentes este calificativo parecerá exagerado e impropio de lo que entre nosotros ha dado en llamarse un "catedrático de la chancaca." Pero el mundo deportista honrará en los años venideros la memoria del atleta ejemplar, valeroso y correcto.

Seguramente tuvo sus faltas: era humano y no había de escapar a las imperfecciones con que los hijos de mujer estamos marcados. Pero hasta pocos meses antes de su muerte, Harry Greb era casi invencible.

Comenzó a declinar. Libró su última batalla con la vida y se hundió en las sombras de lo desconocido.

Pero es aquí donde se suscita el problema de su muerte prematura e inesperada. Ibamos a decir, injustificada.

En un accidente automovilístico, de uno de los huesecillos de la nariz del boxeador se desprendió una astilla, y al cabo de algunos meses se juzgó necesaria una pequeña intervención quirúrgica.

Harry Greb era joven. Poseía gran vitalidad y entre bromas y veras fue conducido a la mesa de

operaciones en el hospital de Atlantic City sin la menor aprehensión en cuanto al resultado de la breve y simple operación a que iba a sometersele.

Pero Harry Greb murió en la mesa. No volvió en sí del estado de coma que siguió a la aplicación del anestésico.

Los anestésicos son siempre peligrosos.

En ningún caso es posible asegurar si el paciente a quien con ellos se duerme volverá a despertar. Se puede hacer el cálculo de las probabilidades favorables pero no se puede tener la certidumbre absoluta del buen éxito.

Se observa, además, un fenómeno que la gran mayoría de los médicos ignora u olvida: el atleta que ha pasado la vida casi sin emplear drogas o medicinas, es más sensible a los efectos de éstas que el valetudinario cuyo organismo se ha familiarizado con su uso.

Los cirujanos que operaron a Harry Greb seguramente pensaron que un hombre de su tamaño y su fortaleza necesitaría una alta dosis de anestésico para dormirse.

Ya es tiempo, nos parece, de que los comunes mortales nos demos cuenta de que no siempre el médico es el ejecutor de divinos designios, y que a veces comete errores.

¿Qué importá? dirán ellos.

En cualquier otra actividad o negocio los errores los paga caro el que los comete, pero en la práctica de las ciencias médicas, el doctor actúa y a la Divina Providencia se atribuyen los resultados... funestos.

Y si algún caso como el de Greb mueve las lenguas del escándalo y la murmuración, la Facultad se

reúne y con el manto piadoso de la solidaridad y un airado anatema a los legos en medicina, cubre al compañero que no observó las adecuadas precauciones.

Tal vez la hora de Harry Greb había llegado. Pero en el mundo del deporte por muchos años se preguntarán sus amigos por qué se dejó morir prematuramente a tan fuerte luchador.



La dignidad del trabajo En el mundo encontramos cinco tipos de seres humanos: el que funda todo su orgullo en los músculos de su cuerpo; el que se envanece de sus antepasados; el que se precia de sus riquezas materiales; el sabio y el intelectual que estiman a los demás según el grado de su inteligencia, y el hombre de corazón y de sentimientos fraternales que se complace en el servicio de sus semejantes.

Los hombres de músculo, de inteligencia, de “sangre azul” y de opulencia, debieran todos tratar de parecerse a este último tipo.

Los músculos no valen sino en cuanto nos permiten trabajar y servir.

La inteligencia y los conocimientos no deben tener otra finalidad que la de hacer más grata la vida de la especie.

La riqueza no debería ser sino el medio para alcanzar un fin altísimo.

Los antepasados. . . ! Ya llenaron su papel en la vida—bien o mal, pero ya lo llenaron. Dejémosles que descansen en paz y ocupémonos en el afán del día.

Somos nosotros—tu y yo, lector, y cuantos nos rodean—los que estamos aquí para trabajar y para servir.

Servir bien es el lema de nuestro tiempo. Para muchas gentes no es más que un lema, pero cada día es mayor el número de los que lo adoptan con espíritu de sincera devoción.

Todo trabajo honrado, enaltece.

Todas las cosas que valga la pena hacer, deben hacerse bien hechas.

No hay tareas serviles ni degradantes.

Quien sirve hace trabajo útil y todo servicio real es honorable y respetable.

Esforcémonos por servir cada día más y mejor. Ese es el camino recto para servirnos a nosotros mismos y dar gratas satisfacciones a nuestro espíritu.

La civilización es el fruto del trabajo. Su magnífica estructura la elevaron a los cielos las generaciones de hombres que trabajaron con las manos y con la inteligencia.

A nosotros y a los que nos sucedan en la vida nos toca la perenne tarea no sólo de conservar la civilización heredada, sino de renovarla, perfeccionarla y difundirla.

El único fundamento de la vida moderna es el trabajo.

Los holgazanes y los que eluden toda labor útil, no deben disfrutar del beneficio de la vida social.

Si el trabajo se distribuye bien hay para todos y todos debemos trabajar.

La ociosidad voluntaria—excepto cuando se trate de un paréntesis de descanso bien ganado—debe mirarse como un mal tan grande como la prostitución o el juego.

La ociosidad voluntaria es una forma del robo.

El haragán consume lo que otros producen. Vive del trabajo ajeno. Es el tipo auténtico del parásito.

Muchos padres se afanan en el torpe anhelo de que sus hijos "cuando grandes" no tengan que trabajar.

No se puede concebir mayor calamidad para tales hijos.

Porque lo que todos necesitamos es que se nos enseñe a trabajar y a servir a nuestros semejantes.

"Todo trabajo es oración: oremos!"

¿Qué es más importante, el amor o el trabajo? El Amor ocupa el primer puesto en la vida. Es fundamental y es eterno. Es la fuente de todo bien, pues sin él seríamos todos crueles, egoístas y brutales.

Algunos, sin embargo, se inclinan a creer que el Trabajo tiene por lo menos tanta importancia como el Amor, que no puede vivir sin aquél, cuando el Trabajo si puede perdurar sin el Amor.

Sucede que a muchos hombres la satisfacción de las necesidades de los suyos les impone tan gran cantidad de trabajo, que poco a poco van eliminando de sus vidas toda manifestación sentimental.

No les queda tiempo de ser afectuosos y llegan al fin de cada jornada sólo con ansias de silencio, de reposo y de paz.

Cuando el trabajo nos esclaviza de ese modo, nos convertimos en poco más que piezas de maquinaria, al parecer sin sensibilidad, y llegamos a convencernos y a convencer a los nuestros de que la vida no es sino trabajo, trabajo y más trabajo, sin horas de expansión y alegría, sin la satisfacción exquisita de las cosas superfluas, sin ninguna ilusión luminosa que se levante más alto que el inventario de la despensa o el saldo del banco.

Es por este camino de rutina y agrio y monótono positivismo como se le llega a dar a la palabra Trabajo un significado desagradable, casi pudiéramos decir, temible.

Pocas son las gentes que aman el trabajo, pero cuando uno llega a amar su tarea, ésta se convierte en una distracción que nos ofrece a cada paso nuevas y gratas sorpresas.

Para esto es preciso que las actividades que llamamos **trabajo** no sean sino los medios de alcanzar un fin: el de inundar la vida de alegría; el de hacer de la existencia un ensayo delicioso.

En otras palabras, el trabajo no debe ser el fin o propósito de la vida sino la base o cimiento de lo que pudiéramos llamar la casa del amor.

Porque así como no podemos vivir muchos días sin alimento, tampoco podemos realizar la vida sin afectos.

El amor le da gusto y fragancia a la vida; la estimula y la tonifica.

Cuandoquiera que dediquemos nuestro tiempo al trabajo debemos pensar que la verdadera retribución de éste ha de venirnos en forma de amor de aquéllos a quienes más queremos y que son el objeto de nuestros esfuerzos y vigiliass.

Es sólo así como la vida puede ofrecérsenos como si fuese un hermoso canto lleno de alegría, luminoso y sonriente.

La vida es una noble vocación, y no una vil mercancía “Que os inspire el convencimiento de que la vida es una noble vocación; que no es una mercancía vil y rastrera de que hemos de desprendernos a cualquier precio, sino un excelso destino.”

Estas son palabras de William Gladstone, el más grande de los estadistas ingleses del pasado siglo.

Gladstone no es ya sino un recuerdo, pero un recuerdo perenne por el papel extraordinario que desempeñó en el grandioso drama de la vida británica. Y dejó huella indeleble en la historia porque vivió en armonía con el concepto que de la vida humana tuvo: “un excelso destino.”

Para que podamos hacer de nuestras vidas “una noble vocación,” tenemos que empezar por reconocer sus posibilidades. Nadie puede elevarse a las vertiginosas alturas del sentimiento o de la idea si no posee la imaginación capaz de llevarlo en sus alas hasta esos al parecer fantásticos dominios.

Si pensáis que la vida es una prueba ruin la gastaréis con menosprecio.

Pero no! La vida será una maravillosa aventura si así lo queremos. Prosaica y monótona la encuentra tan sólo el que tiene la imaginación del mulo que le da vueltas a la noria.

Cada uno de nosotros es el producto de su propia mentalidad. Pensando alto nos remontaremos a lo

desconocido. Y nadie es capaz de imaginar qué altitudes espirituales podrá alcanzar. . . . si se lo propone.

El pasado no ha de mirarse como un precedente invariable que limite nuestra acción. No hay día en que no se bata algún record, pues continuamente entramos en contacto con nuevos factores que influyen sobre nosotros para nuestro bien o para nuestro mal.

Gladstone creía que su vida era una grande y noble vocación, y todos sabemos que su obra política lo ha colocado en la Historia a muchos codos por encima de los rebaños de la mediocridad.

El destino humano desconoce todo límite. Nadie sabe lo que más adelante le espera; nadie puede predecir lo futuro. Uno puede hacer su carrera en años de labor incesante o destruirla en minutos de atolondramiento. Podemos alcanzar alturas sublimes o vernos reducidos a deslizarnos bajo la hojarasca como las lombrices de la tierra.

Si queremos sobresalir, pongamos la mira en las estrellas. Que no nos arredre el vuelo de la imaginación hacia el azul del firmamento. Tal vez tengamos que hacerla descender y traerla a tierra, pero apuntando a lo alto, nuestra orientación será siempre la correcta.

No os atengáis tampoco a las riquezas materiales. Los mayores bienes que un hombre puede poseer son su vida y su salud, y ellos le bastan para cualquier empresa. Cultivad la vida y defended la salud: os darán la victoria.

¡Arriba y adelante, siempre adelante! ¡La vida es una noble vocación!

LA PRENSA, edición de la tarde, 30 de noviembre, 1926

**Hay que vivir
vida de ideales
y no vida de
instintos**

¿Para qué sirven la razón y la
inteligencia?

Creemos que estas facultades le
fueron dadas al hombre para
ayudarle a vivir en un nivel su-

perior al del bruto.

Sin embargo, algunos de nuestros semejantes no
parecen emplearlas sino para hundirse en un lodo que
repugnaría a los irracionales.

A la bestia no la gobiernan sino impulsos ciegos.

Casi todos sus actos son instintivos.

Pero sus impulsos y sus instintos no están per-
vertidos. Se producen en armonía con su constitución
primitiva y no la apartan de los senderos que la sabi-
duría de la naturaleza le señala.

El hombre, al contrario, se deja arrastrar a me-
nudo por impulsos perversos y por instintos depra-
vados.

La naturaleza disciplina a todos los seres anima-
dos, pero el hombre a veces se rebela contra este guía
y endereza su rumbo en oposición al que le indica la
armonía del universo.

De este modo hemos llegado al extremo de que
muchos hombres no empleen su razón y su intelligen-
cia sino en imaginar pobres excusas para vivir una vi-
da de impulsos alocados.

En vez de mirar a lo alto, se entretienen en escu-
drñar los bajosfondos de la corrupción.

En vez de emplear su facultades en dominar sus apetitos, se entregan a su satisfacción inmoderada. De este modo, lejos de dominar sus deseos o sus caprichos, se convierten en pobres juguetes de su concupiscencia.

El sentimiento de la dignidad humana nos mueve a decir que tales situaciones deben enmendarse.

El hombre ha de mantenerse fiel a su rango en la naturaleza.

Debe subordinar su animalidad a las más altas potencias de su espíritu.

Y mientras más se eleve sobre los planos de la existencia puramente material, más grata le será la vida y más duraderas satisfacciones podrá extraer de esa cantera inagotable.

Los altos goces del espíritu son mucho más intensos y fecundos que la mera satisfacción de los sentidos.

Dejemos de ser el juguete de la pasión y el capricho.

Formemos la resolución de impedir que actos impulsivos nos alejen de la ruta que nos señala el concepto de nuestra dignidad.

El goce de los sentidos no es ni puede ser el objeto de la vida. Debemos mantener delante de nosotros los más altos ideales que se traducen en una existencia pura, libre, sana y útil a nuestros semejantes. Y que todos nuestros esfuerzos se encaminen a vivir en armonía con esos ideales, que sin duda ha sembrado en nuestra mente y en nuestros corazones el genio de la Especie.

**Hay que sentir
y comprender
las fuerzas que
dominan la vi-
da**

La vida es una aventura maravillosa.

Que uno pertenezca a los altos círculos sociales o a modesto gremio de trabajadores; que sea pobre o rico, son cosas de poca importancia. Cada nuevo día le trae un nuevo espectáculo lleno de posibilidades incalculables.

Claro que muchas gentes no aciertan a percibir cosa alguna digna de asombro en la vida. La encuentran monótona y aburridora, y piensan que no hace más que repetirse hora por hora, día por día.

Pero es porque en este mundo nuestro, abundan los seres de que hablaba el Evengelista que tienen ojos y no ven, que tienen oídos y no oyen. Y sobre todo, los que hablan y nada dicen.

Esas gentes no tienen remedio: son los parientes más cercanos del irracional, que no posee el don humano de la palabra ni el don divino de la risa. Son seres que se quedan dormidos al nacer y que pasan como sonámbulos por la existencia.

En cambio, los hay que irradian vida, alegría y movimiento. Son los privilegiados cuyos ojos perciben todos los matices del panorama y cuyos oídos registran todas las armonías del ambiente.

Su conocimiento de la vida humana es completo, integrante. Por eso pueden participar de los goces de los demás y sentir como propios los ajenos dolores.

Ellos son los que acendran del panal de la existencia las más dulces mieles. Poseen la divina chispa que nos muestra las cosas como son y nos alumbra el camino. Son "la sal de la tierra." Y cuando triunfan en sus empresas pueden jactarse de que deben su buen éxito a su capacidad para sentir y comprender las fuerzas dominadoras de la vida.

**La cooperación
y no la compe-
tencia es la ley
de la natura-
leza**

Poco después de que Darwin y Wallace enunciaron la famosa ley de la selección natural, Herbert Spencer la interpretó de tal modo que la hizo significar “la supervivencia del más apto.”

Considerada de este modo la ley de la selección, no podía concebirse a la Naturaleza sino como una ciega y cruel madrastra; como una fiera de garras ensangrentadas, y la evolución era una montaña empinada y sangrienta por la cual los seres vivientes ascendían sobre los cadáveres de sus semejantes.

El individuo aparecía comprometido en una guerra perpetua contra todos los demás seres, y este concepto de gladiadores se hizo extensivo a las colectividades humanas.

Se enseñó, por lo tanto, que la competencia era la vida del comercio y la industria, y la “lucha por la existencia,” que se suponía esencial en la Naturaleza, se invocó para justificar su establecimiento en la sociedad.

Se fue aún más lejos: en algunos países de Europa florecieron filósofos con jinetas de sargento que ensayaron la justificación de las guerras presentándolas como fenómenos que no eran sino la manifestación organizada de la lucha perenne entre todos los seres animados.

Los aristócratas pretendieron justificar su predominio declarándose los más aptos, y las colectividades civilizadas se asimilaron a la fauna de las selvas donde se suponía que las especies más fuertes se perpetuaban y se imponían gracias a una lucha incesante e inmisericorde.

Se aseveraba que de estas carnicerías resultaba el progreso, y que la sociedad humana no podía organizarse lógicamente si no tomaba como modelo el orden establecido en la selva por la garra y la mandíbula.

Uno de los altos espíritus que con más acierto e inteligencia han combatido estas rampantes teorías es el de aquel célebre revolucionario que conoció todas las amarguras de la vida y todas las satisfacciones de la ciencia: el príncipe Kropotkin.

Se propuso demostrar que la **cooperación** y no la **competencia** es la ley de la Naturaleza, y adujo pruebas y observaciones que calificaríamos de concluyentes si nouviésemos presentes la perpetua renovación de la verdad—que experimenta cambios aun más sorprendentes que los de la mentira—y la eterna relatividad de las cosas.

“La competencia—escribió Kropotkin—es siempre funesta a las especies, y el hombre dispone de recursos incalculables para evitarla. . . Uníos. Practicad la mutua ayuda. Es éste el mejor medio para dar a todos y a cada uno, la mayor seguridad y las más eficaces garantías de existencia y progreso material, intelectual y moral.”

El célebre pensador halló que la lucha por la existencia “no era en general sino la defensa colectiva contra circunstancias adversas y no mortal competen-

cia entre los individuos," y la historia confirma sus teorías enseñándonos que todos los grandes progresos de la raza humana han sido alcanzados por la cooperación.

Estas ideas comienzan a alumbrar la vida contemporánea y debemos confiar en que ellas acabarán por destruir los prejuicios y rivalidades que separan a los hombres.



Padres e hijos El deber esencial de los padres para con sus hijos es educarlos de tal modo que al llegar a la mayor edad sean personas útiles, capaces de hacer algo bien hecho y de resolver con acierto los problemas de su propia vida.

Algunos padres creen que por el hecho de haberles dado la vida y haberlos amado y cuidado en la niñez, sus hijos les deben una eterna deuda de gratitud que nada ni nadie puede saldar jamás.

La gratitud, como todas las demás cualidades que es capaz de albergar el corazón humano, tiene valor y eficacia tan sólo cuando se produce libre y espontáneamente. La gratitud impuesta es un contrasentido.

Está muy bien que un hijo cuide de sus ancianos padres y se afane porque de nada carezcan en la edad provecta; pero esa actitud debe nacerle del corazón; debe resultar naturalmente de la atmósfera de abnegación y cariño en que se le haya formado, pero no puede ni debe ser considerada como una obligación ineludible, entre otros motivos porque ella le quitaría todo mérito a las manifestaciones del amor filial.

Por otra parte, tampoco es obligación de los padres acumular riquezas para que sus hijos adultos encuentren resueltos los problemas de la existencia. El mayor mal que le puede ocurrir a un hombre es nacer condenado a la ociosidad.

Los padres deben ante todo proveer para su propia vejez, para los años de su incapacidad, y su deber para con los hijos está cumplido enseñándoles a trabajar y a vivir dentro de la ley de Dios, que incluye en todas sus partes la ley de la Higiene.

La autoridad paterna, en el sentido estricto de la expresión, cesa cuando el hijo se basta a sí mismo y es capaz de subvenir a sus necesidades. De allí en adelante, los padres deben ser amigos y consejeros, y de ningún modo directores.

Aún hay padres que creen que pueden o deben intervenir en la elección de esposa o esposo para su hijo o su hija, y pretenden ejercer toda la autoridad que ellos mismos se atribuyen para evitar que se casen o por lo menos para retardar el matrimonio de sus descendientes.

Están en un error. El consejo de los padres deben los hijos ponderarlo con ánimo desprevenido y pensando en que lo inspira el deseo de su felicidad; pero los padres no tienen derecho de retardar un matrimonio razonable, pues tal actitud puede traer funestas e irremediables consecuencias.

El deber de los padres está cumplido para con sus hijos si cuidaron de formarlos sanos y fuertes; les enseñaron a trabajar y los persuadieron de que ningún trabajo honrado es humillante o depresivo.

Por su parte, los hijos tienen el derecho de vivir su propia vida desde que se hallan en actitud de sostenerse con independencia, y si llega el día en que a su vez se encarguen de sus padres, que lo hagan así por movimiento espontáneo de sus corazones, para que su

conducta generosa no pierda su mérito y que por la nobleza de sus actos pueda señalárseles como espejo de caballeros cristianos. El hijo que abandona a sus padres en la incapacidad y la miseria, renuncia a la mayor de las satisfacciones que puede producirle su dinero.





Los señores médicos hablan demasiado

En una convención de siquiátras que se reunió hace algunos meses en Nueva York, su presidente, Floyd C. Haviland, declaró que las enfermedades mentales de carácter grave habían aumentado en los Estados Unidos de 170 por cien mil habitantes en 1890 a 245 por cien mil en 1923.

Puesto el buen doctor a buscarle causas a tan alarmante desarrollo, no tardó en averiguar que en el mismo período (1890-1923) la duración media de la vida había aumentado en 15 años.

Y planteó este egregio postulado: "la gente vive más; por lo tanto tiene más ocasiones de enfermarse..."

La teoría del doctor Haviland resulta en extremo cómoda... para la profesión médica.

¿Que aumenta el cáncer? ¡Claro! La vida dura más y por lo tanto disponemos de más años para contraerlo y sufrirlo.

¿Abundan las arterioesclerosis y las enfermedades del corazón? Naturalmente: ahora hay más viejos, ahora somos viejos casi todos!

Hasta hace pocos meses, los médicos negaban el aumento de éstas y otras enfermedades. Decían que las mayores cifras que se registran daban una impresión errónea; que más o menos había la misma proporción de diabéticos, cardiacos, locos, cancerosos,

etc., que antes, pero que ahora se diagnosticaba mejor y por eso crecían los guarismos de las estadísticas, pues casi todos los mortales dan el salto en el vacío sabiendo con exactitud casi matemática qué mal los mata, cosa que, dicen, no sucedía antes.

Todo esto—la teoría del doctor Haviland, que culpa de todo a la mayor duración de la vida, y la que explica las cifras alarmantes de nuestra época por los progresos en el diagnóstico—es filfa, truculenta filfa “de la más pura latinidad,” que nada tiene que envidiar a las pseudodemostraciones de los curanderos empíricos y los fabricantes de remedios sánalotodo.

Es falso que la vida se haya prolongado. Los seres humanos no viven hoy más que ahora cincuenta años. En realidad viven menos.

A cualquiera se le va a hacer creer que un estado medio de mejor salud y más años de vida aumentan los casos de locura y de las enfermedades llamadas degenerativas!

Estas deben de tener una causa muy distinta de la buena salud y mayor duración de la vida, y esa misma causa puede determinar las degeneraciones mentales y nerviosas.

El aumento en la duración de la vida es sólo aparente. Es un **promedio**, y no un valor efectivo. Es una cifra de relación puramente teórica y de ningún modo puede influir en las dolencias peculiares de la edad madura.

El “aumento” está al principio y no al fin de la vida. En los países civilizados se cuida a los niños un poco mejor que antes, y de allí resulta que se mueren menos niños; que de los que nacen son ahora más los que llegan a la pubertad y aún a la edad madura. Se

mueren menos bebés y esto naturalmente influye en los promedios generales de mortalidad y pone un poco más alta la edad media de la muerte.

Pero el adulto no cuida ni de su salud ni de su vida con el esmero que ahora se tiene por las vidas infantiles. Todo lo contrario, pasamos los años buscando medios lentos de suicidarnos sin parecer que lo hacemos.

Rarísimo es el adulto que vive ortodoxamente dentro de los mandamientos de la higiene: de ahí el aumento evidente e innegable de las enfermedades degenerativas que padece. Y como acude a los médicos en solicitud de tónicos para sus nervios superexcitados, las drogas que éstos le dan pronto lo llevan al campo en que medran y prosperan el doctor Haviland y los especialistas de su ramo, que acabarán por volvernos locos a todos. . .

Porque si un loco hace ciento ¡cuántos no hará un loquero!



**Seamos leales
con nosotros
mismos**

Ningún bien permanente se ha derivado jamás para la humanidad, del dolo o el fraude.

El engaño y la hipocresía tal vez produzcan beneficios inmediatos, temporales, a los individuos que a tales medios acuden; pero la tendencia a generalizar su empleo en la colectividad, es destructora y desmoralizadora.

A veces por no ofender a un interlocutor le decimos alguna mentirilla de las que a nadie dañan, pero el valor de tal subterfugio es muy dudoso.

Las mentiras llamadas “blancas,” como todos los embustes, tienden a formar el hábito de proceder con falsía. En gran parte la veracidad llama mucho la atención no por lo que tenga de extraordinario o de heroico en sí misma, sino por lo raro que es dar con ella. Llegamos a pretender engañarnos a nosotros mismos.

“La honradez es la mejor política,” dijo Wáshington. La honradez es buen negocio: da utilidades sólidas, tangibles. El pícaro siempre acaba mal: sin reputación y sin dinero.

Cuando aprendamos a ser honrados, francos, sinceros con nosotros mismos y con las personas con quienes tratamos, veremos que nuestra vida no es cosa desdeñada ni desdeñable, y su significado será amplio y claro y sugerente.

El carácter se forma venciendo dificultades.

Los fracasos no deben abatirnos. El único hombre que no ha sufrido reveses es el que jamás tuvo iniciativas. Como nunca intenta explorar nuevos caminos, desconoce los obstáculos que los obstruyen.

Es principalmente por nuestros fracasos como aprendemos a triunfar. Federico el Grande, el más portentoso estratega de su tiempo, llegó a dominar la suerte voltaria de las armas en la tremenda escuela de las derrotas.

Causas y efectos son inseparables

Triste es el destino de la especie humana. La acompañan por dondequiera el dolor y las mayores miserias.

Casi toda persona que encontramos está arrojando lo mejor que puede o un sufrimiento físico o algún gran dolor moral.

Es imposible expresar en forma tangible o en cifras que la imaginación pueda concebir y apreciar, la cantidad de sufrimiento que rodea al hombre.

Todos los hospitales; asilos, clínicas, etc., son otros tantos monumentos erigidos al sufrimiento humano.

Todas las iglesias, las organizaciones fraternales y caritativas, las casas para los desamparados, para huérfanos, inválidos y ancianos, son también testigos de la infinita miseria que nos abrumba.

Las cárceles y presidios, los tribunales, juzgados y comisarías existen también por la imperfección y la miseria moral del hombre.

Por otra parte, tampoco es posible medir la magnitud de los esfuerzos que en todas partes se realizan para combatir el crimen, la degeneración y el pauperismo.

¿Dan esos esfuerzos algún resultado? ¿Disminuyen el dolor físico o logran reducir las actividades criminales?

A veces pensamos que los resultados no corresponden a la magnitud de las fuerzas puestas en movimiento. Tal vez las agotamos en el tratamiento de sus síntomas o efectos; en el producto final y no en perseguir las causas generadoras.

Nos esforzamos por curar las enfermedades, y no hacemos casi nada para prevenirlas.

Queremos que los médicos nos den fuerza y salud, y ellas ni suelen estar a su alcance ni hacemos nosotros cosa alguna para merecerlas.

Castigamos al criminal pero hacemos caso omiso de las causas del crimen.

Damos limosnas a los pordioseros, pero apenas si uno que otro gobernante como Leguía se preocupa por eliminar las causas de la mendicidad.

Los nuestros son métodos de remendón. Cortamos las ramas del árbol del mal pero jamás nos atrevemos con sus raíces; ponemos remiendos de tela nueva en los harapos infectos y—tradicionalistas y conservadores a fuerza de perpetuarnos en sucesivas generaciones—pensamos más en remedios para curar que en disciplinas para prevenir. En formas distintas y con vocabularios renovados seguimos ignorando la correlación de causa y efecto como en los tiempos en que la humanidad creía en hadas, brujas y magos.

Tenemos que aprender a buscar las causas de todo mal para eliminarlas; ir rectamente a la enmienda sabiendo que lo que nos castiga son nuestros errores o nuestras faltas, y que mientras sigamos cometiéndolos continuaremos cosechando sus funestas consecuencias.

La causa y el efecto son fatalmente inseparables: ésta es la verdad fundamental que no debemos perder de vista cuando intentemos cualquier labor regeneradora. Causa y efecto, dijo Emerson, no son sino dos lados de un hecho; los medios y el fin; la semilla y el fruto, pues el efecto germina desde el principio en la causa: el fin preexiste en los medios, y la fruta, en la semilla.



En el mundo de Tuve un sueño, nos escribe un
los sueños corresponsal, y en él acumulé
cuantos goces ofrece la vida.

Todo aparecía a mis ojos dotado de serena belleza.

Pero cuando desperté a la realidad me encontré en el perpetuo ambiente de mis afanes, monótono, prosaico, sórdido y vulgar.

La tarea diaria, dura y larga, acudió a mi memoria, y me pareció que el cristal de mi ventana no reflejaba la figura de un hombre sino la de una bestia de tiro condenada a dar vueltas a la noria para ganarse el pienso de cada día.

Pero me incorporé con ánimo resuelto y sintiéndome como inspirado por una secreta fuerza, me dije:

—Voy a encarar como hombre mis problemas; voy a hacer de mis sueños, realidades.

¿Por qué no?

¿Por qué no luchar por algo mejor que rompa la monotonía de las horas?

Desde entonces he soñado despierto. No he ido muy lejos pero he adelantado, porque en el mundo de los sueños encuentro inspiración.

Tal vez no estoy destinado para grandes cosas; pero como tampoco estoy satisfecho con las viejas rutinas, a cada paso entreveo y adivino la promesa de mejores destinos.

Posiblemente no logro triunfar todos los días, pero tengo la confianza del que ya se va acostumbrando a vencer. Los mismos fracasos me son útiles por las lecciones prácticas que me enseñan.

El mundo fantástico de los sueños me ha mostrado el camino y por él marchó con el ánimo ligero y el paso firme.

Soy el fruto sagrado de la Imaginación, el Trabajo y la Perseverancia. Soy el Carácter.

**Necesitamos
madres de ar-
mas tomar**

Hace pocos días leímos en diarios norteamericanos que Bud Stillman, heredero de cuantiosos millones, ha hecho público su propósito de casarse con una doméstica que estuvo varios años al servicio de su señora madre.

Algunos periódicos cuyos directores creen acordarse de cuando sus tatarabuelos vinieron a América en el "Mayflower" y fundaron las colonias de Nueva Inglaterra que más tarde formaron el núcleo principal de la Unión, han censurado al joven Stillman por lo que ellos consideran como una traición a su stirpe, a su posición social y hasta a su dinero. Otros, al contrario, lo han aplaudido. Sin incurrir en las exageraciones de estos últimos, creemos que están en lo justo y que le sobra razón al joven millonario.

Es obvio que Stillman no busca en este matrimonio sino una alianza de amor. Una pobre doméstica — "muchacha para todo," que dirían las damas que con tan buen juicio utilizan la "Bolsa del Trabajo" (anuncios económicos) de LA PRENSA—no puede ofrecerle ni dinero ni posición social. No dispone sino de su corazón y su palmito.

Que no es poco ofrecer, y mucho menos en el caso de esta exsirvienta que los diarios de Nueva York describen como un espléndido modelo de humaniciad, bien conformada, sana, en plena juventud y llena de

vigor y alegría. Es la hija de un aserrador de la frontera canadiense y su lindo rostro, virgen de afeites y cosméticos, y las elegantes líneas de su esbelto cuerpo, dicen bien de las excelencias de aquellos climas y de la vida honrada, al aire libre y en constante actividad.

Insistimos en esta descripción porque en el caso del joven Stillman el factor físico tiene que solicitar preferentemente la atención de los que se detengan a considerar el problema del heredero millonario.

Stillman ha podido casarse—y seguramente su mamá y su papá y sus tías y sus amigos esperaban que así lo hiciera—con alguna joven “de su clase,” otra millonaria de la quinta avenida, descendiente de alguno de “los cuatrocientos” que forman la aristocracia plutocrática de los Estados Unidos. Pero esas jovencitas que fuman cigarrillos egipcios, que trasnochan bailando chárleston, que duermen de día y a puerta y ventana cerradas, que sufren de jaquecas una tarde sí y otra también, que leen a Oscar Wilde y viven llenas de alifafes nerviosos estimulados por la escrófula nativa y que, frutos de alianzas de conveniencia, van por el mundo sin caderas para la maternidad, no entusiasman al joven Stillman.

Busca en su matrimonio algo que vale más que los bienes pignorables. Quiere una compañera de esas que en el hogar se convierten en mujeres de verdad, hechas y derechas, mujeres que con su salud y su belleza y su amor estabilizan la familia y le dan vida y alegría con los hijos robustos, dignos de tales madres, que traen a la vida.

Es una verdadera lástima que sean pocas todavía las madres que, por su experiencia personal, se den cuenta de que la clase de francés y de bordados sirven

de muy poca cosa cuando de asegurar la dicha y el sosiego del hogar se trata, y que nuestro tiempo exige de la mujer cualidades más positivas que el conocimiento fragmentario de los clásicos. Es una lástima que nuestro "bello sexo" se resista a comprender que la vida sedentaria hace de la mujer o una enana depauperada, inepta para las funciones y deberes de esposa y madre, o un obeso saco de flácida jalea. A todas estas cosas debe de profesarles un santo horror el joven Stillman, que es hombre nuevo, hombre de estos tiempos en que el mundo quiere y necesita **madres de armas tomar!**



El ayuno, factor de salud y de rejuvenecimiento.

El ayuno empleado con discreta frecuencia prolonga la vida. Hace algunos años que el profesor inglés Huxley llevó a cabo algunos experimentos muy interesantes. Tomó una familia de lombrices de tierra y aisló a uno de sus individuos, al que alimentaba en la forma ordinaria pero le obligaba de vez en cuando a observar períodos de ayuno. A los demás les permitió vivir y comer como estaban acostumbrados a hacerlo.

El resultado fue de una elocuencia inesperada: la lombriz sometida a periódicos ayunos sobrevivió a diez y nueve generaciones de su familia.

Huxley decía que el comer no era sino una cuestión de hábito. En la niñez y la juventud, cuando el crecimiento normal exige más combustible, se adquiere la costumbre de comer cantidades excesivas de alimentos, que años después son innecesarios al individuo totalmente desarrollado, pues ya no tiene que proveer sino para el sostenimiento y renovación fisiológica de su organismo y no para su formación y desarrollo.

El exceso de alimentos obstruye los canales de la vida y produce la muerte.

Los ganaderos saben que unos pocos días en las dehesas semiagotadas, remozan sus vacas y caballos.

El profesor Child de la Universidad de Chicago continuó los experimentos de Huxley y encontró que las lombrices alimentadas con abundancia eran perezosas, se enfermaban a menudo y envejecían prematuramente.

El mismo experimento con caballos dio idéntico resultado y demostró, además, que unos días de ayuno preparaban en ellos un período de rejuvenecimiento.

Por último, no hay que olvidar el caso de aquel noble veneciano, Luigi Coronaro, a quien una vida de licencia y sensualidad desenfrenadas puso a los cuarenta años a las puertas del sepulcro. Sus médicos le dijeron que ya nada podían hacer por él y le aconsejaron que arreglara sus cuentas con Dios y con los mercaderes.

Coronaro decidió reformar sus costumbres. Abandonó los placeres de la mesa, los licores y la sociedad de nuestras mortales y deliciosas enemigas. Consumía los más sencillos menús y periódicamente ayunaba por dos o tres días.

De este modo recobró la salud y murió de más de cien años.

La gente gorda no llega a vieja—esto lo tienen averiguado hasta la saciedad las compañías de seguros—y, como solía decir Sylvester Graham, “tal vez un bebedor consuetudinario logre alcanzar una edad avanzada, pero ningún glotón lo ha conseguido.”

Comer poco y ayunar de vez en cuando como lo hacían los apóstoles—Lucas, el médico, ayunaba semanalmente—y como lo hacen los hebreos ortodoxos, es la regla sabia por excelencia. Y si vuestras ocupaciones son sedentarias—de las que presuntuosamente

llamamos “intelectuales”—debéis comer mucho menos, aunque la señora y la cocinera se indispongan. Con la mejor intención—juzgándolas piadosamente—os empujan a la tumba en aras de su ignorancia, cuando pretenden haceros comer más de lo que vuestro cuerpo, bien disciplinado, os pide.

El lector que siga estos consejos hallará en ellos una imprevista recompensa, pues podrá experimentar uno de los grandes placeres de la vida, un placer que disfrutó a todas sus anchas el veneciano Coronaro a que hemos aludido más arriba: el de asistir al sepelio —“imponente manifestación de duelo,” como dicen los cronistas de sociedad—de todos los médicos que lo desahuciaron.



**La prevención
de la delin-
cuencia**

Muchos abogados y legisladores creen que con expedir nuevas leyes y modernizar las antiguas se previene eficazmente la criminalidad. ¡Cómo si hubiese tan pocas leyes!

Parece increíble que gentes tan avisadas—hasta por entrenamiento profesional—como los señores abogados, incurran en tan inefables candececes.

El crimen no se previene dictando nuevas leyes.

Tampoco se le previene castigando al criminal.

Y la cosa es muy sencilla. Los delincuentes no respetan las leyes existentes—en eso precisamente consiste su delincuencia—y no hay razón alguna para esperar que respeten las que se expidan más adelante.

Agréguese a esto que criminal castigado no es criminal corregido. Muy a menudo los penados al salir de la prisión vuelven a las andadas y emplean métodos que perfeccionaron en sus horas de soledad y en sus conversaciones con los compañeros de cadena.

Tal vez se lograra imponer al criminal cierto respeto, si las leyes fuesen más sobrias y claras y los procedimientos de investigación más rápidos. Esto haría que los señores bandidos se midiesen mucho antes de dar un golpe; pero como tales reformas no afectan al criminal sino **después** de que se ha graduado en la facultad del crimen, en realidad no previenen la delincuencia.

Y la función primordial del Estado y de la Sociedad a este respecto es precisamente ésa, prevenir más bien que castigar. Es el caso de las ciencias médicas modernas, que deben orientarse en el sentido de prevenir las enfermedades—tarea de higienistas—más bien que en el de curarlas, dudosa función de patólogos y terapeutas que se agitan en las tinieblas.

Para prevenir el crimen no hay más que un remedio: evitar que se produzca el criminal.

La miseria, los salarios insuficientes para las necesidades reales y legítimas, la ignorancia, la falta de ejemplos morales, el alcohol y las drogas “heroicas,” la vida en montón, sin aire, sin juegos, sin distracciones sanas; los falsos ideales—de vida fácil y holgada, de riquezas encontradas, etc.—el desarrollo físico defectuoso por insuficiencia de los alimentos en la niñez o por alimentación inadecuada, todo esto y otros factores análogos contribuyen a formar al delincuente.

La obra la completa más tarde, en algunos casos, cierta educación moderna que no es francamente anticriminal y sí es antisocial. A veces estimula el fraude y la mentira y con no poca frecuencia crea la aversión al trabajo.

De muchos colegios salen los jóvenes con una sola aspiración: la de conseguir un empleo bien remunerado en el que no haya nada que hacer. Y su más alto ideal se reduce a adquirir ventajas económicas y sociales que les permitan dominar a los demás y explotarlos en su beneficio.

En las ciudades, sobre todo, tiende a desaparecer la vida de familia. Cada cual se va a su trabajo o a sus diversiones y nadie cuida de los niños. Sólo la cocinera, en su natural egoísmo, protesta de que la re-

tengan hasta horas avanzadas esperando que lleguen a comer jovencitos que antes de las 9 debieran estar recogidos en sus albos lechos, y en vez de eso andan haciendo papeles de hombre, poniéndose en ridículo ante los que saben que no ganan una peseta, y que todo viene de la munificencia de papá y mamá, hasta las flores que obsequian a la inevitable "enamorada."

En todas estas fuerzas y factores residen los orígenes y las causas de la criminalidad. Darles otros cauces a aquéllas y reformar éstos es lo que debemos hacer para reducir—no para extirpar, que a tanto no llegaremos jamás—la delincuencia.

La tarea es de higienistas, de sociólogos, de santos, y sobre todo, de padres y madres. A los abogados y legisladores sólo les corresponde secundarla de corazón y con fe, como auxiliares técnicos.

De cómo el matrimonio prolonga la vida El celibato es contrario a la naturaleza. El hombre y la mujer han nacido para el matrimonio, y éste constituye el más poderoso estimulante de la vitalidad y de la acción.

Daniel Mann ha publicado una serie de cuadros estadísticos que prueban concluyentemente que el matrimonio prolonga la vida. Algunos que no han encontrado en él la paz que buscaban dicen que no es que la prolongue sino que la hace parecer más larga. . . . La frase es ingeniosa pero no satisface la regla general sino las excepciones.

Y no sólo se alarga la existencia dentro del matrimonio sino que resulta más completa, más estable y satisfactoria.

Los goces tranquilos del hogar, cuando los cónyuges son medianamente decentes en la conducta del uno para con el otro y procuran no hacer de la vida un infierno de contradicciones, celos e imposiciones despóticas; la algazara y perenne inquietud de los nenes plenos de vitalidad y entregados a concebir planes para lo futuro; esa sutil sensación de supervivencia que nos dan los hijos, son otros tantos estímulos que obran sobre nuestro sér y mantienen la vida, como si dijésemos, a un elevado potencial. Es así como el matrimonio la prolonga en forma tal que admite demostración matemática.

El matrimonio con todos sus inconvenientes —graves y numerosos como son— arroja un enorme saldo a nuestro favor. El hombre no puede vivir solo. Tampoco lo puede la mujer, aunque se empeñe en hacernos creer lo contrario. Y si el matrimonio fuese realizable en el espacio de la vida sin apartarse un ápice de las reglas que Dios mismo dictó a la Naturaleza, sería un estado de renovación perpetua que nos haría inmortales. Pero generalmente vamos a tientas por los ásperos caminos de la existencia marital; nos contentamos con ser el

“Ciego que a un ciego
le eligió por guía,”

y contrariados por nuestros mismos errores y torpezas que hacen del matrimonio una cadena, nos ponemos a buscar los medios y los justificantes para deshacerlo ¡en vez de juntar voluntades para perfeccionarlo!

Pecamos por exceso y por defecto de tolerancia

La tolerancia es flor de civilización.

Es un resultado del progreso moral e intelectual, y en las edades en que esta virtud se desconocía, la intranquilidad de las gentes hizo correr a torrentes la sangre humana.

A veces los intolerantes muy refinados evitaban que tan generoso líquido se derramara y para ello quemaban a sus víctimas; pero el resultado era siempre el mismo: la intolerancia sembraba el miedo y el dolor en la vida.

El triunfo de la tolerancia constituye una de las más grandes victorias del espíritu humano. La sangre vertida en los días oscuros de la historia no corrió en vano, y esa conquista la debemos las actuales generaciones a los que en siglos pretéritos ofrecieron en holocausto el rico caudal de sus venas, la savia de sus corazones.

Pero en nuestros días coexisten dos males que oscurecen el resplandor vivísimo de la tolerancia: por una parte subsisten intolerancias anacrónicas que ya no es posible seguir sufriendo—por ejemplo, la de la autoridad infalible de los que casi siempre se equivocan, los señores médicos—y, por otra, hay excesos de tolerancia.

Las sociedades que toleran la corrupción en cualquiera de sus múltiples formas; las sociedades que no ejercen sanciones efectivas sobre los que violan las leyes de la decencia y del decoro en su trato con los demás; las sociedades que están más prontas a olvidar que a castigar trasgresiones que las debilitan y las humillan, labran, por exceso de tolerancia, su propia ruina.

Hay cosas que no se deben consentir, como no se consiente en el seno ni por un segundo un nido de alacranes.

Que el espíritu de tolerancia crezca lozano y frondoso entre nosotros. Que todo derecho, toda opinión honrada encuentre en él una protección más eficaz que la de los guardias del orden.

Pero que nuestra tolerancia no se extienda a la corrupción y a los vicios que nos degradan a los ojos de los extraños y ante nuestra propia conciencia.

**¡ No arrojéis de El amor es la fuerza que
vuestras vidas al mantiene al mundo en mar-
Amor! cha hacia adelante.**

Su potencia no tiene límites.
Desarrolla, domina y gobierna el Universo como amo
absoluto. Nos envuelve en su mágico poder.

Nace con nosotros: es un instinto del sér físico y
el más noble anhelo del sér espiritual.

En la penosa incapacidad del recién nacido,
pronto nos damos cuenta de las caricias maternas y
sentimos la necesidad de disfrutarlas, como sentimos
el hambre o la sed.

Más tarde el amor se manifiesta en el instinto
creador. Se apodera de todo lo que hay fuerte, sano y
noble en nosotros y se nos impone en forma que a me-
nudo escapa al control de nuestra voluntad. ¡Son los
años juveniles, cuando vemos toda la vida delante de
nosotros y aun no hemos doblado el cabo funesto de
las tempestades!

Nos sentimos entonces dominados por ideas, pro-
pósitos, anhelos y aprehensiones que nos convierten
la vida o en una pesadilla dantesca o en un edén de
ensueños.

Nos sentimos esclavizados, pero nuestra esclavi-
tud es voluntaria y gozosa: es una esclavitud que creó
la naturaleza y que nos lleva por los caminos, siempre

viejos y siempre nuevos, que ha recorrido la humanidad en cumplimiento de leyes inmutables.

Hay quienes tratan de escapar a la ley del Amor. Desconfiad de ellos y compadecedlos. Sus vidas son frías, sórdidas, inertes y sin significado ni trascendencia. Encuentran la existencia monótona e insípida y en ello tienen la pena de su crimen contra la ley universal.

No arrojéis al Amor de vuestros corazones. Dejadlo que os guíe, pues él os llevará por caminos luminosos que a cada vuelta ofrecen ennoblecedoras emociones.

Tal vez en esos mismos caminos encontréis en acecho a la Tragedia. Pero no debéis temerla: es prueba a que debe someterse el carácter para probar su fina ley.

Busquemos en todos los conflictos de la vida las soluciones que el Amor nos dicte, en la seguridad de que siempre acertaremos. Porque sólo obedeciendo la ley suprema de la Naturaleza sabremos vivir plenamente nuestras vidas, y es así como podremos comprender y sentir la belleza de todo lo que existe.

Los pobres ricos Hay gentes riquísimas . . . en
y los ricos pobres bienes materiales.

Poseen vastos dominios campestres; altaneros edificios; acciones en compañías de seguros, que es lo más seguro en cuanto a dividendos; depósitos a plazo y todo lo que el dinero puede comprar, inclusive piano automatico para suplir los largos años de aprendizaje.

Pero entre estas gentes tan bien dotadas suelen hallarse los seres más pobres de la creación: los infelices que no tienen sino dinero.

Siempre que hemos tropezado en la vida con alguno de estos millonarios paupérrimos nos ha parecido que su situación era la del náufrago que en los mares desiertos prolonga su agonía a la deriva en un mísero bote y no ve sino agua, agua, agua y ni una gota para beber!

A los que no son ricos sino en bienes materiales, resúltales el dinero por todas partes; lo que tocan se transforma en libras y aunque las amasen en sumas fabulosas no pueden comprar lo que el corazón ansía.

¿Quién que haya visitado las grandes ciudades del mundo, no ha sentido alguna vez, al recorrer sus avenidas llenas de gentes, una sensación de soledad, a veces grata, a veces opresora? Gente por todas partes y ni una cara amiga. Así van muchos ricos en la mustia soledad de sus millones y sus parásitos.

El hombre más rico, más afortunado, es el que puede extraer de la vida todo el encanto y la belleza

de que está saturada. Para él cada incidente callejero, cada rostro humano, cada panorama, tiene algún significado y le trae al espíritu algún mensaje de comprensión y de contento.

De seres así dotados se desprende la alegría como la luz del arco voltaico. En sus rostros se graba hondamente una sonrisa acogedora y de sus corazones suben a los labios palabras de fraternal afecto.

A veces estos ricos paupérrimos no saben en dónde se hallará el dinero que les pague la próxima comida, pero viven felices y se niegan resueltamente a cambiar su alegría por las preocupaciones de la riqueza material.

Los hay que en este camino van demasiado lejos y que todo lo fían a la ayuda de Dios, olvidando que éste no la dispensa sino a quien sabe ayudarse a sí mismo.

Mas sea como fuere, error muy grande es el de exagerar el valor de los bienes materiales.

El oro es útil pero no el principal factor para lograr altos fines.

La riqueza del espíritu y del corazón; ese estado de ánimo que nos permite admirar la blancura de los dientes en el cadáver del perro que todos apartan con repugnancia, son bienes de inapreciable valor porque le dan a la vida estímulos y deleites cuya existencia ni siquiera sospechan los adoradores del clásico becerro. Son bienes que valen más que el oro y los diamantes, y más que los seres a quienes estas cosas deslumbran.

**Debemos vivir de
acuerdo con nues-
tros ideales**

Nuestros ideales son la estrella que nos sirve de guía. Ellos iluminan el camino que nos conduce a las grandes cosas de la vida y nos elevan sobre el nivel común.

Pero la vida en sociedad nos impone a cada paso transacciones acomodaticias con las ideas y las opiniones ajenas. Si en nuestras relaciones con nuestros semejantes no cediésemos todos en algo, la vida sería un infierno y la pasaríamos en un perpetuo pugilato.

En la vida de relación, tenemos, pues, que apearnos de vez en cuando del Pegaso de nuestros ideales, o cuando menos sofrenarlo un poquito para que no choque abiertamente con los ideales antagónicos, tan dignos de respeto como los nuestros, en cuanto sean perseguidos con sinceridad.

Pero en nuestro mundo interior no tenemos por qué someterlos a transacción alguna. Dentro de nosotros mismos, los ideales de nuestra mente y de nuestro corazón han de ser amos absolutos.

Debemos sostenernos con firmeza en el terreno de la verdad; de lo que para nuestra conciencia sea la verdad. En este aspecto de la vida interior, la intransigencia es un factor decisivo de salud espiritual.

Si tenemos presentes los dictados de la higiene y las exigencias de la salud física no hay riesgo alguno de que en obediencia a nuestros ideales nos imnon-

gamos un régimen de conducta demasiado severo que perturbe o altere seriamente el equilibrio de nuestra existencia.

En nuestra vida como unidades sociales debemos ceder con parsimonia, armonizar intereses, conciliar voluntades, tomar en cuenta las dificultades ajenas y sondear cuidadosamente los puntos de vista de nuestros amigos y de nuestros adversarios. Sobre todo, debemos aprender el arte difícilísimo de escuchar. ¡Cuán pocas son las personas que lo poseen! Casi todos, hombres y mujeres, hablamos demasiado; malgastamos energía en emitir cataratas de palabras, que nada agregan a la belleza ni a la utilidad de la vida!

Pero en lo nuestro, en lo íntimo, en lo personal, seamos intransigentes como un inquisidor. Así lo exige el respeto que nos debemos a nosotros mismos, pues no hay tragedia comparable a la del hombre honrado a quien le faltan la firmeza de voluntad o el carácter necesario para vivir de acuerdo con sus ideales!

Todos debemos aprender a asumir responsabilidades

Uno de los más graves defectos de nuestros modernos sistemas educativos consiste en que no preparan a los jóvenes para asumir responsabilidades.

Y por mucho que uno se adiestre en el arte armadillesco de escurrir el bulto, no es posible pasar la vida eludiendo situaciones comprometedoras. Llegan momentos en que hay que encarar los hechos resueltamente o retroceder en medio de la rechifla universal. Llegan momentos en que no hay salvación sino en la audacia reflexiva, y por no saber coordinar el pensamiento y los actos para una carga a fondo, nos perdemos.

Muchos estudiantes que pertenecen a lo que hemos dado en llamar "buenas familias," suelen encontrar las cosas de la vida hechas a su gusto y sobre medidas. Hasta las preguntas y respuestas del examen de fin de año. En sus casas, en el colegio, en la Universidad, por todas partes encuentran quien les alivie el trabajo, les facilite la tarea, haga la vista gorda ante sus disparates y deficiencias y les sirva de amortiguador de los golpes que en la vida todos debemos recibir para hacernos hombres.

Los muchachos que así crecen no pueden comprender que la vida es una cosa muy seria, y procurarán esquivar las labores duras o tediosas, considerándolas impropias de su clase y de su persona.

Desde sus más tiernos años los niños deben comenzar a adquirir el sentido de la responsabilidad, y para ello debe imponérseles alguna labor diaria, por simple e insignificante que sea, pero cuya correcta y oportuna ejecución quede totalmente a su cargo.

De este modo, el niño no sólo adquiere la noción del deber—que es más importante que la del derecho—sino que adquiere también el hábito de hacer bien las cosas, si se tiene el cuidado de puntualizarle diariamente la crítica de la obra ejecutada.

Los padres que se empeñan en evitarles a sus hijos todo género de dificultades y contrariedades, les hacen un flaco servicio, pues les quitan toda ocasión de atenerse a sus propias fuerzas y confiar en su personal capacidad. Así se forman los hombres que no saben después en la vida sino actuar como instrumentos de los más audaces.

Sobre los dos tipos de egoísmo El egoísmo exagerado es un defecto muy común entre los hombres.... y las mujeres. Nacemos con una provisión al parecer inagotable.

Aunque la tendencia a pretenderlo todo para nosotros debemos combatirla, hay que distinguir. Un egoísmo que no va más allá de lo instintivo para protegernos—lo que pudiéramos llamar, el egoísmo defensivo—es recomendable y necesario, pues no es sólo un derecho, es también un deber, precavernos del mal que quieran hacernos nuestros enemigos y defender lo que es nuestro, lo que demandan nuestra salud, nuestra vida y nuestro buen nombre.

El egoísmo se convierte en grave falta antisocial cuando se apodera de nuestro espíritu hasta el extremo de impedirnos ver y apreciar las necesidades ajenas; cuando nos mueve a desconocer el derecho de los demás y aun hasta a mostrarnos ingratos con aquellos que nos han ayudado o servido.

La ingratitud—pecado de almas viles y mezquinas—es el egoísmo agresivo que seca las fuentes de la vida espiritual.

Los egoístas de este tipo se sorprenden y se irritan cuando se dan cuenta de que la gente esquivá todo trato con ellos y procura mantenerlos alejados. No quieren reconocer que cosechan lo que siembran; pues el egoísmo es una planta que crece y se multiplica y da copiosa cosecha de aversiones y odios.

El egoísmo que se limita a protegernos a nosotros y a los que de nosotros dependen es una cualidad necesaria para la conservación del individuo y de la familia, bases de la sociedad.

Pero el egoísmo que se transforma en pesar del bien ajeno, revela una naturaleza pervertida.

Es preciso que sepamos apreciar las buenas cosas de la vida; que veamos en los triunfos de los demás un factor del bienestar común; que la defensa de nuestro no nos prive de dar a nuestros semejantes la ayuda que a nuestro alcance esté.

Que el egoísmo agresivo, feroz, que haciéndonos odiosos nos amarga la existencia, no encuentre abrigo en nuestras almas, para que no se esterilicen nuestros goces ni se deforme nuestra visión clara y serena de la vida.

El hogar, la escuela y los ciudadanos La nación la forma en cada país el conjunto de sus ciudadanos. Los ejércitos y las armadas son elementos de defensa nacional, pero por sí solos no constituyen la nación.

La banca y la industria le dan fuerza y cierta estabilidad y pueden hacer grata la vida de muchas personas y facilitar la lucha diaria a miles y miles de ciudadanos trabajadores, pero ellas no son, no pueden ser, la síntesis del ideal nacional.

Los ciudadanos son el núcleo esencial de la nación; constituyen su verdadera riqueza, sus reservas; la garantía de su continuidad en la historia y en la vida.

Por otra parte, el hogar es la cuna de la ciudadanía. Del hogar salimos todos a encarar los problemas de la existencia.

En el hogar recibimos las primeras impresiones de la vida y las primeras lecciones de conducta.

Cada uno de nosotros es, en gran parte, lo que su hogar haya hecho de él. Por eso las costumbres y la moral de una nación son el trasunto de la moral y las

costumbres de sus hogares, y serán buenas o malas según sean las influencias que prevalezcan en el santuario de las familias.

En nuestro tiempo, la escuela se disputa con el hogar el control de los niños. Los toma en muy tierna edad y los retiene por varios años, los años decisivos de la formación espiritual y física.

Según esto, a la escuela también le cabe una enorme responsabilidad en la calidad de su producto. ¿Prevalece una mayoría de ciudadanos aptos, morales, útiles? Pues entonces la influencia de la escuela es salvable, y acertada la orientación de sus enseñanzas.

Pero si sucede lo contrario, no hay duda de que existe algo erróneo o defectuoso en la escuela.

¿Se hallan los hogares y las escuelas a la altura de su deber y sus responsabilidades?

Los sociólogos y moralistas europeos y norteamericanos creen que el panorama actual de la civilización impone una respuesta negativa.

Hallan en nuestros días demasiada criminalidad; un escepticismo aplanador en lo que a las cosas del espíritu y la moral se refiere; un insaciable apetito de placeres y de nuevas emociones, y observan cómo se deshacen los hogares, cómo las escuelas descuidan la enseñanza de una moral austera y de una higiene racional, y afirman que la mayoría de los niños crecen en el abandono.

¿Y se puede prever lo que será en la vida un niño abandonado?

Los premios de la vida son para los fuertes y los sanos

La ambición y las aspiraciones del individuo son las fuerzas motrices de su vida.

Todo hombre poseído de una fuerte ambición y de altas aspiraciones hállese en una carrera continua para alcanzar su meta, es decir, la supremacía en algún orden de actividad.

Es ésta una lucha incesante, y, en los hombres que saben desear fuertemente las cosas, en extremo intensa, pues para triunfar han de poner en acción todas las facultades de su espíritu y toda la potencia de su sér físico.

Pero la victoria en ésta como en todas las batallas es esencialmente el fruto de dos factores insustituibles: fuerzas suficientes para vencer los obstáculos, rectamente aplicadas, y perseverancia para no cejar ni desistir en nuestro propósito.

Velocidad y resistencia son las condiciones del buen caballo de carrera tanto como las del vencedor en los maratones.

Velocidad y resistencia son, en último análisis, las cualidades que caracterizan a los líderes. Jamás pudo tener sino una autoridad momentánea el que dejó para el siguiente lo que debió hacer el mismo día, o el

que vaciló y se preparó para la retirada al encontrar un obstáculo imprevisto o más fuerte de lo que había calculado.

Si la noche del 3 de julio del año 19 Leguía se hubiese ido a dormir tranquilamente, pensando que al día siguiente vería lo que podía hacerse frente a la monstruosa conspiración del gobierno para desconocer su elección, el sol de la "Patria Nueva" no habría alumbrado sobre el Perú, y esta sería la hora en que para ir de la Plaza de Armas de Lima a la Avenida Pardo (!) de Miraflores, tendríamos que llevar en el carruaje cuatro llantas, dos juegos de muelles de repuestos y todo un taller de mecánica para las reparaciones que ocurriesen en el camino!

Y si una vez en el poder, Leguía se hubiese dedicado a dormir sobre sus laureles en vez de ponerse a trabajar como trabaja—siempre en la brecha y siempre vigilante, a menudo trabajando y vigilando él solo—ya este Régimen habría pasado a la historia, y el país sería el juguete de las ambiciones y los apetitos de los enemigos, ocultos y declarados, del gran Mandatario.

Fuerza para actuar; perseverancia para asegurar la continuidad de la acción: he ahí el secreto del triunfo.

Pero en las luchas del individuo por realizar sus aspiraciones, esa fuerza y esa perseverancia no pueden ser sino el fruto de la buena salud física.

Si ésta nos falta; si nuestra resistencia física es mediocre; si nuestro esfuerzo pierde su eficacia antes de consolidar la posición ganada para emprender desde ella un nuevo avance, es casi seguro que seremos vencidos y aniquilados, sean cuales fueren nues-

tras capacidades mentales, y pronto se verá que sobre nosotros pueden pasar fácilmente luchadores de inferior cultura pero de más resistencia y más perseverancia.

Tal vez ganemos las carreras cortas; las que sólo exijan de nosotros una breve resistencia y una gran velocidad. Pero la vida es larga. Es una carrera de Maratón en que tenemos que salvar la cerca de los prejuicios, ascender por cumbres empinadas y ensangrentarnos las plantas al avanzar sobre las rocas agrias y cortantes.

La vida no es una sucesión de días sin objeto ni propósito. Tiene finalidades y deber nuestro es realizarlas.

Para ello, ya lo dijimos, son indispensables la buena salud, una visión clara y una mente equilibrada.

Y estas condiciones no las satisface sino una sangre rica y pura; un sano sistema nervioso y una musculatura acerada por el ejercicio.

Todo lo que deteriora el cuerpo—la gula, el alcohol, los abusos de cualquier género; todo lo que dañe el sistema nervioso o llene de impurezas el torrente de nuestras venas, nos inhabilita para llenar nuestro cometido y alcanzar la meta de nuestras ambiciones.

La victoria le pertenece al que posee suficiente inteligencia para cuidar de su cuerpo y no ponerse obstáculos, él mismo, en su camino.

**La inmoralidad
es producto de
la decadencia
física**

En los pueblos de reconocido vigor físico, las costumbres—o sea la moral en acción de cada comunidad humana—son puras y morigeradas.

La debilidad física y las deformaciones en que se revela, van siempre acompañadas de hábitos inmorales.

Es ley de la historia que a la decadencia física de una nación la acompaña inexorablemente la relajación de las costumbres.

Y en pueblos que así se encaminan al desastre, aumentan la embriaguez, la glotonería y toda clase de excesos e intemperancias, y desaparecen la cortesía y la caballerosidad bien entendida.

Civilizaciones que alcanzaron en sus grandes días magníficas alturas, fueron sorprendidas en la molición de los vicios y fácilmente destruidas por invasiones de bárbaros de exuberante fortaleza física.

Las civilizaciones las construye la inteligencia pero las sostiene la raza, el cuerpo sano y fuerte de sus hombres y sus mujeres.

Y no existe edificio alguno que sea más fuerte que sus cimientos.

Por eso debemos preocuparnos del desarrollo físico de las nuevas generaciones. Ellas son la garantía del porvenir.

Descuidar el cuerpo humano o abusar de él son cosas que no pueden hacerse impunemente.

En la edad media, el cuerpo fue objeto hasta de menosprecio "en obsequio a la superioridad del espíritu." Los resultados fueron ruinosos para ambos, para el cuerpo y para el espíritu.

Las prerrogativas de la sangre, del músculo y del sistema nervioso son tanto o más respetables que las de la inteligencia. Un pueblo robusto pero de bajo nivel intelectual puede con el trabajo y el método elevarse poco a poco a los planos de la vida superior; pero un pueblo agotado por los vicios, anémico, neurótico, atrofiado, estará irremediablemente condenado a la inacción, a una parálisis progresiva que mata lentamente sin perdonar jamás.

**Ni el cielo es
casa de limos-
nas ni el hom-
bre fue creado
para mendigo**

Nada menos que un teólogo, el doctor Talmadge, solía decir: "Pasamos la vida pidiéndole a la Providencia lo que podríamos alcanzar si nos sometiéramos a una dieta adecuada a nuestros organismos."

La verdad es que ha sido una gran fortuna para el hombre que la Providencia no haga por él sino lo que él mismo no pueda hacer. El Cielo no se ocupa en las cosas que están al alcance de los habitantes de la tierra.

Gracias a esta sabia neutralidad, llamémosla así, de los divinos poderes, ningún hombre alcanza en la vida sino lo que estrictamente merece, aunque las apariencias en algunos casos nos muevan a dudarlo.

Hay quienes logran acumular riquezas inmerecidas, pero acaban pagándolas, libra por libra, centavo por centavo.

La existencia de una justicia distributiva no puede negarse. Nada se alcanza sin esfuerzo. El cielo no es casa de limosnas ni el Creador Supremo pensó jamás en hacer del hombre un mendigo.

Dios da todas las cosas buenas de la vida, dice la Biblia; pero no las que el hombre puede adquirir con su trabajo, pues eso sería estimular la ociosidad y la pereza.

El mayor bien que la Providencia ha hecho al hombre es darle la facultad de valerse por sí mismo.

¡Ayúdate!

¡Ayúdate, que sólo así Dios te ayudará!

Hay quienes se empeñan en matar el amor El amor en su verdadera naturaleza es puro, noble y delicado. Todo lo que hiere su sensibilidad exquisita tiende a destruirlo. La tosquedad y la rudeza tanto como la impudicia y el desaliño son incompatibles con el amor.

Una mujer normal puede perdonar, y perdona, multitud de faltas al hombre que ama. Un hombre encontrará siempre palabras y hasta razones para excusar la muchedumbre de imperfecciones que seguramente dominan a la mujer en quien adora.

Pero todo tiene límites.

Millones de hombres, sin emplear más instrumento que las palabras—¡pero qué palabras!—han matado el amor que sus esposas les profesaban. Débese ello a que el amor es en extremo sensible a las expresiones rudas, al lenguaje tosco y airado.

Los arrebatos de cólera y de celos son también infalibles agentes de destrucción de los afectos, como lo son los hábitos viciosos, el desaseo y todo lo que puede inducir a menosprecio.

Las mujeres machaconas; las que viven prontas a la sospecha y a explicarse del peor modo posible los más triviales incidentes, son las más eficaces destructoras de su propio hogar.

En este terreno actúan factores tan prosaicos pero tan decisivos que no es posible dejarlos pasar por alto. Por ejemplo: hay hombres que tienen innata aversión a las mujeres gordas, y si la esposa, después del matrimonio, descuida un sano ejercicio y se entrega a los placeres de la mesa, se expone a las más serias consecuencias, a las que resultan de la repugnancia que por su excesiva gordura llegue a causarle a su marido. Igual peligro corren las que abandonan el cuidado racional de su belleza.

Si un hombre y una mujer llegan a sentir atracción mutua suficiente para que se decidan a juntar sus vidas, no hay razón alguna para que el amor que los unió se convierta en indiferencia o en odio después del matrimonio. Sin embargo, nada más frecuente. Abundan estas uniones en que los cónyuges no están de acuerdo sino en amargarse mutuamente la existencia.

El amor no muere sin causa.

Evitar esas causas dentro de una atmósfera de comprensión y tolerancia para que sea como el vino—que “mientras más viejo, más fino”—es el secreto de los matrimonios felices, de esas uniones que llegan a ser en el trascurso de los años como faros de luz fija y perenne que alumbran a las nuevas generaciones formadas a su amparo, mostrándoles la ruta segura, alejada de los escollos del tormentoso mar de la vida.

Juventud y maternidad La mayor parte de las jóvenes vive bajo la impresión de que su juventud y su belleza están destinadas fatalmente al sacrificio en el altar de la maternidad.

Y hay una muchedumbre de mujeres que se niegan a llenar su destino—a aceptar la carga de la maternidad—fundándose en aquel equivocado concepto.

Nada hay más contrario a la realidad revelada por los hechos que podemos observar todos los días.

La maternidad en condiciones normales le ayuda a la mujer a retener su juventud, pues su desarrollo es un proceso de renovación maravilloso. Basta fijarse en este hecho para comprenderlo así: mujeres dispépticas que en condiciones ordinarias no pueden tolerar sino determinados alimentos en muy pequeña cantidad y a largos intervalos, en la época de la maternidad y durante la lactancia, devoran—es la palabra—todo lo comestible que cae a su alcance, sin experimentar molestia alguna y adquieren colores naturales y un brillo en los ojos que su enfermedad crónica había marchitado o apagado.

Y es que la Maternidad estimula todas las funciones vitales del organismo. Esta es la verdad científica, averiguada y comprobada.

Hay que admitir sin embargo que muchas madres envejecen prematuramente. Pero ello no se debe a la maternidad.

Las madres que envejecen son las que no saben cuidar de su salud; las que olvidan lo que en otra ocasión hemos llamado el cultivo racional de su belleza (toda mujer posee belleza en mayor o menor grado); las que se envenenan la existencia con la preocupación de los problemáticos reveses o infortunios que caben en lo posible; las que no se entrenan para la sagrada crisis del alumbramiento; las que descuidan su cuerpo antes y después de esa crisis.

Y es justo que paguen la pena a que sus propios errores las conducen.

La maternidad es una función natural. No es tan sólo un privilegio de la mujer. Es también un deber.

Cualquier madre que haya pasado por este trance en acuerdo con los principios de la higiene y sin descuidar sus deberes para consigo misma, puede certificar que la maternidad ejerce saludable influencia en todo sentido, física, moral, mental e intelectualmente.

No hay la menor excusa para que la madre no recupere las líneas esbeltas de su cuerpo. Son demasiado conocidos los procedimientos y reglas, simples y naturales, que bastan para restablecer la armonía de las formas después de dar vida al hijo. Y si se piensa que en la maternidad la mujer llena plena y absolutamente su destino y cumple el primero de sus deberes, la idea de que ese proceso deforma, constituye una herejía, pues supone un castigo para quien cumple un deber.

Romanticismo y juventud

Lo sentimental y lo altruísta se hallan asociados naturalmente con la juventud. Una visión romántica de la vida ha sido siempre compañera inseparable de los verdes años. Y muy degradada por prematura corrupción ha de estar la juventud que sólo sepa rendir tributo a lo "práctico" y a lo prosaico.

Pocas gentes se dan cuenta de ello, pero es lo cierto que la porción de romanticismo que llevamos como lumbre inextinguible en el fondo del corazón, es lo que nos mantiene jóvenes a pesar de los años.

Cuando la visión romántica se esfuma en los espacios tempestuosos, la existencia pierde todo interés. Deja de ser la vida superior del hombre para convertirse en un mero mecanismo que desempeña fatalmente funciones fisiológicas. Faltan los estímulos que empujan a la lucha; el fuego y el entusiasmo que dan la victoria. Una luz se apaga dentro de nosotros y no deja sino rastro de cenizas.

Para muchas gentes, esas cosas intangibles, indefinibles, que se llaman romanticismo, lirismo, sentimentalismo, etc., carecen de importancia en sí mismas y más bien conducen al mal que al bien

Pocos son los que comprenden que un poco de "romance" en la vida es un factor de salud y un estímulo para la acción, y que a ese agente vitalizador tiene derecho todo ser humano porque le ofrece fascinadoras delicias que nada ni nadie puede igualar.

Es muy general la creencia de que todo lo que seduce y deleita es necesariamente malo, y por eso las mamás "prácticas" se esfuerzan en destruir todo contacto de romanticismo en sus hijas. La libreta de cheques del galán es lo que primero debe examinarse. El análisis de la sangre, si se llega a hacer, viene después...

¡Pobres hijas! Se las quiere negar el amor de la vida y el renovador perenne de su juventud ignorando que la atracción romántica ha sido plantada en nosotros por un divino designio, y que si llegase a desaparecer, la raza humana se extinguiría en el curso de una generación.

La amada de los días juveniles, la esposa, el marido, el hogar, los hijos, todos estos tremendos factores de nuestra actividad y nuestra dicha, se mueven en el diáfano ambiente de nuestro romanticismo.

El amor que no es romántico no merece su nombre. Es fruto sin sabor, flor sin perfume; estrella fugitiva que a nadie guía hacia los lugares en que nacen los redentores.

El amor romántico es el que hace los hogares dichosos, donde el vocerío y la inquietud de los niños sanos y fuertes, se trasforman en un cántico de vida y en una promesa de inmortalidad.

Que nadie se deje arrebatar su parte de romanticismo en la existencia. Muchos viejos por la fecha del nacimiento se conservan jóvenes porque han sabido

mantener encendida en sus corazones esa luz del sentimiento dinámico y fecundo, renovador incesante del sér físico y espiritual: el amor romántico, es decir, el amor desinteresado, idealista, generoso; el amor que no se sacia con carne ni se arredra ante el dolor.



El más grande suceso de la vida

Se dice que hay en la vida del ser humano tres grandes sucesos: el nacimiento, el matrimonio y la muerte. Se olvida el mayor de todos: el que nos eleva a la categoría de padre o de madre.

Nada hay en lo humano que tenga la importancia de la paternidad o la maternidad, pues ellas le dan finalidad a la existencia e introducen un serio propósito en nuestras vidas.

Ante aquel suceso perdemos la libertad y quedamos reducidos a la condición de esclavos, pero ésta es una esclavitud voluntaria en que amamos las cadenas.

La paternidad vale más que el dinero, la fama y la gloria. Por eso la Naturaleza se la niega a los seres deformes, a los degenerados de ruín físico que en muchos casos tal vez no podrían abrigar sino almas tan mezquinas como su propio retorcido esqueleto.

Y prueba concluyente del valor incomparable de ese divino atributo de ser padre o ser madre es que amamos a nuestros hijos más que a nuestra propia vida, aun sin darnos cuenta de que por salvar la de ellos estamos dispuestos en cualquier momento al sacrificio supremo.

El padre y la madre tienen en los hijos la inapreciable oportunidad de volver a vivir su infancia y su juventud. El goce ruidoso y dinámico de los hijos jamás falla en evocar con vivos contornos nuestra lejana niñez con sus alegrías y sus dolores. Y estas evocaciones tienen el poder de remozar las almas.

Pobres aquéllos a quienes leyes superiores—"¡natura medicatrix!"—niegan el privilegio de la paternidad. No son ni hombres ni mujeres completos. Sienten el vacío en torno suyo, y aunque a veces creen llenarlo con la presencia de un falderillo o de un gato perezoso y egoísta, siempre estarán solos y pensarán que a su hambre de pan se les ha contestado dándoles a morder un guijarro.

La paternidad y la maternidad son los más grandes sucesos de nuestra vida, y a ellos debemos aproximarnos con el fervor y la unción con que el creyente se acerca a la mesa eucarística, porque un hijo es siempre un signo de redención, de renovación y de inmortalidad.

El instinto de conservación "La seguridad es lo primero," decía y repetía un profesor de cultura física, que no se explicaba la tendencia tan general hoy entre los hombres y las mujeres a lanzarse a situaciones de peligro sin necesidad y sin reflexión.

La frase del gimnasta ha hecho surco, pero las gentes parecen repetirla mecánicamente sin preocuparse de su contenido.

Y el mal asume tan serias proporciones que no hay país del mundo en que no se haya creado un cuerpo de leyes para impedirle a los habitantes en general—personas al parecer en uso de sus cinco sentidos—que se causen lesiones y destruyan sus vidas por actos irreflexivos y desprovistos de finalidad.

Cerca de un paso a nivel a la salida de una estación de ferrocarril, en un lugar de los Estados Unidos, recordamos haber visto sobre una especie de pedestal un automóvil hecho pedazos, y al pie esta leyenda:

"Traía la velocidad de un proyectil y habría perforado un tren en marcha si éste no lo hubiese destruído. Motoristas: detenéos, mirad y medita."

¿Qué razón hay para que las autoridades y hasta los señores rotarios, tengan que suplicarles a las gentes que no se hagan daño a sí mismas?

Según unos, la crisis de los últimos años—la gran guerra, la miseria que la ha seguido, etc.—ha destruído el instinto de conservación y por eso procedemos con menos inteligencia que los irracionales.

Según otros, hay demasiado paternalismo, demasiada protección de parte de la sociedad y de la policía.

Lo cierto es que nadie escarmienta en cabeza ajena y los automovilistas siguen estrellándose contra los trenes en marcha, y los peatones poniéndose en el camino de los locos.

Hay quien cree que realiza una hazaña digna del bronce viniendo de La Punta a Lima en 15 minutos en vez de 20. Esto último lo puede hacer a buena velocidad pero sin exponerse a perder el control del vehículo, mientras que en el otro caso, todo se fía a la buena suerte. Y los cinco minutos no son ni siquiera para que un médico le salve la vida a un moribundo, sino para tomar el te en el Bolívar o irse a casita a almorzar y dormir la siesta!

Ya es tiempo de que nos convenzamos de que estas prisas tan peligrosas y con frecuencia mortales no son “hombradas” dignas de admiración que nos permitan sentar fama de valientes y temerarios, sino simples actos de torpeza, de estupidez, de falta de imaginación para prever y medir las consecuencias de nuestros actos.

Las ordenanzas municipales no pueden proteger a gentes que no saben protegerse a sí mismas. Ni el señor Dasso, ni el señor Ríos, ni el doctor Roe pueden

ponerle a cada habitante de las comunas que con tanto acierto dirigen, un ángel de la guarda que, usando de la fuerza cuando sea necesario, le impida lanzarse por esas carreteras como alma que lleva el diablo o ponerse tranquilamente en el paso de uno de esos meteoros a quienes la vaciedad del cerebro que los guía parece darles alas para correr y atropellar.

Bien está que haya ordenanzas protectoras y sanciones rápidas y eficaces para quienes las desobedezcan. Pero que cada cual empiece por cuidar de sí mismo.

No es mucho exigir.

Elogios que estimulan para hacer bien nuestra tarea

El doctor Hein tiene en sus libros sobre la conducta un mensaje para los hombres que se hallan a la cabeza de empresas con mando sobre un número más o menos considerable de sus semejantes. Las observaciones del doctor Hein nos dan el tema del presente sermón que no es sino una glosa deshilvanada de un bello capítulo del insigne escritor.

Uno de los grandes estímulos para hacer las cosas bien hechas, dice el doctor Hein, es el reconocimiento explícito por el jefe o director de lo bueno que haga el subalterno.

Es parte de nuestra naturaleza complacernos en el elogio. El gusto por la aprobación de nuestros semejantes lo tenemos desde nuestros más tiernos años. El adulto que posee honda visión de la vida y llega a adquirir un profundo conocimiento de los hombres, puede llegar a colocarse más alto que el elogio de los demás y a ponerle precio con cínica exactitud. No así el niño, que siempre se deleita al oírse objeto de alabanza por lo que hace o lo que deja de hacer.

nocido y apreciado este rasgo característico de la naturaleza humana, el doctor Hein pregunta:

¿Elogia usted de vez en cuando la obra de sus subalternos o se contenta con hablar sólo de sus defectos?

La señora le ordena a Pancracia—"muchacha para todo"—que haga la limpieza del cuarto del señorito. Poco después, la señora, que pertenece a la escuela de Santo Tomás, se dirige en visita de inspección al santuario en que su casto esposo se encierra a pensar en sus asuntos. Y empieza el fuego graneado:

—Oye, Pancracia ¿a ésto llamas tu sacudir el polvo?

La verdad es que todo está "como una tacita de plata," pero la muchacha olvidó limpiar la luna de un armario, y la señora no tuvo ojos sino para esa luna. Lo bien hecho no lo ve, no lo puede ver. Su visión sufre una especie de daltonismo que sólo le permite apreciar los defectos de las cosas.

—Pancracia, ven aquí: mira esa luna. ¿Qué razón hay para que no hicieras esta limpieza en debida forma? Termina la tarea y que no vuelva a suceder porque yo no quiero en mi casa "zánganas" incapaces. . . . , etc.

La señora se exalta con el sonido de su propia voz y termina por profetizar que Pancracia terminará sus días en un presidio.

Después de semejante filípica, a Pancracia no le queda más recurso que hacer de mala gana su trabajo y hasta puede que se convenza de que jamás podrá hacerlo bien.

En cambio, si la señora de don Artidoro se hubiese producido de otro modo, la cosa cambiaría de aspecto.

—Pancracia, esta tarea te ha quedado muy bien. Todos los muebles brillan de lo puro limpios y da gusto estarse en una habitación tan bien arreglada. El único pero es la luna de aquel armario, que probablemente se te olvidó limpiar. Trae pronto los útiles para remediar este olvido, antes de que lleguen visitas y piensen que los elogios que yo hago de tu excelente trabajo, son pura broma.

¡Con qué afán limpiará Pancracia las manchitas olvidadas! El estímulo del elogio la moverá a hacer las cosas bien hechas y a no descuidar detalles.

**El odio que enve-
nena y la vigilan-
cia que estimula**

El odio es casi siempre un mal consejero, un enemigo despiadado de nosotros mismos. Rebota en la dura corteza de las cosas que odiamos y vuelve a nosotros concentrado e intensificado.

“Los pensamientos son cosas,” dijo un gran poeta de fama mundial. Por eso cuando dejamos escapar la bilis de nuestros odios contribuimos a envenenar la atmósfera que respiramos y en la cual tenemos que vivir y movernos. De este modo ponemos obstáculos al adecuado desarrollo de nuestra naturaleza y a la eficacia de nuestros esfuerzos, y nos hacemos viejos prematuramente.

El hombre que se deja dominar por el odio es el peor enemigo de sí mismo. El que abriga proyectos de venganza no sabe que con ello destruye su alma y su cuerpo; que los que “saben odiar” casi nunca aprenden a hacer otra cosa. Llegan a no saber ni siquiera vengarse para satisfacer su odio.

Sea cual fuere tu destino en la vida, lector amigo, no gastes tu energía en dar pábulo a la obra destructora de esa emoción envenenada que se llama odio. Arráncala de tu corazón ocupándote activa y continuamente en cosas que no te dejen tiempo de odiar.

No quiere decir esto que no debas protegerte contra las maquinaciones de tus enemigos. Todo lo contrario: más eficaces serán tus defensas mientras menos ensombrecida por el odio esté tu inteligencia. Con la mente despejada puedes apreciar en su justo valor a tu enemigo y más difícil le será a éste engañarte o burlarte.

Tampoco te aconsejamos que procures no tener enemigos. Sólo los tontos de capirote no los tienen. Todo mérito, todo valor real deben suscitar emulaciones. Los enemigos son tan necesarios al hombre de acción como el alimento, y suelen serle mucho más útiles que los amigos. El amigo del tipo común y corriente nos adormece en el nirvana del elogio, en la confianza de que todo marcha lo mejor posible en el mejor de los mundos. Los remansos de la amistad suelen ser Capuas que roban al vencedor el fruto de su victoria.

No así los enemigos. Ellos nos obligan a vivir con el arma al brazo, en continua acción fortificante. Ellos nos impiden enmohecernos y nos excitan al trabajo y a la lucha, que son al fin y al cabo los factores efectivos que forman a los hombres y los convierten en caudillos.

Debemos confiar en nosotros mismos y sólo en nuestro esfuerzo Nos inclinamos naturalmente a envidiar a los que triunfan, y nos interesan los métodos de que se hayan valido para alcanzar recompensas materia-

les. Por este camino podemos ir tan lejos que nos convertimos en copistas sin ideas propias y sin iniciativas.

Tal género de actividad es siempre errónea.

Hay que ser lo que la Naturaleza ha querido que seamos. El factor más importante de nuestra vida, para el bien o para el mal, es nuestra propia personalidad.

Cada cual debe resolver sus problemas y desatar sus dificultades por los métodos que le sugieran su temperamento y su inteligencia.

Los copistas jamás han hecho grandes cosas. Ni siquiera antes de la invención de la imprenta.

Los hombres y las mujeres que se han abierto camino en la vida con su propio esfuerzo, con los puños férreos de su voluntad, son los que han laborado en la roca viva de los siglos las cosas trascendentales y definitivas: son los que descubren nuevos mundos; los que libertan las Américas oprimidas y sojuzgadas; los que en el laboratorio vencen a la difteria y a la hido-

fobia; los que sorprenden por el cálculo matemático, más allá del campo de su visión física, la marcha ordenada de los astros.

Claro es que a cada uno de nosotros le importa conocer todo lo que se refiere a la profesión o actividad a que se dedica o piensa dedicarse, y por lo tanto, le conviene conocer la vida de los hombres que en ella han sobresalido, las dificultades con que tropezaron y el modo como las vencieron.

Pero no debemos copiar ni remedar a esos hombres ciegamente. Lo que debemos hacer es estudiar nuestras reacciones frente a las dificultades que hallaron en su camino los que nos precedieron. Y ese estudio nos llevará como de la mano a resolver nuestros problemas según nuestra razón y nuestra inteligencia.

Sólo así conseguiremos acrecer lo que hasta hace algunos años se podía llamar nuestras "cualidades innatas" sin que nadie se ofendiera.

Todo hombre debe procurar abrirse un camino para sí mismo en la dirección de su destino o, cuando menos, no contentarse con seguir el que otros dejaron trazado, sino mejorarlo, ensancharlo, rectificarlo de tal modo que se le den nuevas perspectivas.

La confianza en nosotros mismos es factor esencial de la victoria.

Saturados de esa confianza podremos pelear las batallas de la vida con la decisión irrevocable de triunfar por nuestro propio esfuerzo y nuestros personales méritos, sin tener que envidiar los buenos éxitos ajenos.

Los certificados de salud y fortaleza y los diplomas de competencia

Los jóvenes que terminan una carrera en las universidades e instituciones especiales tienen que someterse a una prueba final de su capacidad y de sus conocimientos.

Todos los que hemos hecho estudios de los llamados "superiores" o profesionales, hemos pasado por esas horcas caudinas, y a lo largo de la vida nos acompaña el recuerdo de las noches de vigilia en que con algún compañero repasamos todas las materias del curso y resolvimos de nuevo todos los problemas de los diversos programas, preparándonos para el temido examen de grado, la prueba final que nos convertiría en personas de pro a quienes sus contemporáneos habrían de tratar de "señor doctor" o "señor ingeniero" o "señor licenciado..." ¡Vanidad de vanidades!

Mucho se preocupan los institutos de enseñanza por tal prueba de suficiencia intelectual, pero ¿cuántos hay aquí o en el extranjero que tengan establecida la prueba de la salud y la capacidad física?

Esta nos parece de mucho mayor importancia, y sin embargo nadie nos somete a ella. Ni una sola de nuestras flamantes "facultades" reconoce el hecho elemental de que la claridad de la inteligencia y la capacidad de asimilación y retención necesitan albergarse en cuerpos sanos y vigorosos.

El título universitario declara que estamos preparados para luchar en el campo que hemos escogido, al lado de centenares de veteranos que allí nos precedieron, y si acertamos a contestar bien una docena de preguntas "nos graduamos con honores," aunque físicamente seamos una ruina; aunque tengamos un pie en San Marcos y otro en Maravillas.

El pleno goce de las facultades mentales es muy problemático en los sujetos de salud minada por la anemia o por dolencias crónicas.

Los honores académicos que cosechan las frentes abatidas por el raquitismo o por enfermedad grave, carecen de significado; son un fraude de la peor especie, porque no hay potencia intelectual capaz de realizar una obra buena y completa si no está respaldada por un organismo vigoroso y un torrente de sangre rica y generosa.

Si observas que la salud declina, apresúrate a corregir ese estado. Marcha erguido. El mundo y sus problemas deben mirarse cara a cara, y todo esfuerzo que hagamos por conservar o restaurar el bien inapreciable de la salud, será un beneficio para nosotros y para los demás. Ni siquiera a los médicos les resulta buen negocio la abundancia de enfermos.

**Nuestros deseos
y nuestras nece-
sidades**

La vida consiste principalmente en la lucha por las cosas que deseamos. El recién nacido llora por la leche materna que para él significa salud, crecimiento y la vida misma. A medida que se desarrolla, sus necesidades aumentan: las cosas brillantes le llaman la atención y con frecuencia "levanta la casa a gritos" porque no le dan lo que puede causarle daño.

Los animales inferiores, los que llamamos irracionales, poseen instintos que los protegen, pero éstos no son infalibles y a veces sus errores los conducen a la muerte.

El animal superior, el HOMBRE, también posee instintos pero romos e inadecuados.

Se supone que nuestra inteligencia reemplaza a los instintos animales. De aquí la necesidad imperiosa de aprender las grandes lecciones de la vida, es decir, de hacer uso de nuestra inteligencia.

Y una de las lecciones más provechosas es la que nos enseña a dominar nuestros deseos; a mantenerlos dentro de límites razonables. En ese dominio tenemos uno de los requisitos esenciales de la dicha a que todos los hombres aspiran.

Se supone que a las alturas supremas del gozo humano llegan tan sólo los que logran alcanzar lo que más han deseado.

Sin embargo, es característico del hombre desear más de lo que puede alcanzar. Podemos llegar a ejercer una inmensa suma de poder y a poseer cuantiosas riquezas, pero siempre deseamos algo más, algo que acaso no se compre con dinero ni esté al alcance de nuestras facultades, realizarlo.

Y es bien que así sea.

No es lo que ya poseemos lo que nos estimula a la acción; es lo que deseamos alcanzar, lo que vislumbremos en lejanos horizontes, lo que nos sirve de acicate para el trabajo y para la lucha.

Si las dificultades con que tropezamos nos exigen una ruda tarea, tanto mejor: el esfuerzo sistemado fortifica los músculos y ensancha el campo de la inteligencia. Los hombres que viven en las cumbres suelen tener mejores pulmones y más amplio tórax que los habitantes de las tierras llanas. Es la necesidad de ascender constantemente lo que les da su dominadora resistencia física.

Las pruebas dolorosas de la vida son las más útiles, porque nos obligan a luchar rudamente y en la lucha adquirimos nervio, ecuanimidad, confianza en nosotros mismos, carácter.

Y quien tales cosas posee es todo lo contrario del pobre de solemnidad.

En busca de la verdad El mayor premio de la vida es la posesión de la verdad. Con ella podemos hacerle cara a todas las dificultades y peligros. Con ella podemos, hasta cierto punto, prever las dificultades que nos esperan.

Y esto sólo basta para que nos podamos considerar preparados para la batalla de la vida.

Porque la vida es éso, una batalla, si uno la dedica resueltamente a la realización de algún noble anhelo.

Cada nuevo día tenemos que librar un combate, pero la lucha más importante suele ser la que empeñamos dentro de nosotros mismos, pues a menudo el deseo orienta nuestro esfuerzo en dirección opuesta a la que sugiere la razón.

En esta clase de luchas internas se vigoriza el carácter.

Cuando salimos en busca de la verdad debemos ir preparados para encontrar las más serias dificultades.

La verdad suele estar oculta en los más recónditos arcanos, y para llegar a ella tenemos que cavar con perseverante empeño.

A veces puede hallarse al alcance de la mano, pero se requiere un ojo entrenado para descubrirla. ¡Es increíble la cantidad de trabajo que tenemos que realizar para dar con la verdad verdadera en las cosas más elementales!

Pero cuando la hallamos. . . . ¡qué espléndida luz la que arroja sobre los caminos de la vida! Si ella nos guía no podremos extraviarnos.

Mas son muy pocas las personas que llegan a vislumbrar por sí mismas las grandes verdades de la vida.

La mayor parte de las gentes se contentan con seguir las sendas trilladas, y no aciertan a avanzar sin la ayuda de algún lazarillo que a menudo se extravía. . . .

Si es necesario, seguid a un caudillo, pero que sobre su frente brille la eterna luz de la verdad; que su ejemplo, como el de nuestro gran Presidente, sea de los que estimulan al trabajo y a la acción; a buscar perennemente nuevas verdades.

El amor que mata El amor viene a nosotros bajo diversas apariencias. Unas veces es una pasión loca, sin ritmo ni razón; otras, un sentimiento que nos eleva e inspira, capaz de llevarnos a las más altas cumbres del espíritu.

Con frecuencia es un fuego que consume, que parece reducir a cenizas el alma enamorada, respetando sólo nuestra frágil envoltura.

Es el amor de esta clase el que destruye el carácter, el que consume todo lo que hay en nosotros digno del hombre y de su Creador. Este es el tipo de amor enfermizo que mata al objeto de su pasión.

"Mía o de nadie," dicen los que a tan lamentable desequilibrio han llegado.

Y lo peor es que la mezcla de amor y odio que en estos seres se agita convierte a menudo a personas racionales en peligrosos maniáticos.

El deseo de ocupar con exclusión de cualquier

Otro afecto el corazón del sér amado, es hasta cierto punto natural, y lo experimentan casi todos los que reciben en mitad del pecho la dorada flecha. Pero el amor que pudiéramos llamar genuino, el amor verdadero, se preocupa antes que todo por el bien y la dicha del sér amado, y ningún sacrificio le detiene si con él cree poder asegurarlos.

Un afecto sincero es naturalmente abnegado. Conoce el sano deleite del servicio y de los homenajes desinteresados y halla sensaciones elevadas y reconfortantes en el dolor del sacrificio.

Sin embargo, leemos a menudo en los diarios, sobre todo cuando empieza la estación calurosa—lo que ha dado lugar a que los penalistas hablen de “la ley térmica del crimen”—que un hombre ha matado a su esposa, o a su prometida, o a su amiga, o que una mujer ha roto el fino estambre de la vida en el cuello sangriento de su amante. A veces el hecho brutal culmina en el suicidio del matador.

“Crímenes pasionales,” se dice hablando de este género de crónica roja, y, tomando al pie de la letra a criminalogistas quizás demasiado apresurados, existe la tendencia general a clasificar a los autores de tales hechos entre los locos más peligrosos.

Tal vez lo sean. Pero tal vez no sea su acción destructora sino la obra de un egoísmo exaltado que quiere poseer a todo trance.

Estos enamorados que matan no son sino la quintesencia del egoísmo exasperado por la vanidad, por el amor propio que consideran herido. Se aman a sí mismos, pero no saben amar al objeto de su pasión.

El odio y el amor se mezclan tan íntimamente en estas almas depravadas que es casi imposible separar-

íos, pues pasan, con la rapidez de la luz, de los homenajes de la más rendida pasión a los arrebatos del odio más intenso y cobarde que fácilmente los arrastran al crimen.

El hombre y la mujer que estimen en algo su vida—don de Dios—y su felicidad—obra de su propia conducta—deben huir como de la peste de esta clase de amor y de quienes tengan tendencias a albergarlo en sus corazones. En verdad os digo que no es decente el amor que mata. Ni siquiera es amor.

**Hay que estabi-
lizar la Nación
fortificando los
hogares**

El progreso y la civilización han llegado a nosotros por medio del hogar. Los hogares son la gran fuerza estabilizadora de la Nación, de todas las naciones. Son la roca incommovible sobre la cual descansa todo lo que hace la vida humana digna de vivirse.

Los que atentan contra los hogares no son, no pueden ser, buenos patriotas.

Los hombres que en distintas épocas han emprendido la conquista de la salvaje Naturaleza y han ganado para la civilización tierras y frutos que mejoran las condiciones de la vida en general, son seres que en su lucha con la tierra y el bosque y los reptiles y las fieras, han adquirido un hondo sentido de la realidad y una musculatura poderosa. En ellos, a la hora del triunfo, aparece con fuerza inusitada el instinto de la reproducción.

Se casan, tienen hijos, fundan hogares, y del conjunto de éstos surgen nuevas colectividades con sus aspiraciones y sus ideales. Son la flor y el fruto del esfuerzo de los precursores.

Pero la vida urbana parece deteriorar la raza. Los bellos tipos de espléndida anatomía comienzan a ceder el paso a generaciones apocadas y raquíticas y pronto aparece el hogar envenenado: el hogar que no quiere hijos, que limita en ritos viles el número de sus cabecitas rubias.

Si el egoísmo de los individuos comienza a prevalecer así sobre el interés de la especie y de la sociedad, es porque la raza se está desvitalizando. Se hace necesario entonces devolverla a las faenas y a los juegos al aire libre, a la vida sobria y sencilla de los fundadores de familias-pueblos.

Para erigir hogares—"casas con alma," que dijo un gran pensador—se necesitan fuerzas físicas vibrantes y armónicas, y nuestros hogares, nuestra nacionalidad, no alcanzarán la necesaria estabilización que los ponga al abrigo de retrocesos lamentables mientras no les demos a los factores juegos de fuerza, luz natural y aire libre toda la importancia que tienen en el destino del hombre.

**El ocio de los
hombres de tra-
bajo es sagrado**

LA PRENSA ha publicado en los últimos días un anuncio según el cual "de aquí en adelante" el señor Presidente de la República no concederá audiencias los domingos sino a las personas que hayan sido citadas y ésto a la hora que la citación indique.

Muchas personas habrán leído con sorpresa este anuncio, como lo leímos nosotros, pues, a pesar de que conocemos y admiramos como el que más los hábitos de trabajo y la admirable resistencia física del señor Leguía, no se nos había ocurrido que los visitantes que pueblan durante la semana los salones y pasillos de Palacio, lo asediaran también en las horas apacibles del domingo.

Creíamos que el señor Presidente trabaja seis días con buena parte de sus noches cada semana; pero el anuncio de LA PRENSA viene a sacarnos de tal error. El señor Leguía es para sí mismo, menos socialista de lo que indican sus obras. El, que patrocina la

jornada de ocho horas durante seis días, hace jornadas de 14 a 16 horas, sin el descanso del sétimo día. Esto no se ve ni en el Génesis!

Creemos conocer bien al señor Presidente. El desearía descansar los domingos, sin duda alguna, pues está hecho de carne y hueso como todos los mortales y por lo tanto sujeto al cansancio y la fatiga. Pero las gentes van en su busca y no sabe rehusarse. Jamás vacila en decir que no cuando le piden algo que juzga perjudicial a los intereses de la Nación, pero tiene la idea de que debe todo su tiempo y toda su atención al servicio de la Patria y de sus conciudadanos, y deja que los menos considerados entre éstos le arrebatén los fugaces minutos de silencio y descanso que le brindarían las tardes dominicales.

Es ése un terreno en el cual el Presidente no sabe o no quiere defenderse—en sus largos años de destierro lo único que no aprendió de la bella vida inglesa fue a descansar—y nos toca a nosotros, a todos los que somos admiradores y amigos del hombre antes que del Mandatario; a los que aun estando él alejado del poder le hemos dado siempre el primer puesto como la personalidad más sustantiva de nuestra América, defenderlo contra la inconsiderada agresión de inoportunos visitantes.

El descanso del hombre de trabajo es sagrado. Es tan sagrado como su sueño e igualmente necesario a la salud de su cuerpo y de su espíritu.

El descanso en su esencia consiste en cambiar las ocupaciones y preocupaciones habituales. Comete pecado mortal la mujer que a las horas en que el hombre se retira al seno de los suyos, se empeña o en

hacerle hablar de los asuntos que solicitaron su atención durante la jornada, o en obligarle a escuchar la narración prolija e invariable de los disgustos que ella ha tenido en su gobierno del hogar.

La necesaria renovación para volver a la faena con la mente clara y el espíritu despejado de aprehensiones, requiere un paréntesis impermeable a los temas de trabajo y de zozobra. Para que haya descanso no le basta al trabajador intelectual suspender la parte mecánica de su tarea cotidiana. Le es indispensable, además, que el campo de la imaginación lo pueblen otras figuras, cosas que susciten pensamientos gratos; ideas y palabras que evoquen las horas de pretéritas dichas; libros y juegos que nos hagan olvidarnos momentáneamente de nosotros mismos y de nuestros deberes tanto como de nuestros derechos.

Los griegos del siglo de oro distinguían entre la ociosidad y el ocio. La primera es una hembra estéril consumida por hábitos inconfesables. El segundo es un estado propicio al trabajo sutil del espíritu, que concibe, que crea, que deleita. . . . La ociosidad la combatió Grecia con sus deportes y las armas invictas de su gracia insuperada. El ocio lo estimuló con su sabia política económica, y a él le debemos las tres cuartas partes de la Belleza que vivifica al mundo y que en cada generación renueva el amable espíritu de Atenas.

Para con los hombres que tienen a su cargo una dura tarea intelectual o una gran misión histórica que cumplir—como le sucede a don Augusto B. Leguía—sus amigos y colaboradores estamos en una obligación imprescindible: respetar y hacer que los demás respeten los pocos minutos que el jefe puede dedicar

al ocio: la hora del baño, las de la comida en torno a la mesa familiar; el crepúsculo de las tardes dominicales que invita a la soledad y al silencio absolutos, tan necesarios al descanso como el pan a la vida.

El reconocimiento de estas verdades y su escrupulosa observancia son los que dan la medida del afecto y la lealtad al jefe.

**Todo lo queremos
arreglar con leyes
escritas**

¿Hay algo que no os gusta y que quisiérais ver suprimido? Pues lo único que se os ocurre es pedir que se dé una ley con ese objeto.

¿Deseáis que se lleve a cabo alguna mejora? Pues que la decrete la ley.

Nada hay más desobedecido que las leyes. A los abogados se les estima más que por su conocimiento de lo que ellas disponen, por su habilidad para burlarlo. Y sin embargo ¡la fe que en ellas ponemos todos!

Unos piden leyes para que la gente no se embriague; otros las quieren para que se cierren los lugares que los domingos pudieran desviar del camino del templo a los fieles contaminados de tibieza. Este desea una ley bien acondicionada para divorciarse y el de más allá otra para hacer imposibles los divorcios, y aunque en nuestra América no hemos llegado a tales extremos, en la de nuestros primos ya se ha-

lla de impedirle el matrimonio por medio de una ley protectora de los cirujanos a los pobres diablos que den reacción positiva en la prueba que nada prueba del amigo Wäsermann.

Los gobiernos se han hecho "para salvaguardar los derechos naturales e inalienables del hombre."

El común de las gentes no sabe esto y cree que los gobiernos existen para resolver todos los problemas morales, sociales, religiosos, políticos y económicos que puedan suscitarse en la calle y en la casa de cada cual.

El fracaso de las leyes escritas para resolver tantos y tan diversos problemas, no los asusta; pero ni siquiera los hace reflexionar. Su fe en las leyes escritas es inconmovible.

Los partidos, las instituciones, los gremios que de- sean algún privilegio bien abrigadito, se esfuerzan por conseguir la expedición de leyes que los favorezcan.

Unas señoras muy iracundas se presentaron el otro día al alcalde de una ciudad norteamericana pidiéndole en lenguaje destemplado que patrocinara un movimiento para que el congreso expida una ley especial contra "las tobilleras" que les distraen a sus maridos. . . .

El alcalde las escuchó pacientemente y como, por lo visto, es zorro viejo y experimentado, les replicó:

—La mujer que pierde a su marido casi siempre merece perderlo. Ellas y solamente ellas tienen la culpa de que los maridos lleguen a preferir el cabaret a sus respectivos hogares. Si ustedes se miraran al espejo y vieran los estragos no del tiempo sino de su propio descuido; si se escuchasen a sí mismas con espíritu crítico; si

Las señoras se pusieron en pie y se marcharon. Pero el Alcalde tuvo tiempo de gritarles antes de que ganaran la puerta:

—Las leyes no pueden vigilar a los maridos. . . . ni a las esposas. A nadie puede hacerse leal y bueno y fiel creyente por resolución legislativa. Semejantes tareas están reservadas a las esposas abnegadas que sepan proceder con prudencia, con discreción y, sobre todo, con un inagotable caudal de amor y de piedad.

El ejercicio físico y el sentido de la vida Un médico extranjero ha salido por ahí con la peregrina afirmación de que las gentes de nuestro tiempo hacen demasiado ejercicio físico y que los regímenes alimenticios que tienen por objeto adelgazar son verdaderos “ataques contra la salud.”

El hombre que estas cosas dice es inspector médico de las escuelas de la ciudad en que reside, y funda sus asertos en lo que ha observado en los chicos que concurren a ellas. Pero esto no le impide saltar a conclusiones generales.

Es verdad que en ocasiones los escolares pretenden convertirse en atletas en unas pocas semanas y que durante ellas se someten a entrenamiento más riguroso de lo que les conviene. Pero aun en estos casos el exceso de ejercicio es el resultado del exceso en el comer, pues los muchachos tienen la errónea idea de que comiendo mucho se fortifican rápidamente. De ahí el noventa por ciento de los padecimientos que les sobrevienen.

No hay para qué decir a ustedes que el médico a que aludimos al principio se equivoca de medio a medio. Las tres cuartas partes de la profesión consisten en eso: en equivocarse. Tócanos a los que no somos médicos hacerles palpar la falacia de sus generalizaciones, muy natural en quienes creen que hay enfermedades y se empeñan en desconocer que solamente hay enfermos.

La mayor parte de las personas que pueblan el globo terrestre, muere de 25 a 50 años antes de la fecha en que naturalmente debieran hacerlo. Casi todas las muertes que anota el registro civil son prematuras.

Con excepción de los atletas científicamente entrenados, la mayor parte de los escolares y universitarios hacen mucho menos ejercicio del que necesitan para desarrollar debidamente sus cuerpos.

Cuando llegan a la edad del desarrollo completo, descubren que no poseen la fuerza y vitalidad que habrían podido alcanzar mediante una completa educación física.

El abandono de los ejercicios físicos durante el crecimiento y en la edad madura causa todo género de males. Por eso tantas gentes que desempeñan ocupaciones sedentarias van por la vida semidifuntas. Existen pero no viven. Se diría que son esquimales en perpetua invernada.

Nadie puede crecer, fortalecerse y estimular sus funciones vitales si no hace de uno u otro modo el necesario ejercicio físico.

Un sistema de actividad debidamente observado con alimentación sobria—nada más que suficiente—multiplica en forma increíble el placer de vivir. La

existencia se convierte en algo lleno de interés y todo lo sentimos con mayor y más sana intensidad. En esta situación física es cuando se comprende que no son perdidos los esfuerzos que hagamos para glorificar el gusto de la vida vigorizando el cuerpo, obra maestra de la Divinidad.

El amor que embellece y vivifica Las gentes hablan a menudo de "las alas del amor." Y es porque todos sabemos que el enamorado se siente con alas y viaja por los dominios del ensueño y del misterio.

La vida es ciertamente gozosa en ese vibrante estado de ánimo que exalta todas nuestras facultades y nos llena el alma de entusiasmos fervorosos.

El amor nos completa.

Le da más vitalidad a nuestro cuerpo; comunica una nueva sensación de vigor a los músculos; aguza nuestros sentidos y nuestra inteligencia; ennoblece nuestros deseos y embellece todas las cosas sobre las cuales posamos la vista.

Y esto que decimos se observa tanto en el hombre como en la mujer, cuya belleza física adquiere inconfundible realce cuando el amor se ha entronizado en su corazón. Ni las gentes más toscas y ordinarias pueden sustraerse a su influencia.

En verdad os digo que el amor es una fuerza augusta.

Y no se crea que es sólo una ilusión de los sentidos lo que nos hace considerar como más bella a la mujer que en su pecho ha dado asilo al huésped eternamente joven. En realidad y en verdad es más atrayente y seductora. La fisiología y la psicología podrían explicárnoslo en el amable consorcio en que conviven dentro de su sér.

Los que aman no tienen tiempo de odiar ni de envidiar. El amor elimina toda la acritud de la vida y acaba con la mortal monotonía. Nos hace vibrar con la alegría contagiosa de quien cree que lleva al mundo con sus dichas y placeres entre las manos. Le da nuevo brillo a la mirada, rosas de juventud a las mejillas, optimismo generoso a los pensamientos.

Y en cuanto no se trate del sér amado, desaparece todo egoísmo. Nos sentimos dichosos y quisiéramos que de esa dicha participaran todas las gentes que encontramos.

Un amor que cumple su destino dentro de condiciones normales y honorables, guardando el debido respeto a las leyes de Dios, de la sociedad y de la biología, es el mejor de los tónicos, la más eficaz de las medicinas.

No viváis, pues, fuera del amor, que vitaliza y embellece, oh, jóvenes prosaicos de esta nueva era!

Que haya siempre alguien que os inspire en la acción y en quien halléis un estímulo para luchar y triunfar, y una finalidad para ese triunfo.

**Hay que entrenar-
se para recibir el
amor**

Cuando se trata de la importancia del amor en la vida, no caben exageraciones. Sin embargo, ¿cuántas personas entre los millones que pueblan el mundo se preparan para él?

Se supone que en esta materia podemos dejarlo todo a la suerte ciega, como si se tratara de una apuesta de ruleta en que no se pierde sino dinero, y no de algo en que se juegan la paz y la dicha de toda la existencia.

“Siga usted sus inclinaciones, los impulsos de su deseo y el amor se presentará a usted en su camino.” Tal parece ser la doctrina aceptada por la generalidad. Nosotros la creemos errónea, a pesar de que en muchos casos conduce a suaves remansos de ternura donde reina el verdadero amor.

Pero cuántas veces una aventura de amor que nos pareció traer consigo todas las nobles satisfacciones a que pudiera aspirar nuestro corazón, ha terminado o en el ludibrio del divorcio o en la tragedia desgarradora!

El amor ha de proporcionarnos compañero o compañera, y hogar y niños que le den su alegría y alejen a su majestad el Fastidio.

Todo esto representa los más preciosos bienes del sér civilizado. Ellos son los eslabones de la florida cadena que hace inmortal el alma de las familias y las generaciones.

De aquí que si nos preparamos adecuadamente para el amor, todos los dones de la vida vengan naturalmente hacia nosotros.

Esta preparación debe ser algo más serio y meditado que el entrenamiento de un pugilista.

Al niño y al joven debe enseñárseles lo que significa la paternidad; cómo exalta el sér moral y cuáles son las verdaderas responsabilidades que trae consigo.

A las jovencitas debe ponérseles de manifiesto cómo la maternidad contiene en sí los más altos goces espirituales que le es dado experimentar a la mujer, dueña exclusiva de aquel privilegio. Debe enseñárseles también que sus características mentales y físicas pasarán a sus hijos, y que si ella abandona el cuidado de su persona y deja que su salud sea minada en alguna forma, sus hijos heredarán sus deficiencias físicas y sus defectos.

¿Cuál es la muchacha que se detiene alguna vez a pensar en estas cosas? En plena juventud las mirará como algo lejano que guarda el porvenir y que ya se verá a su tiempo. . . .

El amor no es tan fugaz ni tan vano como algunos filisteos se lo imaginan: él da el estímulo que conduce a casi todos los actos trascendentales de la vida, y aquél que esté bien preparado para acogerlo como al Señor que todo lo domina, se encontrará capaz de cumplir las responsabilidades que le imponga.

**El primer deber de
las madres: alimen-
tar a sus hijos**

Nuestro tiempo es "el de los bebés sanos." Los niños de ahora no son, al nacer, mejores o más fuertes que los de antes, pero hoy sabemos cuidarlos de modo más racional, más conforme con sus delicados organismos y con las necesidades de su edad.

La prueba de esto es que en todos los países civilizados ha disminuído notablemente la mortalidad infantil. Es ahora mucho mayor el tanto por ciento de niños que llegan a los cinco años.

Y el índice de esa mortalidad debe reducirse aún más a medida que se difundan entre todas las clases sociales las enseñanzas de la higiene y los modernos métodos de puericultura.

En esta materia uno de los factores más influyentes es el de la alimentación. Buenos alimentos y la adopción de sistemas racionales para prepararlos y administrarlos, contribuirán enormemente a asegurar la salud y la vida del niño.

Todo niño que está sano al nacer debe llegar a la edad madura,

Todo niño a quien desde el momento en que abre los ojos se le atiende y se le cuida de acuerdo con los métodos modernos, tendrá suficiente vitalidad para resistir la invasión de las enfermedades y para vencer a las que logren penetrar en su organismo.

Todo esto depende principalmente de la alimentación.

Antes de nacer el niño recibe el alimento de su madre, y lo que ella le dé, depende a su vez de lo que ella tome.

Si la madre se alimenta con sustancias que en el proceso de cocción o preparación pierden sus elementos minerales, el niño no estaría debidamente alimentado si la naturaleza, guardián del infante, no procediese a compensar esas deficiencias sacrificando a la madre, es decir, tomando de los tejidos de ésta las sustancias que faltan en la alimentación de la criatura. Por eso a tantas mujeres en el curso de estas crisis se les cae el cabello, se les hacen quebradizas las uñas, se les afecta la dentadura y les ocurren otras muchas molestias más o menos penosas.

La mujer que va a ser madre debe tomar solamente los alimentos más ricos en elementos minerales. La salud y la fuerza del niño, tanto como la salud y la fuerza de ella misma, así lo exigen.

Después de nacer, el niño debe continuar recibiendo alimento de su propia madre. Esta es la ley de la naturaleza, que a cada criatura ofrece en el seno materno la leche que le conviene durante el primer año de su existencia.

Para la leche de la madre no hay sustitutos, digan lo que quieran los fabricantes y vendedores de alimentos artificiales.

El niño a quien cría su propia madre tiene seis veces más probabilidades de vivir que el que recibe leches de laboratorio o la mercenaria y peligrosa leche de la nodriza.

Además, el niño alimentado por su madre corre riesgos mucho menores de sufrir de gastritis, enteritis y demás enfermedades de este orden que tan penosos hacen los primeros meses de su existencia; pero si llegase a contraerlas, sus probabilidades de curar radicalmente son mucho mayores que cuando se le alimenta con biberón.

La leche materna es el único alimento adecuado para el recién nacido.

Pero hasta esa leche puede ser deficiente si la madre no se alimenta racionalmente. Por ejemplo, las sustancias que ella ingiera deben ser ricas en elementos de los que van a formar los huesos.

Los alimentos que han sido previamente refinados, molidos, recocidos, etc., pierden en esos tratamientos casi todo su valor nutritivo. La madre, pues, debe tomarlos en su estado natural.

La madre que no alimenta a su hijo le roba casi todas las probabilidades de vivir. Es menos reprehensible que un padre juegue o se beba lo que gana, que la conducta de las madres que sin poderosos motivos científicamente reconocidos le niegan a sus criaturas el alimento de su seno.

A Dios rogando y con el mazo dando Es muy fácil empezar bien cualquier obra o empresa.

Lo difícil, lo que no está reservado sino a muy pocos seres—que por lo raros llegan a parecernos privilegiados—es llevar a feliz término la tarea empezada.

En las carreras de distancia y obstáculos suele haber muchas inscripciones. Pero en el duro contacto con la realidad son muchos—centenares, millares!—los que se quedan rezagados en el camino.

A la meta no llegan sino los que se sometieron en cuerpo y alma al necesario entrenamiento previo, y a las disciplinas y privaciones que son condición esencial de la eficiencia.

Y el temperamento de nuestros contemporáneos—generaciones fatigadas por la terrible tensión nerviosa de la guerra mundial—parece inclinarse más a Sardapalo—“comamos y bebamos que mañana morire-

mos"—que a la vida ascética de moderación en todo, menos en el trabajo que requiere toda labor de alguna importancia.

Los premios de la vida fascinan a los espíritus jóvenes: la fortuna, el amor de las mujeres, la adhesión de los que nos reconocen como caudillos, son cosas muy gratas, sobre todo entre los veinte y los cuarenta años, cuando aun no ha penetrado hasta el fondo de nuestra conciencia la desoladora e inevitable convicción de que "todo es vanidad de vanidades."

Pero aun los jóvenes que le dan valor al triunfo, se muestran remisos a trabajar con perseverancia para alcanzarlo.

Esperar la victoria sin aportar los factores que la aseguran es como pretender sacarse "la suerte grande" sin comprar billetes de lotería.

Actividad, perseverancia, esfuerzos enérgicos, fidelidad a los principios que hemos hecho nuestros, entusiasmo y valor para perseguir hasta sus últimas consecuencias los éxitos parciales, son condiciones esenciales de la victoria en las luchas de la vida.

El pasado tiene importancia como lección de experiencia; pero el día de hoy y el de mañana son los que deben preocuparnos preferentemente, porque en cada nueva hora tendremos que mostrar el metal de que estamos hechos y el temple de nuestras armas.

El esfuerzo continuo y progresivo nos llevará a la meta, y aunque no logremos ser los primeros, siempre habremos conocido las satisfacciones indescriptibles que nos da el trabajo hecho con amor y con fe.

Porque el trabajo es en sí mismo una recompensa; aquilata los caracteres y eleva al sér moral sobre las mezquinas vulgaridades de la vida ordinaria. Lo ex-

pres. noblemente en inglés un gran poeta que tuvo la suerte de hallar en castellano un traductor digno de su estro:

“Trabaja, joven, sin cesar trabaja,
“Que la frente honrada que en sudor se moja,
“Nunca ante otra frente se sonroja
“Ni se inclina servil a quien la ultraja.”

Hacia la hermandad entre los hombres Hace algunos siglos se enseñaba a las gentes el desprecio de la vida terrenal. El más serio deber del hombre era prepararse para la vida futura desprendiéndose de todo lo que lo induce al pecado.

El dolor era el hado que presidía los destinos humanos; el mundo se describía como un "valle de lágrimas," y el hombre no era sino un vil gusano salido del polvo.

Y convencidas de que éstas eran verdades eternas, las clases directoras de aquellos tiempos se dedicaron a proporcionarles a sus vacallos todo el mal, las desdichas y las lágrimas que debían prepararlos para la vida futura.

Por todas partes había pobreza y dolor.

La miseria y la suciedad hacían acto de presencia en dondequiera que se reunían los hombres, y la ignorancia les servía de lazarillo.

El miedo y las supersticiones hacían de la vida una carga aplastante.

La existencia de las gentes era muy corta, y la mortalidad infantil alcanzaba cifras pavorosas.

Las epidemias barrían los Continentes y alcanzaban prestigios literarios, como sucedió con la peste de Milán, que el abnegado Carlos Borromeo arrostró ardiendo en amor a sus semejantes.

Cuando a la vida se la considera sin valor pronto pierde el que tiene.

Cuando al cuerpo humano se le trata con menosprecio y se abusa de su energía, se le convierte en la presa indefensa de las enfermedades.

Si se abusa de nuestro organismo en interés del espíritu, de la inteligencia o simplemente para satisfacción de los sentidos, es cosa de importancia secundaria. El resultado es invariable y se paga en la misma moneda.

Algo han cambiado las cosas desde aquella tenebrosa edad media en que "todo dolor tuvo su asiento" y su prestigio.

Pero aun hay demasiado dolor. Muchos millones de nuestros semejantes viven en indigente laceria; son víctimas de la ignorancia y superstición propias y ajenas y el miedo los domina como un dogal que perpetuamente llevarán ceñido al cuello. Muchos son los que viven en la más espantosa suciedad y los que siguen considerándose a sí mismos como viles gusanos de la tierra.

Pero si estos males persisten en nuestros días, la culpa no es de la Naturaleza, mucho menos de la Divinidad. La culpa es del hombre.

Todos los males y todas las dolencias que lo aquejan son remediables. El hombre los hace y en su mano está deshacerlos.

El modo como el hombre ha organizado su vida colectiva ha originado la miseria, los vicios, las supersticiones y todos los infortunios que aun nos abruman.

Hemos adelantado mucho desde la edad media, pero aun es largo el camino que debemos recorrer. Mas si los falsos apóstoles no nos desviasen de él y si todos los hombres sinceros formásemos el propósito de marchar adelante sin vacilar, la tierra sería un paraíso en cuatro o cinco generaciones.

Pero el egoísmo humano se interpone en el camino. El hombre sigue siendo el peor enemigo del hombre. Sin sus codicias rastreras y sus apetitos antisociales, la pobreza no tardaría en ser, en nuestra América al menos, sino un tema de historia; el vicio y el crimen se extinguirían casi totalmente y la tierra toda florecería como un rosal.

Pero el hombre, perpetuamente armado con la quijada del asno, le sale al paso a su hermano, hoy como en los primeros tiempos.

El progreso en lo moral y en lo social debe consistir precisamente en eso: en crear condiciones de vida tales que cada día sea mayor el número de los hombres que se reconozcan unos a otros como hermanos.

Hay que conservar el espíritu de la juventud

El espíritu juvenil es un bien inapreciable. Si se le sabe conservar le da interés y gusto inconfundible a toda la existencia, y nos permite abrigar ambiciones y entusiasmo

aun en edad avanzada.

La senilidad no depende de los años que contemos sino del estado de nuestros tejidos. En el cuerpo humano se efectúa continuamente un doble proceso de destrucción y renovación. Las células muertas se eliminan y otras, poseedoras de restaurada vitalidad, las reemplazan.

El espíritu juvenil depende de estos simples hechos: de que sean muy numerosas las nuevas células que vienen a integrar nuestros tejidos, y de que se efectúe rápidamente la eliminación de las células muertas o gastadas.

Hay hombres de setenta años bastante más jóvenes que algunos ancianos de treinta. El caso del viejo precoz lo explica la vida sin higiene y sin frenos morales; el del hombre de juventud perenne, es obra de la sobriedad y la continencia; del ejercicio y la alimentación moderada.

El hombre que toma tres comidas por día aunque no experimente la necesidad real y efectiva de engullirlas; el hombre que se sienta a la mesa simplemente porque es la hora de la comida, tiene que envejecer rápidamente, porque si hay algo en este mundo que

no pueda hacerse con impunidad, es recargar el estómago y obligarlo a trabajar más de lo estrictamente indispensable.

Cuando se come demasiado las actividades del canal alimenticio se entorpecen, y un vasto caudal de energía se consume en eliminar el exceso de alimentos.

Resulta de tal situación que las facultades mentales se embotan y que nuestra inteligencia no reacciona con la claridad y rapidez necesarias.

Miles de gentes van por la vida embrutecidas por el exceso de alimentos, y su estado se agrava si llevan vida sedentaria—que exige menos combustible—ajena a todo ejercicio físico.

Es imposible medir el valor del espíritu juvenil que se conserva palpitante hasta la muerte, pues ese espíritu significa que todo vive en nosotros y que no pasamos los días como si estuviéramos bajo la influencia de alguna droga letárgica.

Los irracionales, que casi siempre conservan su fuerza y su agilidad hasta la muerte, nos dan ejemplo digno de imitarse, y que fácilmente podemos superar con sólo seguir los dictados de nuestros más altos instintos.

Comer poco y sólo cuando se tenga hambre; beber únicamente agua pura cuando se tenga sed, y hacer diariamente algún ejercicio físico, son las reglas que nos aseguran una vejez sana y amable, en que podamos continuar siendo útiles a nuestros semejantes en vez de constituir una carga a la vez frágil y pesada.

El ideal, el esfuerzo y la voluntad Los ideales que están al alcance de la mano son ideales de pacotilla, una baja imitación del producto legítimo y auténtico.

Un ideal es algo que debemos esforzarnos por alcanzar; algo que nos imponga una lucha vigorosa y tenaz.

El ideal debe empujarnos constantemente hacia adelante y hacia arriba.

La actual generación ha comprendido que muchos de los ideales de sus predecesores son irrealizables y ha cesado por completo en su persecución.

Los resultados de esa actitud de desencanto los podemos palpar en torno nuestro, porque cuando al hombre dejan de interesarle las estrellas del firmamento, le da por revolcarse en el albañal.

Si sus ideales son elevados, tenderán constantemente a elevarlo. Pero si sólo tiene bajas aspiraciones, se hundirá lentamente para llegar a ellas.

No es necesario alcanzar un ideal para que ejerza sobre nosotros su influencia bienhechora. El mero esfuerzo por conquistarlo nos mejora y nos fortalece.

Ningún ideal debe desecharse porque se halle a alturas a las cuales no nos sea dable llegar. Emprendamos la ascensión y avancemos hacia la cumbre todo lo que podamos, pues mientras no estemos en marcha con la vista puesta en la lejana meta, nos hallamos en peligro de caer en los lodazales de la tierra baja.

La vida no tiene recompensas sino para el que lucha.

El carácter se forma en las vicisitudes del combate.

Con frecuencia sucederá que no logramos asegurar el triunfo, pero las derrotas no son inútiles. En ellas se aprende a vencer y por ellas se moderan nuestra soberbia, nuestro egoísmo y nuestra jactancia.

Todo fracaso desconsuela, pero no ha de inducirnos a abandonar la empresa que tengamos entre manos. Jamás el pusilánime coronó obra alguna de provecho.

Las cosas buenas de la vida son para los que las saben ganar.

Que tus miradas, lector, se fijen en los más puros ideales. Que tu esfuerzo se encamine directamente hacia ellos. Que la tentación no triunfe de tu voluntad ni te aparte del empinado camino. Porque sólo el esfuerzo franco en pro del bien encuentra recompensas.

Eleva tu corazón y marcha sin vacilaciones hacia adelante y hacia arriba.

La democracia y el automóvil La oportunidad es el brazo derecho de la Democracia. Los deseos son las raíces de donde brotan las oportunidades, y en este mundo laborioso, el ambiente y las cosas que obran sobre nuestros sentidos estimulan esos deseos y nos impulsan a satisfacerlos.

La Democracia constituiría un poder sin ejemplo si todas las oportunidades tuviesen realización cumplida.

El automóvil, producto maravilloso de la más joven de las grandes industrias, comienza a ocupar ya puesto de primera fila en nuestras democracias.

Hace menos de diez años que el automóvil se consideraba como un juguete reservado para los ricos.

¡Cómo han cambiado las cosas! Hoy representan porción muy considerable de las comunidades humanas los hombres y las mujeres para quienes el automóvil constituye una necesidad, un auxiliar irremplazable en su trabajo y sus negocios.

El automóvil ha traído al mundo una nueva democracia y ayuda al hombre a realizar desconocidas hazañas suprimiendo las distancias y economizándole el tiempo.

Y aun ha hecho más: es factor importantísimo de la salud pública, pues ha roto las cadenas que ataban al hombre a las enervantes labores urbanas. Como el tapete mágico de la leyenda, lo lleva en un milagro de velocidad, de la oficina oscura y congestionante, al verdor de los campos, a la sombra de los bosques, a los plácidos remansos de los ríos, al sol y al aire que vivifican!

El automóvil ha facilitado, además, los viajes, que son los grandes educadores prácticos. Ha ensanchado los horizontes de la estrecha visión de los enjaulados, y ha aproximado entre sí a los pueblos, a las ciudades y a las naciones.

En los Estados Unidos—donde las gentes se han dado ya cuenta exacta de la importancia del automóvil—está casi realizado el ideal de “un coche para cada familia.” Y de este modo el formidable invento francés conviértese en menos de treinta años en nuevo y poderoso elemento de estabilización social.

El advenimiento y popularización del automóvil definirán en la historia una época de la Humanidad con la netitud con que el descubrimiento de América separa la edad media de la edad moderna. ¡Es de incalculables consecuencias la batalla que cada día libra el automóvil por la Democracia, que ciertamente no está dispuesta a morir entre las manos toscas y bizoñas de conservadores y comunistas!

No es oro todo lo que reluce Con demasiada frecuencia las cosas no son lo que parecen. Tampoco las gentes suelen ser como se nos presentan. Hay individuos de aspecto insignificante poseedores de tan nobles caracteres que a veces piensa uno que la brisa que agita sus cabellos es un soplo divino.

Todos conocemos, por otra parte, a multitud de sujetos de gallarda apariencia y de heredada posición social que no pueden ocultar la mediocridad de sus mentes y sus espíritus, ni lo superficial e insignificante de su cultura.

A menudo resulta desventajoso el poseer las cosas buenas de la vida sin haber tenido que esforzarse para ganarlas.

Son la lucha y los reveses los que forman el carácter.

Nada hay comparable al sufrimiento para despejar la mente y ver las cosas en adecuada perspectiva.

¡Cuántas veces habremos hallado en nuestro camino a seres inválidos o incompletos que poseen **almas**

luminosas y radiantes; corazones que se entregan sin reservas ni interés alguno al servicio de los demás! Estos seres suelen ser tolerantes y considerados. Son capaces de sentir intensamente el dolor ajeno.

Debemos entrenarnos para no dejarnos sorprender por las cosas que brillan. Las gentes inclinadas a aceptar la tosca pieza maciza al precio del suntuoso enchapado que la cubre, están expuestas a sufrir terribles decepciones.

En todas las cosas debemos esforzarnos por conocer la verdadera sustancia de que están hechas y el mecanismo que las impulsa.

A veces una inocente sonrisa de mujer oculta a una veterana de la sonsaca y el engaño. Debajo de una mala capa puede hallarse un buen bebedor, dice el viejo adagio español.

Debemos procurar aparecer como somos, en todos nuestros actos y palabras, y hemos de evitar con saludable horror todo lo que se traduzca en falsas e hipócritas apariencias.

Presentémonos ante los demás como realmente somos, pues es el peor de los negocios sentar fama de hipócrita.

Y procuremos que las personas cuyo trato frecuentemos sean también sinceras y carezcan de dobleces.

Vivimos en una época muy dada al oropel. Las exterioridades de la vida absorben parte muy considerable de nuestro tiempo y asumen tremenda importancia a los ojos de los advenedizos y los rastacueros.

La pintura, los polvos, el "rouge" y toda esa serie de frivolidades que a tantas muchachas les des-

truyen irremediabilmente su belleza natural, tienen en su espesor de película, la medida de las inteligencias que por tales extravagancias se apasionan.

Aun hoy abundan los hombres y las mujeres que no se someterían por nada del mundo al despotismo de estas sutilezas. Y a medida que las sociedades contemporáneas recobren la estabilidad que perdieron en la gran guerra, el número de esos hombres y mujeres de elevada jerarquía espiritual, irá en aumento. Porque el brillante similor podrá atraer a la polilla humana, pero no a quienes tengan la fuerza de voluntad y el carácter necesarios para seguir únicamente el dictado de sus más nobles instintos. Ellos tendrán siempre como una verdad inconcusa que "no es oro todo lo que reluce."

**Para que no haga
daño, la mujer hay
que tomarla a gran-
des dosis**

Dos jóvenes estudiantes
que leen diariamente nues-
tros sermones, y en parti-
cular los que versan sobre
el tema eternamente nue-

vo del amor, nos preguntan si no creemos que de éste
deben alejarse los jóvenes que están apenas prepa-
rándose en la escuela, la universidad o el taller para
las luchas de la vida.

Nuestros interrogadores piensan que el amor qui-
ta mucho tiempo y llega a adueñarse de tal modo de
la atención del sujeto enamorado, que sus estudios y
tareas tienen necesariamente que resentirse de aquel
premature vasallaje.

En parte tienen razón, y en parte no la tienen.

En primer lugar, el amor entre hombre y mujer
es esencialmente atributo de la juventud. La natura-
leza misma lo tiene dispuesto así, y la sociedad huma-
na no sólo acepta sus decretos sino que pone en la pi-
cota a los viejos que creen conservar cuando menos
el compás de sus buenos días y a quienes califica de
verdes.

Pero es también un hecho que el enamoramiento
premature crea un estado de exaltación incompatible

con toda labor árida y seria. Muy viejo, excesivamente viejo, es este Matusalén metido predicador, pero aun se acuerda y sabe por propia y ajena experiencia cómo los mozalbetes que todavía llevan en los labios el olor a maíz tostado de la leche materna, se hunden poco a poco en el amor de una mujer—a menudo mayor que ellos—y llegan a no pensar sino en el objeto de sus ansias, abandonando todo trabajo útil para dedicarse a levantar castillos en el aire.

Afortunadamente, la contradicción entre lo que dicta la naturaleza y lo que aconsejan el buen sentido y el interés personal de cada joven, es sólo aparente.

Y no se crea que en esto, como en tantas cosas, el remedio está en el justo medio. Todo lo contrario, hay que buscarlo en el exceso del mal. . . . llamémoslo así con perdón de nuestras deliciosas enemigas.

La mujer es como ciertos venenos que no matan sino cuando se dan en tan pequeñas dosis que no alcanzan a producir la necesaria repugnancia para devolverlos y como se quedan dentro, los absorbe la sangre y por ella ejercen su letal acción.

A los toros de lidia no se les lleva a la plaza uno por uno—tarea que resultaría casi imposible de realizar sin causarle daño al animal. Se les conduce en partida con toros mansos y bravos, entre otros motivos porque estas fieras tienen cierta nobleza de que son incapaces muchos hombres: no embisten en manada.

De estos ejemplos se deduce la receta para los jóvenes estudiantes que se han servido consultarnos.

En los años floridos de la Universidad, cuando nos preparamos para una carrera y echamos las bases de nuestra vida futura, debemos huir del amor de una

mujer pero, en cambio, debemos frecuentar el trato de las mujeres. El buen estudiante debe tener, cuando menos, siete amigas que representen las siete virtudes con que se combaten los pecados capitales.

La sociedad de las mujeres es necesaria al hombre en todas las etapas de la vida; verlas y oírlas—sin que medie en ello el amor—constituye siempre un descanso, pero sobre todo en la juventud nos son absolutamente indispensables: ellas nos quitan el pelo de la dehesa; ellas afinan nuestros modales; ellas extinguen en el alma del joven la innata crueldad del niño y enseñan a nuestros ojos a interpretar el grandioso panorama de la vida.

No tengáis una novia, o una enamorada, que absorbería vuestro tiempo y vuestra atención y fácilmente podría así tronchar vuestra carrera; pero tened muchas amigas. Distribuid entre todas el caudal de vuestros afectos y portáos con ellas decentemente. Así todas cooperarán, sin darse cuenta, a hacer de vosotros hombres verdaderos, y, por contraste, aprenderéis a formar juicio certero sobre las mujeres que halléis en vuestro camino. Este aprendizaje os será de inapreciable valor cuando llegue la hora de escoger la compañera de vuestra vida.

Los juguetes que deben proscribirse Los juguetes hechos suelen privar al niño del ejercicio normal de su imaginación creadora. Llamamos **juguetes hechos** a aquéllos en que el niño no tiene nada que hacer para que funcionen, como no sea darles cuerda, tirar de un alambre o soplar en una boquilla.

Esta clase de juguetes tiene otros inconvenientes: vuelven al niño manirroto, destructor, y lo acostumbran a mirar con indiferencia—hasta con menosprecio—las cosas que posee, y á no tomarse el menor trabajo para conservarlas.

Los mejores juguetes son los que hace el niño con sus propias manos. Después vienen en orden de importancia los que consisten en piezas más o menos complicadas y numerosas para formar distintas estructuras, reproducciones en pequeño de lo que fabrica la industria humana. Entiéndase, de paso, que no incluimos entre los juguetes los artículos que se emplean en ejercicios de fuerza y agilidad.

El juguete hecho de que tanto se usa y abusa en nuestros días efectúa en el ánimo del niño una suplantación nociva: el deseo natural de crear lo convierte en el deseo morboso de comprar.

Las vitrinas y tiendas repletas de juguetes y los juguetes que poseen sus amiguitos, son el más seguro estimulante de la codicia del niño.

Los fabricantes, los vendedores, los importadores de juguetes, todos realizan considerables esfuerzos para que el niño salga de las tiendas cargado de juguetes, de juguetes sin finalidad educativa, de alto precio y sin verdadero valor material, que duran el espacio de un día y luego se olvidan en el desván de las cosas viejas.

En la vida del niño hemos introducido muchos factores que son perjudiciales al desarrollo de sus facultades.

Nos ocupamos demasiado en lo que los niños deben hacer o dejar de hacer.

Les enseñamos a depender de nosotros en vez de enseñarlos a ser independientes, es decir, a no depender de nadie.

Hay que darles oportunidad y libertad de crear y construir. Hay que dejarlos que en la brava escuela de la experiencia adquieran confianza en sí mismos.

En este particular los niños de las ciudades encuentran muy serios obstáculos: les hacen falta el ancho campo, el río y sus arboledas y sus prados, el taller del herrero de la aldea, las vacas, los carneros, el caballo de labranza, todo lo que ayuda y sirve al hombre en su trabajo, en sus placeres, en la satisfacción de sus necesidades fundamentales.

Alguien ha sacado una cría de patos y los ha dejado crecer sobre suelo duro y lejos del agua. Estos

patos no han aprendido a nadar. El instinto que los conduce a nadar, no encontró ocasión de ejercitarse, se atrofió y se extinguió totalmente.

Los chicos que crecen entre las opresoras paredes de las ciudades y bajo una excesiva vigilancia que restringe sus más naturales tendencias, corren la misma suerte que estos patos. Pierden el instinto creador y la confianza en sí mismos.

Semejante daño no se evita sino de un modo: dándole a los niños más naturaleza y menos libros, más trabajo creador y menos juguetes hechos. Por fortuna éstos duran muy poco y ya la cosecha de Pascua y Reyes debe de ir camino del montón!

Ya sólo los médicos creen que lo que mata al sano puede curar al enfermo

Si el lector acude a su médico y le pregunta de sopetón si el alcohol es dañoso para el organismo humano, es seguro que el galeno—a menos que sea un dipsómano incorregible—le contestará que el alcohol es un veneno.

Sin embargo, es posible que ese mismo médico le haya expedido encomiástico certificado al fabricante de alguna preparación de malta—a base de alcohol—“para las madres lactantes, para los convalecientes y para los neuróticos que hayan perdido el apetito.”

¡Alcohol para las madres lactantes! ¿Cabe imaginar algo más funesto y estúpido? Y que las preparaciones que lo contienen las recomienden los mismos profesionales que están más obligados que nadie a combatir el alcoholismo, es el colmo de la inmoralidad.

Se dice que el alcohol es un veneno para las gentes de buena salud, pero se recomienda su empleo a los convalecientes y a las personas debilitadas por largas enfermedades o cruentas operaciones quirúrgicas!

¡He ahí un agente extraño de la terapéutica moderna que mata a los sanos y cura a los enfermos!

El alcohol debe tomarlo con su malta la madre que alimenta a su hijo, pero debe guardarse la botella donde no vaya a caer en manos del marido.

Para nadie medianamente informado es un secreto que el alcohol produce enormes daños en el organismo del hombre, y que sus efectos no se limitan al individuo que se lo bebe sino que pesan como una maldición en forma de epilepsias y otras terribles taras, sobre la descendencia del dipsómano.

Para nadie es un secreto que las leyes prohibitivas y restrictivas del consumo de bebidas alcohólicas, en todos los países, fracasan miserablemente en cuanto atañe a la alta finalidad social que las inspiró y sirven sólo para enriquecer a los encargados de hacerlas cumplir.

Y así tiene que ser mientras no desaparezca por completo la creencia, absurda e infundada, de que el alcohol posee propiedades medicinales, creencia que los médicos mantienen viva acaso sin darse cuenta de la contradicción en que incurren.

Es preciso que reaccionemos contra el alcohol, el azote traidor que invade y agosta nuestras vidas y que constituye la más terrible amenaza para la sociedad. Si los señores médicos aprenden en sus voluminosos libros de texto que lo que mata al sano puede curar al enfermo, dejadlos con sus peregrinas creencias y no olvidéis que vale más el sentido común que las enseñanzas de muchos graves y sapientísimos autores.

La tremenda responsabilidad de los maestros Sobre los maestros de la niñez y la juventud pesa una tremenda responsabilidad. De la inteligencia del niño puede hacerse o un paraíso de incalculables riquezas espirituales, o un infierno de retorcidos y esterilizadores egoísmos.

Los libros santos nos dicen que el cuerpo humano fue hecho a imagen y semejanza de Dios. Debemos por lo tanto mantener esa imagen en sus más augustas proporciones, estimulando su vitalidad, conservándolo vigoroso, fuerte y digno de ser contemplado con sano deleite, cual corresponde a la obra máxima del Supremo Hacedor.

Y aquí reside una de las principales responsabilidades de los maestros, que en cada generación tienen la tarea de darle formas definitivas al espíritu y al cuerpo de los niños de las generaciones subsiguientes.

El hogar—lo que merezca llamarse hogar—es, sin duda, una poderosa fuerza para el bien, pero el hogar mismo recibe la influencia del educador.

El porvenir de esta nación, de todas las naciones, depende de la eficacia para el bien de sus maestros.

El niño y la niña de hoy son el hombre y la mujer de mañana, y la inteligencia, el alma y el cuerpo de estos hombrecitos y mujercitas, están creciendo y

dilatándose constantemente hasta convertirse en unidades definitivas de personalidad propia. Llegarán a ser padres y madres, y los ideales que hayan aprendido a amar en el proceso de su desarrollo influirán permanentemente en sus vidas, y éstas serán útiles y admirables y fecundas si desde temprano les hicieron ver sus espléndidas posibilidades.

La juventud con su magnífica energía, sus palpitantes entusiasmos y sus sueños fantásticos, necesitará a veces que se la contenga—siempre dentro de límites de generosa amplitud—pero sin robarle fuerza a sus poderosas iniciativas.

Cada generación habita un mundo nuevo.

Crecemos y progresamos impetuosamente; por eso la juventud tarda poco en descubrir las deficiencias de los viejos, de los hombres que la han precedido, y como la Naturaleza ha querido armarla de valor temerario, ningún temor ni aprehensión alguna la hacen retroceder cuando se lanza por nuevos caminos que aun no ha explorado el espíritu humano.

Precisamente en esa tendencia a investigar mundos nuevos y transformar la existencia actual está la clave del progreso, y deber de cada generación de maestros es estimular y fortalecer esa tendencia en cada nueva generación de niños.

Sean cuales fueren vuestros ideales—maestros de niños y de juventudes; sean cuales fueren vuestros métodos para procurar el desarrollo mental, moral y espiritual de los seres puestos a vuestro amparo, no perdáis de vista ni por un instante el hecho perentorio de que el cuerpo humano es el cimiento que debe sostener toda la estructura mental y espiritual del hombre y de la sociedad.

Cuando se posee un cuerpo rebosante de energía, se puede esperar verle encendido en entusiasmo creador, y podrá arrostrar las vicisitudes de la lucha sin miedo ni vacilaciones. Con un cuerpo sano y fuerte la vida ofrece premios y posibilidades incalculables.

Y formar estos cuerpos es obra de la voluntad y del método. Los maestros pueden desarrollarlos y fortalecerlos del mismo modo que pueden sembrar en el espíritu los más nobles y fecundos ideales. Lo importante es que en el cultivo de la inteligencia del niño no olviden el cuidado y desarrollo del ser físico, del cuerpo humano, que es como la casa en que cada uno de nosotros ha de vivir y trabajar mientras le dure la vida.

El amor que crea y vivifica Se dice que todo el mundo ama y protege a los que se aman, Cuando ocurre el matrimonio de personas que nos son queridas, participamos en no escasa medida de su gozo; les enviamos obsequios que les recuerden nuestro afecto y hacemos votos porque sobre la vida toda de la pareja presidan los hados del Amor y la Abundancia.

¡Una larga vida de amor!

Es imposible calcular los goces y satisfacciones que en ella caben. Todo lo que hay en la existencia de bello, glorioso y delicado; todo lo que exalta las más nobles virtudes del ser humano, parece que se ha de dar cita en esos hogares que se levantan graciosamente sobre la roca inmovible del amor sincero y espiritual, superior a los apetitos de la carne con que el vulgo suele confundirlo, y amplía y generosamente correspondido por las dos almas que ha juntado bajo sus alas de brillantes colores.

Fenómeno sugerente que acaso contribuye a hacer más intenso ese amor de que hablamos, es el hecho de que los mismos que lo experimentan no aciertan a analizarlo y a explicar el misterio de su perenne renovación.

Para muchas gentes el amor va y viene; llega sin previo aviso, marcha sin ritmo y se aleja. . . se aleja...

Pero no es así.

La raza humana existe hoy y domina las fuerzas que tienden a destruirla precisamente porque así lo quiere el fuego sagrado que enciende los corazones del hombre y la mujer que han descubierto en sus almas el sentido indestructible de la armonía.

A veces no aciertan a explicarse el significado y el alcance del afecto recíproco que se desborda de sus corazones, y si la disipación y estúpido prosaísmo modernista no han manchado sus almas, lo mejor que hay en ellas se dilata hasta tocar los más lejanos horizontes del espíritu y gozar el deleite incomparable de una vida de amor.

Son estas uniones y estos hogares los que nos dan el verdadero significado de la vida, y es allí donde la paternidad y la maternidad con todos los lazos sagrados que ellas crean y fortifican, descienden como una bendición de lo Alto, como una sonrisa del Eterno.

Las uvas del Imperial Ayer publicó LA PRENSA una carta dirigida al señor Presidente de la República por los señores Luceti y Ciccía en que le anuncian el envío de las primeras uvas cosechadas en la huerta "Bandurria" que ellos han formado en terrenos del Imperial.

El señor Leguía debe de haber experimentado honda satisfacción al contemplar y gustar estos primeros frutos palpables de una de sus grandes obras. Apenas sería mayor la complacencia con que Moisés, según la leyenda bíblica, vio surgir el agua de la roca al golpe de la vara que simbolizaba su saber y su autoridad.

Bien recordamos los días en que se iniciaron las obras del Imperial. Se decía entonces que el proyecto era una locura; que costaría millones traer aguas que de nada servirían en aquellas dunas, pues se filtrarían hacia el mar sin que fuese posible producir vegetación alguna en suelo tan estéril e inestable.

Como de costumbre, estas críticas las inspiraban los calamares de la pasión política conservados en la propia tinta de su ignorancia.

Aunque todo parecía oponerse al proyecto, el Presidente no cesó en su realización, y a pesar de la tremenda crisis económico-fiscal de 1922, no consintió ni en la suspensión temporal de las obras.

El tiempo le ha hecho justicia, como se la hace a todos los que perseveran en el buen camino.

La irrigación del Imperial no costó ni con mucho las enormes sumas que se decía iban a consumirse allí "sin ton ni son," y al contacto del agua todo se transformó: lo que los empíricos llamaban arena era un suelo excelente que sólo necesitaba agua para disolver los elementos que contenía y transformarse en pródigas tierras de cultivo.

Allí, además, han podido establecerse en lotes de su propiedad, numerosos trabajadores que cooperaron en las obras de irrigación y que ahora cultivan el mismo suelo que ayudaron a transformar con su esfuerzo.

De una huerta del Imperial han llegado a Palacio las primeras uvas. Traen un mensaje de fe y optimismo. Su desarrollo y excelente calidad dicen de la riqueza de las nuevas áreas ganadas para la agricultura de la Costa y nos enseñan que el trabajo y la perseverancia acaban por imponerse y triunfar de todos los obstáculos y dificultades.

Las primeras uvas del Imperial han llegado a la mesa del Presidente que supo soñar constructivamente ante la pampa desolada y estéril y que previó en sus sueños las áureas flores del algodónero, los perfumados azahares y las uvas grandes y dulces, como ojos de mujer.

Ya están las ricas frutas al alcance de la mano y no las encontrarán altas y verdes, sino los contumaces enemigos del gran Mandatario, los tercios profesionales de la equivocación.

Las madres que roban y traicionan a sus hijos Las mujeres, una mayoría de ellas, por lo menos, no suelen contentarse con ser el más encarnizado adversario de su sexo sino que son también el más implacable enemigo de su propia dicha.

Nadie discute—nadie podría discutirlo en su entero y cabal juicio—que la mujer cumple su destino al aceptar los deberes de la maternidad.

Sin embargo, cada día parece mayor en el mundo entero el número de mujeres que pretenden escapar a esa noble función, y no se crea que lo hacen por miedo al dolor físico que acompaña necesariamente al nacimiento de un hijo, o por miedo a las miserias que la vida pueda reservarle al fruto de sus entrañas.

Otras son las razones que aducen, y ellas pueden condensarse en pocas palabras: se cree generalmente que los hijos vuelven viejas prematuramente a las madres y que les hacen perder permanentemente . . . la línea del talle, la esbeltez de la silueta!

Ya nos hemos ocupado en otro de estos sermones en cuestiones que se relacionan directamente con esta falsa creencia popular, y hemos explicado cómo la maternidad lejos de envejecer rejuvenece a las mu-

jeros porque estimula las funciones de asimilación y eliminación, aumentando así la vitalidad y por ende sus atractivos físicos. Todo es cuestión de higiene y de gimnasia discretamente practicadas, y así lo atestiguan con su sola presencia multitud de madres de numerosa prole que parecen las hermanas mayores de sus hijos y que han aprendido en el libro de la experiencia que la maternidad no es un castigo.

¿Quién no ha conocido a multitud de madres de familia que a menudo participan de los juegos de sus hijos? ¿Quién puede dudar del efecto renovador de esos juegos en que la madre vuelve a vivir los días de su niñez, encontrando en ello todo género de estímulos renovadores?

Se equivocan de medio a medio las damas que creen retener su juventud y su belleza negándose el augusto privilegio de ser madres. Si después de dar al mundo un hijo, la madre hace ejercicios racionales y cuida de su persona como debe hacerlo todo ser civilizado, no sólo no perderá la "silueta" sino que podrá evitar multitud de "achaques," las acumulaciones superfluas de grasa y el efecto letal de las eliminaciones incompletas o deficientes.

Lo malo es que—como lo hemos escrito más arriba—la mujer es el más implacable enemigo de su propia dicha y de la paz de su hogar; pues mientras más pruebas de abnegación quiere dar a su esposo y a sus hijos menos cuida de sí misma, de las necesidades reales de su organismo, de su belleza y de su ambiente espiritual. Y en ese abandono de lo que personalmente le atañe para preocuparse sólo de los demás, comete un gravísimo error que a menudo trae muy serias consecuencias.

El primer deber de una madre es cuidar de sí misma. Su vida no le pertenece; es el mayor bien con que pueden contar sus hijos y ella los defrauda y los traiciona cuando no presta a su salud física y moral toda la atención y el cuidado que merece y que exige.

La vulgaridad y la pornografía en las escuelas Todo el que se preocupe por el porvenir de la nacionalidad debe contribuir en cuanto a su alcance esté a remediar la situación que existe en la mayoría de los colegios y escuelas en lo que atañe a las cuestiones sexuales.

Constituyen éstas en la mayor parte de los hogares y en casi todos los establecimientos de enseñanza primaria y secundaria, un libro cerrado, un tema que se desconoce y que se considera de mal gusto y de pecaminosas proyecciones.

Sin embargo, no ha salido un niño de los brazos de la nodriza cuando ya comienza a recibir impresiones fragmentarias que suscitan su curiosidad y que por el modo más o menos clandestino como llegan a sus ojos y a sus oídos, le dan la impresión de lo malo pero atrayente.

Es así como por la ignorancia a medias y el conocimiento parcial, las fuentes mismas de la vida se convierten en la imaginación de los niños en objetos de obscena burla. Anécdotas sucias van de boca en boca entre los escolares, y adquiere cierto prestigio el chico impudente que acierta a narrarlas con mayor relieve pornográfico.

La política del secreto y el misterio que los padres y maestros observan en cuanto se trata de estas cosas, es la primera responsable del mal que acabamos de señalar, y es claro que éste puede remediarse con sólo el cambio de nuestra actitud: enseñar bien y con criterio sano—moral y científico—lo que se aprende a medias y a escondidas.

Los hombres son hombres y las mujeres son mujeres, y no hay razón alguna para que estas cosas y la razón de ser que tienen no puedan enseñarse en la actitud franca y reverente que es natural inspire la más perfecta—si dentro de la perfección caben grados—de las obras del Supremo Hacedor.

Los niños a quienes se guíe directamente por los caminos de la realidad y de la verdad, poseerán imaginaciones limpias, ajenas a toda tara de lubricidad y de lascivia, y aprenderán a respetar en sí mismos y en los demás esa maravilla de la Creación que se llama el cuerpo humano.

En los Estados Unidos se ha propuesto por escritores de primera línea que en todas las escuelas haya consejeros de uno y otro sexo a quienes los niños y las niñas puedan acudir en demanda de consejo en las cuestiones íntimas de su vida, y que se den frecuentes conferencias por estos mismos expertos, inspiradas en el propósito de despojar el conocimiento del sér humano de todo morboso erotismo y de toda sombra de obscenidad.

Ojalá entre nosotros pudiera hacerse algo semejante.

**“Junté buenas man-
zanas con otras ya
enmohecidas. . . .”**

Erase un estudiante de medicina; pero un estudiante de verdad, trabajador, constante, metódico. Maes-

tros y condiscípulos le respetaban porque conocían sus cualidades y le anticipaban un brillante porvenir.

Asistía a clase—“rara avis”—preparaba concienzudamente sus lecciones y sus trabajos prácticos del anfiteatro, el laboratorio y la enfermería; se recogía temprano para enriquecer con variadas lecturas los conocimientos que adquiriría en la Facultad. Nadie le habría tratado de “lechucero” como a los tranvías de media noche y podía mirar a las gentes—a todas las gentes—cara a cara, sin timidez y sin temor.

Pero adquirió amistades peligrosas. Se le vio en compañía de mozos que lo mismo servían para un fregado que para un cocido; en tal círculo no faltaban tobilleras linfáticas con una visión deformada de la vida, y aprendió a beber alcohol sin hacer gestos.

Poco a poco se fue convirtiendo la juvenil fanfarronada en dipsomanía y no tardó en llevar bebidas a su habitación “para matar el gusanillo” las pocas noches que dedicaba al estudio.

Lanzado por la pendiente del vicio, pronto perdió el respeto de sí mismo. Esquivaba la sociedad de sus buenos compañeros de trabajo y cambió de barrio.

Llegó a ocuparse en sucias "combinaciones" rufianescas y un día se encontró cara a cara con el crimen.

La policía rodeó un garito clandestino y los empresarios viéndose sorprendidos y sabiendo que por allí se llegaba a un taller de monederos falsos, opusieron desesperada resistencia para dar tiempo a que desaparecieran los troqueles y aparatos denunciadores.

En la lucha pereció un agente de policía y otro resultó gravemente herido.

El exestudiante de medicina cayó en la redada y está en la cárcel acusado de haber matado a un hombre.

El descenso fue vertiginoso.

A sus muchas cualidades les faltó el sostén de la más importante: EL CARACTER. No tuvo entereza suficiente para eliminar de su vida las compañías nocivas y peligrosas. Y no supo resistir su influencia deletérea.

Este caso del estudiante de medicina no es ni nuevo ni raro. Son muchos los jóvenes que por su inteligencia y su buen juicio hacen concebir grandes esperanzas y que tuercen lastimosamente el rumbo de sus vidas, sin que sea fácil precisar el lugar y la ocasión en que empezaron a apartarse de la línea recta.

Por eso hay que vivir en guardia.

Hay que evitar toda compañía de que no podamos jactarnos ante las personas decentes.

Hay que abstenerse de todo acto que pueda disminuir el respeto que nos debemos a nosotros mismos.

Y hay que huir del alcohol, como del más traidor e implacable de nuestros enemigos, pues embota nuestras facultades, adormece el sentido moral y nos entrega indefensos a los impulsos brutales de la pasión. Jamás bebedor alguno sobresalió en actividades físicas, mentales, morales o sociales. El dominio de la vida y de los hombres le está reservado exclusivamente a los trabajadores temperantes que saben guardar sus vidas en la torre de marfil de sus conciencias.

Hombres estacionarios y mujeres progresistas

Las grandes conquistas de nuestra época las han hecho las mujeres. Sea porque estén acostumbradas a ello—pues han pasado los siglos conquistando a los hombres, grandes, medianos y pequeños—sea porque en realidad son más despiertas que nosotros, lo cierto es que en cosas de mucha monta se nos han adelantado y se han impuesto. Díganlo si no sus tres más recientes innovaciones que no vacilamos en calificar de trascendentales y decisivas en el destino de la Humanidad; más que Maratón, Lepanto, Trafalgar y Waterloo, porque estas batallas—digámoslo sin mermarles importancia, no sea que resulte por ahí algún descendiente de los vencedores aquejado del prurito de rectificar—sólo cambiaron momentáneamente el aspecto político de ciertos países y les dieron impulso a determinados conceptos sobre algunas de las cosas que preocupan a los hombres; mientras que las conquistas femeninas de esta tercera década del siglo, afectan favorablemente la higiene y la salud pública de la Humanidad entera. Hablamos de la cabellera recortada, el cuello desnudo y la falda corta.

El problema del aseo de la cabeza, que tanto preocupaba a las señoras—o a sus amistades cuando la propietaria no le daba importancia—quedó simplificado y resuelto de una vez para siempre, con una ventaja adicional de vastas proyecciones: a las esposas cuarentonas de los cincuentones, les da a cinco metros de distancia el aspecto de tobilleras de 25 años, y así sucesivamente. ¡Qué fuente de Juvencio ni qué doctor Voronoff! La tijera del peluquero de señoras es el único rejuvenecedor verdadero de que nosotros tenemos noticia.

Los resfriados y las jaquecas de que tanto se quejaban nuestras adorables enemigas, andan de capa caída desde que las señoras se han decidido a reconocerle el derecho de exposición permanente a sus cuellos, gargantas y nuca, que tantos títulos tienen a la admiración de los hombres y la envidia de las demás mujeres, como los ojos, o la boca o los alados piecitos femeninos. Que se cubran la garganta con petos y cuellos de asbesto o de cartón-piedra las que tengan bocio o forúnculos y las que crean librarse de pulmonías respirando con la boca abierta entre los pliegues de una bufanda de lana. Pero nada de eso se ha hecho para la mujer pulcra y sana, que sabe que la especie humana es anfibia y se ha hecho para vivir en el agua y en el aire.

Tampoco es posible reducir a cifras lo que han ganado la salud pública y la privada desde que las señoras desistieron de cooperar en las labores de la baja policía, desechando con muy buen acuerdo las temibles faldas con que iban por esos mundos barriendo las calles y habitaciones y coleccionando las más terribles castas de microbios, bacilos, parásitos, bacterias

y demás "pajarracos inciviles" de que hablaba aquel catedrático de San Marcos, que le atribuía alas al bacilo de Koch viendo la facilidad con que se transmitía.

Con estas tres reformas en lo que ya no nos atrevemos a llamar su indumentaria—pues somos rendidos vasallos de la precisión y exactitud en el lenguaje—la mujer contemporánea ha ganado en belleza y en salud todo lo que pierde en edad aparente, y ha hecho algo más: ha contribuido en forma muy positiva a mejorar los índices de la salubridad pública. Con el cuello desnudo y la cabellera recortada hay menos mujeres con "achaques;" disfrutan ellas mejor de la vida y cooperan con más eficacia al bienestar general.

Entre tanto, los hombres nos hemos plantado. Nuestra indumentaria no evoluciona; seguimos llevando las mismas nefandas prendas de nuestros abuelos con sólo variaciones de detalle, y sobre todo continuamos sometiéndonos a la esclavitud del cuello postizo, que impide la libre circulación y la libre respiración; que convierte nuestras nuca en fértil criadero de forúnculos—particularmente en las personas predispuestas a acumular ácido úrico o de riñones enfermizos—y que nos da un aspecto terrible de pavos en vísperas de navidad.

Se ha averiguado que multitud de "enfermedades del corazón" provienen de la continua presión que sobre las carótidas externas ejercen estos nefandos vendajes que hemos bautizado con el nombre de cuellos postizos, que en nuestra frivolidad analfabeta consideramos como prenda sin la cual no debemos comparecer en público y mucho menos ante señoras. ¡Ante las mujeres contemporáneas—fíjense ustedes—que sin

dificultad alguna han suprimido todo lo que les daña en su salud y en su aspecto, y nos dan ejemplo de lógica y de practicismo de buena ley poniendo en quiebra a los fabricantes de peinetas y ganchos para la cabeza, de botones para los vestidos y de tantas otras fruslerías que complicaban la vida femenina y que podrían pasar cuando la mujer carecía de personalidad y no ocupaba su tiempo en serias y provechosas labores!

Mientras la mujer evoluciona y le da a sus ropas formas y estilos que no vacilamos en calificar de científicos, pues responden a los dictados de la Higiene, la Fisiología y otras ciencias, nosotros nos quedamos atascados entre chalecos, pecheras almidonadas y cuellos estranguladores.

¿No hay por ahí alguien que inicie aquí la liga contra el cuello, que ya se ha fundado en Francia?

La salud de las niñas y de las señoritas

Un célebre colegio norteamericano para señoritas—el Barnard—ha establecido, por iniciativa de las mismas educandas, la “Semana de la Salud.”

La señorita Dorotea Nye, que dirige en ese colegio la sección de educación física, ha acogido con entusiasmo el proyecto de las muchachas y le ha dado forma y organización. “Tratamos, dice la insigne educadora, de que todas nuestras alumnas, según la frase popular, ‘vendan salud.’ ”

En un país como los Estados Unidos, que tanto ha hecho por la cultura física, no es de sorprender que esta clase de iniciativas partan de las niñas y señoritas que estudian, pues allí ha tenido que penetrar ya muy hondo el concepto real de lo que vale y significa la práctica persistente de los ejercicios físicos y de los deportes al aire libre.

Sin embargo, aun en esa privilegiada nación, las estadísticas de años pasados han puesto de manifiesto que una crecida proporción de las muchachas educadas en colegios fracasan físicamente como esposas y como madres. Estas revelaciones de la estadística son sin duda las que han originado el movimiento de Barnard College.

Se trata sencillamente de que cada cuerpo femenino, mediante ejercicios sistemados y un régimen hi-

giénico de vida, alcance el máximo de su desarrollo. De esta manera las funciones de todos sus órganos se efectuarán en condiciones ideales y se tendrán así aseguradas la salud de la niña y de la mujer, y su capacidad para llenar amplia y noblemente las funciones que la Naturaleza le reserva.

La más alta misión a que puede aspirar una muchacha—sea cual fuere su posición social—es la de construir un hogar, la de ser el centro y origen de una familia y la de mantenerla unida y feliz en un ambiente de salud física y espiritual.

Las niñas enfermizas o achacosas jamás podrán realizar plenamente tan compleja misión. Fracasarán o como esposas, o como amas de casa capaces de organizar la vida del hogar, o como madres, aun teniendo hijos.

Nada hay en la vida comparable en grandeza y majestad al glorioso privilegio de la mujer que consiste en darle vida al hombre.

Prepararse física, moral e intelectualmente para tan alta función es el primero de los deberes de la niña y la joven, y a facilitar esa preparación y ponerla al alcance del mayor número tienden organizaciones como “la semana de la salud,” a que nos hemos referido al empezar y que ojalá nos fuera dable ver adoptadas entre nosotros, donde por fortuna abundan los colegios de señoritas a cuya cabeza se encuentran mujeres de clara inteligencia y de efectiva vocación de educadoras.

Sueños convertidos en realidades Los sueños sirven a veces para la realización de grandiosos proyectos. Ello se debe a que a menudo nos inspiran altas y nobles acciones que a pocos les habría sido dado imaginarlas despiertos.

Los sueños despliegan ante nosotros inmensos panoramas de un mundo desconocido y nos dan entrada libre a espectáculos que participan simultáneamente de lo visionario, lo grotesco y lo misterioso.

Pero entre los sueños que nos trasportan por caminos dignos de que en ellos quede estampada la huella del Hombre, son los más fecundos los que nos muestran el hogar como el oasis hacia el cual debemos dirigir nuestros pasos.

¡El hogar! ¿Cómo podremos apreciar su significado?

Los mayores goces de la vida provienen de una justa apreciación del anhelo de formar un hogar.

Muchos seres extraviados—hombres y mujeres—buscan en la disipación fermentidos sustitutos a las satisfacciones que sólo ofrecen los hogares levantados sobre la sólida roca del trabajo y del amor.

Los que tal hacen son almas que tienen hambre y sed de placeres ignorados que han presentido vagamente pero cuya verdadera naturaleza desconocen. Van por todas partes buscando algo, siempre buscando pero sin saber exactamente qué es lo que buscan.

Y mientras más avanzan por el errado camino, más desazones experimentan y menos valor le encuentran a sus existencias inútiles.

Algunos creen que pueden defraudar el principio fundamental de la vida, libando sus mieles sin asumir sus responsabilidades; pero se equivocan: toda transgresión de la ley moral trae aparejada su pena y sus sanciones.

Si no habéis soñado con el puro amor de una mujer, para levantar con ella un hogar y hacer de él un santuario de vuestras dichas y el refugio de vuestras horas de olvido y de sosiego, habéis perdido las únicas satisfacciones positivas que la vida ofrece; lo único que puede compensaros de los afanes y dolores cotidianos.

Los sueños en torno a un hogar son siempre útiles. Sea que en ellos miremos hacia el pasado o anticipemos lo porvenir, poseen la virtud de exaltar las más nobles fibras de nuestro corazón. Y éstos serán los sueños que valga la pena esforzarse por convertirlos en realidades. Porque cuando el hogar entrevisto en la dulce penumbra del ensueño se convierte en un hecho real y positivo, podemos tener la seguridad de que estamos construyendo sobre cimientos incommovibles.

Cómo se gana la confianza pública El periodista español don Luis Bello tuvo un día—hace ya algunos meses—una feliz ocurrencia. Vamos a traer al periódico, se dijo, las escuelas de España. Y el modo de “traerlas al periódico” era yendo a ellas, visitarlas y contar a los lectores de “El Sol” de Madrid lo bueno y lo malo que hubiese observado en su visita.

Tal es el propósito de la peregrinación que ha emprendido el señor Bello por las provincias de su país. Hay que ver los nombres jamás soñados de las aldeas en que se ha detenido para visitar la escuela del lugar. Hay que leer sus estupendas cartas al benemérito diario que lo apoya en su labor, descubriéndole las deficiencias de personal y edificios; la lucha agria y sin esperanza que han de sostener los maestros abnegados con los prejuicios de que está saturado el ambiente rural español y con los intereses creados de que son beneficiarios los caciques y los personajes parroquiales que forman los ayuntamientos.

Las cartas de Bello a su periódico son un modelo acabado de honrada y digna labor periodística. Discutiendo en cada lugar—y ha visitado centenares—so-

bre el mismo tema, jamás se repite, y sabe dar a sus relatos el dinamismo y la amenidad esenciales para retener la mirada y la atención del lector sobre el impreso que se le pone delante.

Bello, que tiene más de constructor que de demolidor, no se contenta con censurar lo mucho malo que ha visto; sugiere remedios y reformas, y lo que manda al periódico lo conversa antes con los interesados de cada poblacho y trata de dejar sembrada en los surcos, casi virginales, la semilla de sus buenas ideas de hombre moderno y de excepcional preparación en los asuntos que le preocupan.

El resultado de esta labor al parecer tan modesta y de tan escasas proyecciones, es que España entera ha fijado los ojos en ese buen periodista suyo y ha comenzado a preocuparse por sus escuelas y sus niños y los preceptores que trabajan en las altas sierras y apartados valles. De los pueblos que Bello visitó parten iniciativas inesperadas, y gentes e instituciones ajenas a las funciones y actividades del Estado comienzan a darse cuenta de que a ellas también les corresponde hacer algo en pro de la enseñanza popular. La obra de Bello, que empezó siendo arroyo, se está convirtiendo en un Amazonas hinchado por formidables corrientes de opinión, y ya se esboza un movimiento nacional por las escuelas que habrá de imponerse aun a los más refractarios exponentes del Poder público peninsular.

Naturalmente, Luis Bello no ha ido de pueblo en pueblo pidiéndole sus retratos al alcalde y al preceptor para publicarlos en algún problemático álbum de notabilidades españolas y destinado a ver la luz pública el día del juicio por la tarde. Tampoco les ha

exigido como condición "sine qua non" para publicar las fotografías y datos biográficos de los ingenuos personajes municipales, el pago adelantado de la suscripción a algún periódico imaginario.

Nada de eso.

Los que así entienden "la propaganda" no realizan sino efímera labor de provecho personal, y no suscitan ni aplausos ni resistencias. Y hay que tener presente que unos y otras son indispensables para interesar a la opinión pública en nuestros proyectos e ideas, y para ponerlos en marcha.

A la opinión pública no le preocupan los mendigos disfrazados de propagandistas que van por esos caminos tratando de arrimar el fuego a su sardina. Para que una campaña periodística alcance buen éxito es preciso que el público tenga plena confianza en el desinterés personal de los que la patrocinan. Mientras ese requisito no se haya satisfecho ampliamente, los falsos apóstoles tendrán que resignarse a que se les considere a la altura de los curanderos de feria y de los vendedores de sánalotodo.

Pero qué cambio cuando las gentes lleguen a tener fe en quien les habla! Se mueven las montañas y lo que parecía imposible se les antoja a todos hacedero y fácil, y nadie esquiva el hombro y el que menos quiere que se le asigne la parte más pesada de la obra.

Pero para crear esos estados de ánimo hay que empezar por tener fe y saberla inspirar: fe en las propias fuerzas y en la virtud creadora o regeneradora de los proyectos de interés público que patrocinemos.

**Al niño hay
que enseñarle
el dominio de
sí mismo**

En los Estados Unidos acaban de ejecutar en la silla eléctrica a un joven llamado Hóward Wébster. Se le ha llevado al patíbulo por haber matado a su señora suegra. Tal vez un jurado de hombres casados lo habría absuelto, pues el que menos diría que en su caso habría hecho otro tanto o que si él no había matado a su madre política no era por falta de ganas ni de motivos.

Pero a Wébster lo juzgaron diez solteros y dos individuos casados con huérfanas de solemnidad que no han tenido ocasión de conocer las delicias de la vida conyugal en triángulo rectángulo cerrado por la hipotenusa que llamamos suegra.

Wébster, pues, fue condenado, y como en los Estados Unidos las sentencias suelen cumplirse, cumplió la suya. Pero no lo hizo en silencio.

—A mí ni en mi niñez ni en mi primera juventud, nadie me enseñó a dominarme, les dijo a su confesor y a sus carceleros,

—“Yo fui—agregó Hóward Wébster—hijo único de una viuda que me dedicó a mí todo su afecto maternal y todo el que habría tenido para su esposo si hubiese vivido. Así, pues, crecí voluntarioso; me acostumbré a hacer lo que se me ocurría, y a que todos los que me rodearan satisficiesen mis caprichos, como si se tratase de un importante deber cívico.”

Poseedor de tan delicado temperamento, el joven Wébster tropezó con una suegra que, como casi todas las suegras—¡Dios las perdone!—no estaba dispuesta a servirle de rodillas al hijo de otra, y mucho menos al hijo de la suegra de su hija. ¡No faltaba más!

Se produjo el choque, y el amigo Wébster encontró inesperadamente que el cuerpo de su respetable madre política se hacía un ovillo y lo arrastraba en su caída cuando él se entretenía en apretarle el cuello para que no gritara más desvergüenzas...

.....

Lo primero que hay que enseñarle al niño es a dominarse. Desde el regazo materno debe adquirir la noción exacta de su posición en el Universo, como un mero punto infinitamente pequeño e inapreciable, y por ningún motivo como el centro del sistema planetario.

El niño debe saber que los demás no han nacido únicamente para tener la honra de servirlo y de satisfacer sus caprichos. Cada cual vino al mundo con su alma en su almario y para vivir su vida, usando su derecho y respetando el ajeno. Nadie es más que nadie: todos somos miserables criaturas sujetas al dolor y a la muerte y todos debemos procurar aliviar la carga colectiva de la existencia, por la comprensión y la tolerancia y la mutua ayuda.

Cuando estas cosas no se aprenden en los brazos maternos, la vida se encarga de enseñárnoslas con tal rudeza que a veces en el aprendizaje perdemos la cabeza . . . que es lo que, literalmente, le ha pasado al joven Hóward Wébster.

¡Habría para escribir un libro sobre estas tragedias y la responsabilidad en ellas, lejana pero directa, de las madres que por querer demasiado no quieren bien!

El triste caso de Charlie Chaplin Los incontables admiradores de Charlie Chaplin—y se les encuentra por millares en cualquier parte del mundo—lo han compadecido de todas veras en sus recientes tribulaciones domésticas.

Seguramente nadie tiene a Chaplin en olor de santidad y ni la más necesitada de las solteras se atrevería a pretenderlo como el marido ideal; pero de ahí a creer todo lo que de él dice su mujer para obtener su divorcio y una “indemnización”—llamémosla así—que fluctúa entre el 50% y el 100% de la fortuna del célebre actor, hay un abismo.

Muchas de las cosas que la señora le enrostra a su marido dicen tan mal de él como de ella, y ponen de manifiesto un bajo carácter de mujer que no tiene más preocupación que la del dinero y que no le fingió amor a Charlie Chaplin sino para adquirir un estado legal que le permitiera darle un zarpazo a la fortuna del comediante.

Pero dejando de lado las miserias de este caso particular, hay que observar un hecho que con diaria frecuencia puede comprobarse en las crónicas periódicas del día: raras veces son felices en sus aventuras matrimoniales los hombres que poseen grandes fortunas.

Cuando éramos jóvenes los que ahora somos lo bastante viejos para llamarnos “Matusalén” o algo por el estilo, abundaban los tipos que rehusaban aceptar

dinero que no hubiesen ganado con su trabajo o heredado conforme a derecho establecido y reconocido.

Desde la gran guerra esta clase de sujetos se ha alcanforado casi por completo, y a los que aún persistimos en la actitud de mirar las riquezas materiales como medio y no como fin, se nos da fama de excéntricos y se nos considera tan anacrónicos como el dinosauro y demás monstruos de museo.

Lo que ahora prevalece en el mundo entero es el concepto de que el dinero lo tapa todo y que lo importante es adquirirlo pronto, con el menor esfuerzo posible y sin reparar en medios. ¡La vida es demasiado corta! dicen estos positivistas de nuevo cuño, y por mor de la brevedad, lo dicen en mal inglés: "life's too short."

Desgraciadamente no son los hombres los únicos que han hecho suyo el nuevo credo. Una enorme proporción de las muchachas que se casan con hombres ricos, lo hacen por el dinero y lo dicen con la mayor tranquilidad. Averiguan la posición económica de sus galanes con tanta escrupulosidad y tan a fondo, como han acostumbrado hacerlo, cuando quieren salir de pobres, los mozos de pereza y vicios que le ponen la puntería a una heredera—a cualquier heredera—para que les resuelva los problemas de la vida.

En uno y otro caso, el matrimonio que no junta sino dos cuerpos y una fortuna carece de elementos para hacer la felicidad de los esposos y fundar el verdadero hogar.

Debemos tener piedad por el hombre que ha encontrado compañera que no lo ama a él sino a su riqueza, pues ese marido es la víctima escogida fríamente para cometer el más vil de los crímenes.

Cuando el amor se comercializa, cuando se convierte en artículo de compra-venta, el matrimonio a su vez se rebaja a una especie de prostitución legalizada. La esposa se ha vendido en cuerpo y alma, y bajo la máscara sonriente del amor engaña miserablemente al hombre que se encuentra listo a hacer todo género de sacrificios por ella.

A veces pensamos que estos pobres diablos que van por la vida llenos de dinero, expuestos a todas las acechanzas del "tobillerismo" insaciable, debieran ser objeto, como los fatuos y los menores, de la protección del Estado. Habría que defenderlos de las mujeres que les fingén amor para llevarlos al altar y luego volverse contra ellos como la esposa de Chaplin—quizás con menos descaro pero con resultados tan efectivos—para adueñarse de lo único que las atraía.

Y no se crea que es muy reducida la proporción de las hijas de Eva que en las cinco partes del mundo pasan la vida ideando medios de asaltar fortunas. El peligroso y degradante amor al dinero por sí mismo, está mucho más generalizado de lo que se imaginan las almas cándidas. Y si no, que nos digan ¿entre un centenar cuántas son las esposas abnegadas que—usando una frase de doña María Luz Morales—renunciarían a ahorrar unos centavos a trueque de evitarle un disgusto a los suyos?

De puntillas y muy quedo Hace tres o cuatro años conocimos en Lima a un periodista venido de los departamentos del sur que se nos presentó con la colección de un periódico fundado y sostenido por él y dedicado exclusivamente a una propaganda "única," según decía él mismo. Como al grillo de Darío, no le sonaba sino una cuerda en su violín, y ésta se nos antojaba algo floja y disonante.

El periódico del colega provinciano estaba dedicado a ilustrar a las señoras y señoritas sobre la inconveniencia de usar tacos altos. Nuestro hombre se había fabricado toda una teoría en contra de los tacones, y a ellos les atribuía no sólo ciertos prolapsos a que está sujeta la doliente humanidad femenina, sino efectos tan destructores y profundos que casi podría decirse que los airosoos tacos tienen la culpa de todo lo malo que sucede en este mundo, pues parece que ellos influyen desastrosamente—según nuestro hombre—hasta en la mentalidad del niño aun nonato, cuya madre los usa.

En aquellos días, sin negarle del todo la razón a nuestro colega provinciano, quedamos bajo la impresión de que estaba algo mal de la cabeza, pues no nos parecía que el problema de los tacos tuviese la importancia y trascendencia que él, con sospechosa exaltación, se empeñaba en darle.

Pues ahora resulta que nuestro periodista provinciano era nada menos que un precursor. El escritor norteamericano Frank Grobber, que no es por cierto un desconocido, pues su reputación ha cruzado los mares en barcos anglo-sajones, estaba desempeñando las funciones de jurado en la ciudad de Long Island— juzgando a “uno de sus iguales” ante la ley— cuando compareció a declarar como testigo una bella dama que calzaba zapatitos tan diminutos como lo consiente la relatividad norteamericana, y terriblemente empinados sobre un par de esbeltas columnitas de las que llevan el nombre de uno de los Luises de Francia.

Ver el amigo Grobber aquellos tacos y enfurecerse todo fue uno. Llegó a decir que para él no hacía fe lo que dijera una mujer calzada de ese modo, pues era claro que quien sometía sus pies voluntariamente al tormento de unos zapatos más chicos que su contenido e iba por esas calles en la forzada y suicida posición que imponían esos taconazos de tipo de rascacielo, tenía que ser fatuo de nacimiento e irresponsable de sus actos y palabras ante Dios y los hombres.

Fue tanta la vehemencia con que se expresó el jurado Grobber que el juez tuvo que pedirle al abogado que había citado a esa testigo—nada menos que la actriz Eileen Wilson—que consintiera en su retiro. . . .

El asunto no ha parado ahí.

Gran número de periódicos han hecho suyos los conceptos de Grobber, y Macfadder, el editorialista del "Graphic" de Nueva York, escribe a este respecto lo siguiente, que traducimos, pero que nos abstenemos de comentar:

"El hombre que se casa con una muchacha que usa tacones altos, no tiene inteligencia, porque la mujer que adquiere el hábito de calzarse de ese modo podrá ser una encantadora amiga para matar el tiempo en horas de ocio, pero ni física ni intelectualmente puede estar preparada para la ingente labor de formar un hogar.

"Claro que nadie puede culpar a estas pobres muchachas de que acepten tan nocivas modas, mientras haya hombres lo bastante desprovistos de cerebro para estimularlas a que sigan por tan extravagante camino."

Como ven ustedes, el buen Macfadder no se contenta con anatematizar a las mujeres que usan tacones Luis XV; fulmina también a los hombres que los encuentran elegantes—la verdad es que lo son—y les atribuye una alarmante falta de materia gris.

A semejante extremo no había llegado en su predicación el compatriota nuestro que atribuye la caída de los imperios y hasta algunos fenómenos sísmicos a los esbeltos taconcitos. ¡Y aquí lo teníamos por chiflado!

Alta y baja policía Hay muchos modos de ser limpio y muchos más de ser sucio. Hay gente que no es sucia sino por fuera. Son un poco desagradables para estar en su compañía y no siempre tiene una paciencia para oírles sustentar la tesis de que “la cáscara guarda el palo,” pero no son ellos los más repulsivos.

En esto de la limpieza hay grados y categorías, mas la mayor parte de las gentes ignora la relativa importancia de estos tres factores: aseo por dentro, aseo por fuera, y aseo de nuestras habitaciones.

Entre los hombres es muy común la creencia de que el aseo exterior de la persona es lo que más importa, pero están en un error. La limpieza interna es la más necesaria a nuestra buena salud y a nuestra eficiencia. La casa en que circula nuestra sangre y donde funciona el admirable laboratorio químico que llamamos estómago, es la que debemos tener limpia de preferencia. Cuando en el estómago se retienen ali-

mentos mal digeridos, se producen unos cuantos fenómenos desagradables y peligrosos. La sangre absorbe toxinas, y éstas originan dolencias sin cuento y de efectos más o menos rápidos según la cantidad y virulencia de los venenos filtrados.

Pero si los hombres se equivocan prefiriendo el aseo exterior de sus cuerpos al del interior, las mujeres se alejan mucho más del blanco. Para muchas de ellas el único aseo en que vale la pena ocuparse es el de la casa de habitación, y en la casa, el de la sala de recibo.

¡Ni una brizna de polvo en la sala! Pero fíjese usted en el color manchoso de la piel, en los ojos sin brillo, en la actitud decadente, sin estabilidad y sin bríos, de la excelente señora y piense si no valdría la pena de que tan estimable dama se preocupase más por la limpieza de su aparato digestivo que por la de las alfombras que huellan sus visitantes. Digo... en caso de que no tuviese tiempo de atender a las tres limpiezas.

También cometemos serios errores en la clasificación de lo que es y de lo que no es suciedad. Vemos pasar a un carbonero con la faz y las manos cubiertas de hollín y pensamos:

—¡Qué horror! Cómo está de sucio ese hombre!

Pero pasa una "tobillera" con la cara enyesada y los labios teñidos, fingiendo un corazón ensangrentado, y no sólo no se nos ocurre pensar que va tanto o más sucia que el carbonero, sino que hay quienes se pirran por un beso de semejantes labios!

Sin embargo, la diferencia entre el carbonero y la tobillera es sólo de color: el carbón es negro y el yeso y el albayalde son blancos (aunque sobre algu-

nos cutis demasiado bronceados adquieren un melancólico tinte morado de pintura impresionista de fines del siglo décimo nono, que lo hace estremecerse a uno pensando en el tétano) pero ambos son suciedad. La del carbonero tal vez sea puramente exterior; la de la "tobillera"... ¡cualquiera se aventura a hacer afirmaciones!

La esclavitud de la inteligencia El hombre es un animal esencialmente crédulo. La risa—que es un producto de su evolución superior—y la tendencia adquirida a creer lo que le dicen, son las cosas que verdaderamente lo distinguen del bruto. Y no decimos lo mismo de la palabra, porque hay cotorras que le hacen la competencia a nuestros más preclaros oradores, y oradores que avergonzarían a una cotorra.

En la infancia se nos entrena para creer lo que nos dicen, y se nos enseña que las condiciones en que crecemos y vivimos constituyen el orden natural y eterno de las cosas. Para que el hombre cumpla mejor su destino de crédulo y viva más tranquilo, la naturaleza no le puso los ojos donde los tiene el caracol.

Raras veces se nos ocurre poner en duda las enseñanzas de la niñez, y a menudo somos los primeros en indignarnos cuando alguien se permite alguna broma con el tesoro de la manida tradición.

Cuando abandonamos el regazo materno ya llevamos en la sangre el suero de la credulidad—que no es lo mismo que el de la fe—y nos lanzamos en la vida

convencidos de que las creencias y tradiciones que nos inculcaron son los “primeros principios” firme e irrevocablemente establecidos.

De este modo nos convertimos en esclavos de las prácticas y creencias corrientes en la sociedad en que vivimos. Fácilmente nos convencemos de que esas prácticas son el resultado de la experiencia de la especie humana, y hasta los más audaces, los que se autocalifican de iconoclastas y dan gracias a Dios por haberles hecho ateos, no vacilarán en decirnos que todo ello es el fruto maduro de la evolución.

Las creencias aceptadas y las prácticas establecidas se transmiten de generación en generación en lotes surtidos, muy bien empacados para que no sufran alteraciones en el tránsito, y rotulados pomposamente con la contramarca de fábrica: EDUCACIÓN.

Cada generación encuentra nuevos expositores que se encargan de poner el vino viejo en odres nuevos, es decir, de expresar en lenguaje moderno todo lo que creyeron y pensaron nuestros abuelos. Estos expositores llegan a hacerse “autoridades” en la respectiva materia, y a los simples mortales no nos es dado ni siquiera hacer un pequeño chiste a expensas de todo ello!

El hombre ha nacido para creer, y el que duda es un sér más horripilante que el que niega.

Si el lector es estudiante universitario, haga un ensayo y se convencerá de lo que decimos. Expresa alguna duda sobre la teoría de la evolución—por citar algo que esté al alcance de los pobres... de espíritu—y verá qué cerro se le viene encima en las asignaturas de biología, zoología, botánica, etc. Y los catedráticos que nada dijeron cuando faltaba usted a

clase por meses enteros y que otros años lo aprobaron constándoles hasta la saciedad que usted escasamente sabe deletrear y que escribe con **h** ayer "porque así se escribe hoy," se apresurarán entonces a "rajarlo" mientras les llega la hora de descuartizarlo.

¡Anatema!

Pero en ningún orden de ideas es esto más cierto y evidente que en medicina.

Desde que nacemos se nos inyecta como cualquier otro suero la fe en las medicinas, y al médico nos lo presentan como un amable dragón que se interpone entre nosotros y la terrible parca.

Teóricamente, él nos alivia nuestros dolores y nos salva de morir.

Muchos de nosotros, cegados por tan gran prestigio, apenas nos limpiamos del hociquito la leche materna, ingresamos en alguna facultad de medicina donde se nos comunica toda la erudición médica acumulada en las edades. Los catedráticos nos inculcan su ciencia con una tremenda porra que llaman "la autoridad científica," y frente a esa masa contundente se nos hace saber que todo conato de apartarse de los dogmas consagrados y pensar independientemente, es materia de penas y castigos. La conformidad es más necesaria que el conocimiento para adquirir el diploma.

Por eso el progreso no lo realizan sino los que son bastante fuertes para romper las ligaduras del profesionalismo.

Pasteur no era médico.

**El buen predica-
dor debe tener
días frívolos**

El buen predicador no debe asumir constantemente el aire de dómine disgustado que encuentra mal todo lo que hacen y piensan las gentes y todo lo que sucede de tejas para abajo.

A fin de que pueda retener la atención de sus oyentes—lectores, en el caso de Matusalén—conviene que de vez en cuando matice sus prédicas con algún comentario de tendencias amenas que recuerde a todos que el del sermón es también un sér humano, tan pecador como sus “feligreses” y acaso con menos disculpa.

Sintiéndonos de humor de comentario frívolo, nada más socorrido para pasar el rato que las modas femeninas.

Esto de las modas actuales nos ha hecho pensar mucho, pues no acertamos a explicarnos la indignación que suscitan en algunos espíritus inflexibles que a la falda alta, el descote bajo, las mangas ausentes y la cabellera corta, les atribuyen una execrable intención pecaminosa.

Nadie negará que la ropa es una invención desastrosa; que si en el hombre y la mujer hay algo postizo—tan postizo como los paladares de jebe vulcanizado y

las pantorrillas de corcho portugués—ese algo es la ropa con que cubren sus carnes. Está por ver el recién nacido que llegue al mundo siquiera en pijamas, y por más que hemos repasado el decálogo que nos trasmitió el caudillo de Israel, no hemos podido encontrar disposición alguna de origen divino que nos mande forrarnos desde la nariz hasta la planta de los pies.

Y es que el vestido es una cuestión convencional, en cuyas formas, estilos y calidades influyen el clima, la estación, el gusto reinante y la situación económica de cada cual.

Tampoco hemos podido explicarnos en qué pueda ofender a Dios o a sus criaturas una dama de sesenta años—vaya como ejemplo—que adopte sobriamente el corte moderno, de tal modo que a tres metros de distancia nos parezca una matrona joven digna de un piropo decente, discreto y sentido. Al contrario, es digna de aplauso la mujer que trata de vencer la carga de los años para ahorrarle a los demás el espectáculo siempre melancólico de la decadencia.

Ya nos hemos ocupado, en otro sermón, en las innegables ventajas para la salud, la higiene y la bolsa que presentan las actuales modas femeninas; pero aún hay otros aspectos que deben tenerse en cuenta y que las recomiendan. En efecto, las modas del día—con excepción del colorete, que nos parece cosa muy sucia—son moralizadoras; poseen el tremendo poder educativo de la realidad. El traje que encubre deformidades; el que vela a medias las formas humanas—que en sí nada tienen de pecaminoso, pues son obra del mismo Dios—abriendo vistas al misterio y suscitando curiosidades malsanas, es el que nos parece inmoral, y más que ésto, antisocial.

La prueba de que no vamos descaminados la puede hallar cualquiera en los balnearios. En ninguna otra reunión de hombres y mujeres se observan mayor recato y comedimiento que en los baños de mar. Apenas si se repara en los cuerpos femeninos: a unos nadie los observa porque no valen la pena; a otros, porque la silueta que se aproxima a la perfección no suscita, no puede suscitar, en los seres normales, pensamientos malsanos. ¡Desconfiad de la pureza de quienes os digan lo contrario.

Hay más todavía. Fijaos en las bañistas: las mujeres de buen ver llevan el traje de baño moderno con naturalidad, sin fingimientos que atraigan sobre ellas de modo especial la atención de los hombres. En cambio... reparad un poco en las que aparecen con el calzón que les cubre hasta más abajo de la rodilla; medias que se pierden más arriba de la puntiaguda articulación; blusa blanca de mangas hasta la muñeca y sobre todo esto, una especie de levita de lanilla oscura que casi las envuelve y da la impresión de un manteo. Entran en el agua con paso vacilante, a menudo ayudadas por alguna compañera a quien a su vez ayudan, y, al contrario de lo que pasa con las otras, suscitan diálogos picarescos del tenor del que oímos alguna vez:

—¡Caramba! qué señoras tan forradas. ¿Qué ocultarán?

—Los estragos del tiempo.

Y basta ya de frivolidades.

Todo amor se acaba, Nos gusta pensar en el a-
pero a todo amor de- mor como en algo que dura
bemos reverencia eternamente. Hay en él
tángo sentimiento, con-

mueve de tal modo todas las fibras de nuestro sér, que a veces nos hallamos dispuestos, con la mayor buena fe, a declararlo perenne, inmortal. . . “más fuerte que la muerte.”

¡Palabras!

La realidad es otra. Que conste de una vez, pues apartarse de ella es peligroso. Todo amor muere. Todo amor se gasta. Quien lo cultive con abnegación e inteligencia; con espíritu de sacrificio y discreta medida, para que no hostigue ni empalague, puede prolongarle la vida, pero a pesar de su carácter divino jamás lo hará inmortal.

Es incalculable lo que se habrían odiado Julieta y Romeo si hubiesen llegado a los sesenta años, esforzándose el uno por ocultarle al otro el odio de generaciones de Capetos y Montescos por la familia rival! Y fue una gran fortuna que Abelardo y Eloísa no hubiesen podido legalizar su amor, pues al menos el escándalo de su divorcio se lo ahorraron a la sociedad, va que no le ahorraron ningún otro!

Pero sea que el amor dure poco o dure mucho es indispensable que lo consideremos reverentemente.

Debemos aceptarlo como un fuego sagrado que arde en los corazones y en las almas de hombres y mujeres.

Jamás debemos olvidar que él glorifica hasta los hechos más rutinarios y corrientes de la vida, y que hemos de acudir a él como la palanca ideal, la única que nos puede elevar a las alturas, pues sin amor no hay obra que sea digna, duradera y útil. Lo que se hace sin amor dura menos que lo que se hace contra el tiempo.

Muy pocas son las personas que se casan con su primer amor; más escasas aún las que juntan su vida con el más apasionado y ferviente de sus amores.

El joven que ama de veras—nosotros lo sabemos porque en algún remoto tiempo fuimos jóvenes y, como María Magdalena pero con más desinterés, amamos mucho—se acerca al objeto de su pasión presa de encontradas emociones. En su presencia parece, sin serlo, un cobarde.

Está bien que ensalcemos de ese modo a la elegida o al elegido de nuestros corazones. Está bien que levantemos en nuestro pecho un altar para ofrecerle el más rendido culto, aunque el objeto de él no lo merezca. El amor vale por lo que inspira, por lo que conmueve, por lo que glorifica; no por el ser digno o indigno a quien lo consagremos.

Cuando una pasión así, alta y noble, pura y abnegada, señorea nuestra alma, entonces podemos jactarnos de pertenecer a una aristocracia que no necesita de herencias ni blasones que la impongan.

Cuando amamos así somos ricos, aunque estemos en la mayor penuria de bienes materiales, y podemos marchar erguidos y contentos porque el amor vehemente y apasionado, el amor que compite con la fe en eso de mover montañas, es el que hace la vida digna de vivirse y el que sirve, dinámico y fecundo, a los altos fines de la especie.

**El aburrimiento se
combate con el tra-
bajo, el estudio y el
amor**

La vida es una serie de aventuras no siempre hilvanadas con arreglo a las normas que tanto han popularizado los señores productores de películas cinematográficas.

Todos los días traen sus goces y sus pesares, aunque para muchas gentes vienen cargados de denso aburrimiento. Eso—el aburrimiento—es la pena de los holgazanes y de los perezosos.

Pero no es monótona, por cierto, la vida de los que aman honda y sinceramente.

Viven en las alturas.

Construyen castillos en el aire.

Sueñan despiertos.

Mas no por eso hay que creer que una pasión de este género, aunque esté correspondida, se desliza dulce y serenamente, como la linfa cristalina del arroyo.

A veces toma aspectos ásperos y tempestuosos, y puede bastar un incipiente desequilibrio mental para que degenera en tragedia, sobre todo al empezar la estación del calor y también cuando la pasión por el sér amado se deja sentir tan sólo en el sér físico.

Cuando el verdadero amor—aquél en que intervienen las más nobles facultades del espíritu—está

presente, el sol no tarda en reaparecer después de la tempestad, y los éxtasis en que envuelva a los que se aman les compensarán ampliamente del dolor de las horas de angustia.

La dicha misma si nos acompañase perennemente se haría monótona, pues la variación, se ha dicho, es la sal de la vida, y toda rutina, aun la más grata, que se vacía todos los días en los mismos moldes lleva insensiblemente al fastidio.

Debéis huir del Fastidio, mortal enemigo de la acción. Debéis matarlo en el trabajo, en el estudio y, si aun no habéis doblado el cabo trágico de las tempestades, si aun no blanquea en vuestras sienes la plata pálida y fría del dolor y la experiencia, combatidlo con el Amor. Salidle al encuentro con una pasión honda y sincera. Ella suscita actividades y pensamientos que embargan nuestros sentidos y nos permite sentirnos dueños de riquezas que valen más que el oro y los diamantes.

Y si esa pasión llega a dominar vuestra vida y os conduce a fundar sobre ella el hogar de vuestros ensueños; si en el correr de los años, el viejo solar de vuestros mayores oye la animada algarabía de chicuelos sanos y robustos, que son como la prueba de vuestro acierto y de la rectitud de vuestro instinto al escoger vuestra compañera o al aceptar a vuestro compañero, entonces podréis decir que habéis gustado los más dulces néctares de la existencia.

Y el valor de estas recompensas no lo miden las frías unidades que han inventado los físicos.

**Caminando conservan
los jóvenes su juven-
tud y la recuperan
los viejos**

Caminar es el más efica-
z y útil de los ejer-
cicios. Le conviene al
hombre y a la mujer;
al anciano y al niño; al

atleta y al más desmirriado sedentarista.

Caminar estimula los procesos vitales como no lo consigue ningún otro ejercicio.

No sólo nos prolonga la vida sino que nos conserva a pesar de los años cierta agilidad y cierto vigor propios de la juventud, y, por ende, nos hace los días más gratos y amenos.

Muchas gentes se mueren inopinadamente porque dejan pasar los años sin darles a los pies y las piernas el empleo a que la Naturaleza los destinó.

Es verdad que con sólo caminar no adquieren aquellos órganos la exquisita proporcionalidad de líneas que les da el baile, pero en cambio se fortifican el corazón y los pulmones y se desarrollan los músculos.

Sin exageración puede decirse que debemos caminar si queremos vivir; entendiendo por vivir un estado en que podemos disfrutar plenamente de nuestros sentidos y facultades.

Una extraordinaria, increíble proporción de los habitantes del planeta va por la vida en estado de semiconsciencia; son tardos, parecen medio muertos o como si estuviesen bajo la influencia de un narcótico. Su incapacidad para darse cuenta de su propia situación, hace que ésta sea más penosa e incurable.

La mayor parte de esas gentes camina poco. Ignoran que para mantener en función el cuerpo y el espíritu deben emplear los pies sin miedo a la fatiga.

Cuando usted encierra sus pobres pies en calzado demasiado pequeño o de formas inadecuadas que violentan la libre y natural posición de aquéllos, usted somete su cerebro a un proceso de entumecimiento que corresponde exactamente con el que hace sufrir a sus órganos de locomoción.

Caminar, caminar con frecuencia—varias veces en el día—cubrir a pie buenas distancias y hacer esto todos los días de la semana y todas las semanas del año, es indispensable para mantener la salud física y mental.

Para alcanzar este resultado hay que caminar un mínimo de cinco kilómetros por día, y si nuestras ocupaciones nos impidiesen hacerlo todos los días, debemos arreglarnos de modo que el total de la semana no baje de 35 kilómetros, aunque para ello tengamos que caminar un día 8 y compensar así lo del día en que sólo podamos recorrer 2 kilómetros.

El célebre caminante norteamericano Jim Hocking acaba de cumplir 70 años y está más joven, fisiológicamente, que muchos de nuestros entalladitos de 25.

La vida es acción: La vida es crecimiento y
tenemos que avan- desarrollo. La estancación
zar o retroceder es la muerte. Y esto se
aplica tanto al cuerpo co-

mo al espíritu. No podemos permanecer clavados en el mismo lugar o en el mismo prejuicio. O avanzamos o retrocedemos.

Para vivir, en toda la grandiosa extensión del vocablo, tenemos que crecer constantemente. De lo contrario no podremos disfrutar de las más altas oportunidades y posibilidades de la vida.

Jamás debemos dar por sentado que hay alguna actividad agotada porque creamos haber aprendido todo lo relativo a ella. Jamás debemos pensar que ya sabemos lo suficiente. Al contrario, lo único invariable en nuestra actitud mental debe ser el deseo de saber más y más.

Tampoco debemos incurrir en la debilidad de mirar con indiferencia o menosprecio lo que nos hiera por nuevo o por extraño.

Incurable es la estupidez de los que creen que lo nuevo no puede ser verdadero, imaginándose que to-

das las verdades han sido ya dominadas por el hombre. El mundo tiene todavía mucho que aprender. Lo que ignoramos es muchas veces mayor que lo que sabemos.

No debemos, pues, consentir en que nuestra materia gris, por falta de ejercicio, se osifique a los treinta años o se reblandezca a los cincuenta.

Mantenga usted, lector, despierta su inteligencia, lista siempre para apoderarse de las nuevas ideas, comprenderlas y analizarlas y retener lo que de ellas valga la pena.

Si usted le tiene aversión a realizar esfuerzos mentales, la Naturaleza se vengará atrofiando su cerebro y engrosando las paredes de su cráneo.

Alguien ha dicho que el sabio cambia de parecer muchas veces en un día y que en eso se distingue del tonto, que siempre cree, piensa y dice lo mismo. Para el tonto la inmovilidad es lo mismo que consecuencia, lógica y lealtad. . . . !

Por eso un humorista norteamericano ha escrito que el hombre que no puede cambiar de parecer sólo le sirve a sus semejantes de reata para conservarlos en fila india como a bestias de carga que viajaran por un camino estrecho.

Más le valdría al hombre casarse con tantas mujeres que lo llevaran a la cárcel por polígamo, que casarse con los dogmas del pasado y decidir por sí y ante sí que no vale la pena revisarlos.

Nuestros antepasados eran humanos y no más sabios que nosotros; no tenían el don de la infalibilidad y no hay motivo alguno para que sus errores los consideremos sagrados.

No es un crimen rechazar lo que a la luz de las nuevas ideas y de los nuevos hechos aparece con los distintivos del error. No es una falta siquiera tratar de mejorar lo que otros hicieron defectuoso.

Lo que sí es un crimen de lesa humanidad es rechazar las nuevas verdades y adherirse como ostras a las viejas ilusiones.

Emprendamos la jornada de la vida con los ojos muy abiertos y el cerebro dispuesto a apoderarse de nuevas visiones y de nuevos principios. Y no olvidemos que los necios son los únicos que jamás se rectifican.

Elogio del Carnaval “Carnavalón” va esta noche al fondo del Océano, y allí esperará, paciente, el trascurso de un año para volver a tomarnos por asalto.

Ya no quedan del Carnaval de 1927 sino el confetti y las serpentinas que se amontonan en las calles, y también las complicaciones del problema económico que a cada cual le trae este período de encantadora irreflexión y de tonificante olvido.

Los moralistas y los que se preocupan por la economía pública y privada escogen generalmente el día de hoy, miércoles de ceniza, para disertar honda y aburridoramente, primero, sobre los efectos corrosivos de la imprevisión en materia de gastos—¡Su Majestad el Dinero es tan celoso de sus fueros que no consiente que se le tome en broma ni siquiera por unas pocas horas cada año!—y, después, sobre las funestas consecuencias de la tolerancia general ante la “relajación de las costumbres.”

Loados sean los dioses—y tratándose de una fiesta esencialmente pagana sólo a los dioses en plural cabe invocar—Matusalén no es ni un adusto moralista ni un calculador banquero que pierda el sueño pensando en la insolvencia de sus acreedores. Este cronista es simplemente un sér humano, saturado de realidad y

con ribetes de higienista, a quien la experiencia de los años le ha enseñado que estas válvulas de escape a la presión acumulada de los afanes cotidianos, son muy útiles y necesarias a la buena marcha del conglomerado humano y ejercen una acción tónica y sedante sobre los fatigados músculos y nervios del obrero manual y del intelectual. No se gasta mal el dinero de los chisguetes y las serpentinas; ni el de los bailes de máscaras y los carros alegóricos, pues por mucho que cuesten salen más baratos que un año en la Magdalena al cuidado de la Beneficencia o treinta meses en Jauja bajo los auspicios de la Liga antituberculosa.

La Iglesia, con su maravilloso poder de adaptación y su avizor sentido de la realidad, procedió en estas materias desde los primeros tiempos, con gran sabiduría. Sospechamos que jamás tomó en serio la etimología de la palabra "carnaval" (días en que se prescinde de la carne: "caro, carnis," carne y "levare," poner de lado) y transigió con estos días de farándula a sabiendas de que no eran otra cosa que las saturnales romanas, que en los primeros tiempos del Cristianismo se extendían desde la media noche del día de Reyes hasta la primera hora del miércoles de ceniza. Este período de alegría se ha reducido a medida que ha ido apareciendo la grande industria y se ha acentuado la injusticia básica de la presente organización social con la consiguiente reducción de las horas de ocio y contento de que pueden disponer el jornalero y el asalariado.

Los más hábiles e inteligentes pontífices no se contentaron con tolerar el Carnaval, sino que se hicieron patronos de la fiesta y cooperaron a darle mayor es-

plendor. Pablo II—que en sus tiempos sabía más de finanzas que Caillaux en los nuestros ¡todo es relativo!—obligó a los judíos de Roma a contribuir anualmente a los gastos del Carnaval con la suma de 1130 florines de oro. El piquillo de 30 florines servía para recordar al contumaz contribuyente la traición de Judas y las treinta piezas de plata que le produjo.

Este mismo Papa—a quien enviamos nuestro respetuoso saludo por encima de los siglos—formuló minuciosamente el programa anual de estas diversiones y muchos de sus números constituyen aún hoy el fuerte de los afamados carnavales de Roma y otras ciudades italianas, tales como la batalla de flores en la “vía” que desde entonces tomó el nombre de Corso.

Pero aún hay más: Pablo II era hombre de mundo, de alegre y levantado espíritu, y amigo de mezclarse en la sociedad de sus semejantes. Estas características de su temperamento podrían explicar su actitud respecto a los carnavales; pero en ello había algo más que la voluntad de un hombre hecho Pontífice: había corrientes de opinión que proclamaban la saludable acción sedante de unos días de fiesta y regocijo general. El Cristianismo reaccionaba contra los ídolos y las supersticiones paganos, pero no contra la alegría desenfadada de su espíritu alado; ni contra su profundo sentido de la belleza de las formas y su comprensión inteligente de la naturaleza humana. Por eso hasta pontífices tan austeros y retraídos como Pablo IV observaron las fiestas de Carnestolendas—que las celebraban sentando a su mesa a todos los cardenales del Sacro Colegio—y nada menos que Sixto V—en quien nuestros beneméritos reformadores habrán de reconocer un sagaz precursor—se ocupó en suavi-

zar las tosquedades de la fiesta popular y prohibió que los jugadores se mojaran los vestidos y se arrojaran a la cara el polvo de las calles o saquitos de harina, disponiendo que no usaran más proyectiles que flores y confites.

El Carnaval de Lima ha terminado. Quedan de él, en las retinas, la imagen refulgente de su reina adorable; algunos melancólicos recuerdos y probablemente pequeñas complicaciones monetarias en la economía de una crecida proporción de los habitantes. . . . Dicen que el miércoles de ceniza es el día que se abren más temprano las casas de préstamo. . . .

Pero este Carnaval nos deja también un caudal de nueva energía representada en una apreciable merma de la tensión nerviosa que nos producen los afanes y responsabilidades cotidianos, y debe consolarnos el pensamiento de que el dinero gastado extraordinariamente por algunos, lo han ganado otros, acaso más necesitados, y que el menor de los males que le puede sobrevenir a un hombre de verdad en la plenitud de su vida es perder dinero, pues el dinero se recupera trabajando.

Nosotros, personalmente, le vivimos agradecidos al Carnaval porque en sus dos días de farándula disfrutamos de dos bendiciones de lo Alto: descansamos de hacer periódicos y . . . de leerlos!

Muchos son los llamados y pocos los escogidos El llamamiento del amor resuena en todos los corazones en algún período de la vida.

Para muchos, ese llamamiento significa una era de felicidad tranquila y durable. Para otros, sólo un período de emocionalismo tempestuoso que destruye la vida del espíritu.

El llamamiento del amor trasporta a los seres que lo escuchan a las más altas cumbres de la vida del sentimiento.

Soñamos con las más refinadas delicias y forjamos mundos imaginarios, en los cuales vivimos hasta que el choque con la realidad nos vuelve a traer a éste que el pesimismo de los santos padres llamó "valle de lágrimas."

Honda melancolía, terrible desesperanza; una agria sensación de indolente abandono, se apoderan de nosotros al despertar de un sueño de amor, pues "muchos son los llamados y pocos los escogidos."

El llamamiento del amor marca los instantes en que el espíritu del hombre se acerca más a la Divinidad. Al escucharlo, todos o casi todos hacemos la

puesta del jugador y apuntamos ciegamente: o al blanco que puede traer todos los premios y recompensas para los escogidos, o al rojo que acaso nos somete a las más amargas decepciones.

Pero los más echamos la suerte en esta complicada ruleta, porque hay instintos humanos que no se satisfacen sino con afectos, y como nuestro conocimiento de las almas es aún demasiado superficial e indeciso, tenemos que fiar a la ciega fortuna el resultado de la jugada decisiva de nuestras vidas.

¿Qué será?

¿Un premio o un castigo?

Es imposible anticiparlo y lo único que sabemos desde tiempo inmemorial, porque consta en los libros santos, es que "muchos son los llamados y pocos los escogidos."

¿Qué cosa es la educación y “en dónde se le encuentra?” La educación es cosa muy compleja, que tiene sus bemoles. Prueba de ello es que ni siquiera la sabemos definir. Aun hay muchas gentes para quienes

ser educado y ser muy cortés con las damas y los ancianos y cariñoso con los niños son cosas equivalentes.

Pero esta actitud para con nuestros semejantes no es ni siquiera un indicio de buena educación, pues el paleta más paleta puede ser cortés, comedido y amable si es persona de buena índole y de generoso corazón, aunque no haya sido educado “en los establecimientos para hijos de caballeros,” como dicen en los prospectos ingleses.

En el mundo moderno existe la tendencia a hacer de la instrucción, educación; se esquivo definir ésta y nos contentamos con describirla como “aquello que lo prepara a uno para asumir las responsabilidades de la vida.” En otras palabras, prepara o debe preparar al joven para seguir una carrera, y se supo-

ne—¡todo son suposiciones!—que a caballo en la educación cualquiera puede salirle al encuentro con buen éxito a las dificultades que seguramente lo confrontarán en su “lucha por la existencia.” ¡Terrible frase que expresa una dura realidad por más que nos empeñemos en cerrar los ojos!

Esto sentado, sería cosa de preguntarnos si nuestras escuelas de instrucción elemental y superior responden en la práctica a tal concepto de la educación, y si el ideal en esta materia se satisface cuando un joven, pongamos por caso, dedica diez o doce años de su vida a hacerse abogado, obteniendo un diploma que es una preciosidad caligráfico-litográfica, firmado por unos personajes que se pierden de vista, para salir “acto continuo”—que dicen los covachuelistas—a solicitar un empleo de gobierno, a veces tan modesto y tan pobremente remunerado que le dan a uno ganas de echar a mala parte aquéllo de que “la educación permite salirles al encuentro a las dificultades. . . .”

Macfadden sostiene que en los Estados Unidos los educacionistas encargados de formar los programas de enseñanza no han podido dar con la justa medida para dosificar convenientemente las materias de cada facultad. A juicio del autor citado, ponen demasiado de algunas cosas inútiles y casi nada de las esenciales, y presenta una lista de omisiones que nos ha parecido conveniente traducir para entregarla a la meditación, sin duda fecunda, de los que entre nosotros firman diplomas y “confeccionan” programas de curso.

He aquí la listita de Macfadden:

- (1) Se descuida el bien supremo de la salud y por lo tanto no se le da al estudiante toda la fuerza nerviosa de que es capaz su organismo.

- (2) No se le entrena para sacar conclusiones sónicas de los hechos relativos a su persona que haya podido observar, a fin de que elija con acierto una carrera.
- (3) El estable equilibrio del carácter y la confianza en sí mismo no son, como debieran ser, fruto natural de una educación bien dirigida.
- (4) También debe preocuparse el educador por sembrar en el espíritu de los jóvenes la semilla de las ambiciones legítimas y encender en sus pechos la llama del entusiasmo, sin el cual ninguna obra importante puede llevarse a buen término.

Macfadden cree que los sistemas de educación que hoy gozan de más prestigio descuidan muchos extremos importantes, entre ellos los que se acaban de mencionar, que considera los más dignos de inmediata atención, porque guiarán al joven en la acertada elección de sus actividades prácticas y le darán el ímpetu y el fervor necesario para marchar siempre adelante. De cara al porvenir.

Hay que tener as- El buen éxito en lo que em-
piraciones y saber prendemos es el más munifi-
luchar por ellas ficente de los premios que
nos brinda la vida. Es la
meta rutilante que todos buscamos; pero para cada
hombre y para cada mujer tiene un significado propio,
distinto de los que les dan los demás, porque cada uno
de los seres vivientes ha sido vaciado en un molde úni-
co.

Para algunos, el buen éxito consiste en la adquisición de dinero. Lo desean a espuestas y quisieran apalearlo voluptuosamente como se apalea la apelmazada lana de un colchón. Para otros, el buen éxito se traduce en gloria y fama. Y hasta en esto hay quienes tratan de hacer trampa imaginando que pueden susstraerse a las eternas leyes de la vida y buscar sus recompensas en las más bajas disipaciones. Mas todos pagan el precio de sus desmanes, y las penas suelen ser más severas de lo que generalmente se cree: a veces alcanzan hasta a seres inocentes.

Las leyes de la vida son, como todas las de la Naturaleza, fijas e incontrastables. No está al alcance del esfuerzo humano evadirlas o sustraerse a su acción fatal.

El buen éxito, cualquiera que sea el significado que tenga para nosotros, es lo que cuenta o debe contar preeminentemente en nuestras reflexiones. Si aun no sabemos en qué ha de consistir, esforcémonos por establecer con claridad cuál es la meta a que podemos aspirar, y no intentemos ir a ella dando rodeos como luchadores débiles o cansados.

Toda actividad que carece de objetivo representa un desperdicio de energía.

En cambio, la vida del hombre que sabe lo que quiere y que con su esfuerzo domina los medios de alcanzarlo, posee un interés fascinador que a todos subyuga: tal, por ejemplo, la vida, ocupada y fecunda, de nuestro primer Mandatario.

Que cada cual halle la esfera propia de sus actividades y busque las que tengan el suficiente dinamismo para poner sus entusiasmos, como si dijéramos, al rojo blanco. De este modo, ahuyentaremos de nuestra existencia el fastidio; hallaremos en nosotros mismos los necesarios elementos de renovación para combatir el cansancio, y cada día nos ofrecerá nuevas fruiciones y deleites.

¶ Porque no hay que imaginarse que el buen éxito y las satisfacciones que él nos aporte consisten tan sólo en el premio disputado o alcanzado. El placer de una carrera no está en la apuesta cobrada sino en la carrera misma; en el tremendo esfuerzo hecho para llegar primero y en las vicisitudes de su desarrollo. En la carrera de la vida el premio puede ser lo más

grande y bello, lo más dulce y estimulante que le sea posible concebir al espíritu del hombre—un honrado corazón de mujer—y sin embargo, la lucha misma para ganarlo y merecerlo, ofrece satisfacciones por lo menos tan grandes como su posesión.

¿Dice usted, lector amigo, que no tiene un ideal ni una ambición; que para su inteligencia el mundo es vanidad de vanidades y que nada vale la pena de nada?

Dice usted mal, y un ensayo hecho de buena fe para probar la falsedad de sus teorías no tardará en demostrárselo.

Busque usted un objetivo a la acción indolente y desparramada. Concentre sus esfuerzos. Láncese al combate. El resultado de cada día le dará nuevas fuerzas y nuevo ímpetu para la lucha del siguiente, y en el silencio de la noche, cuando usted evoque las imágenes amadas, descubrirá que la vida no es digna de vivirse sino cuando está llena de aspiraciones y se hallan en juego nuestras fuerzas para convertir aquéllas en brillantes realidades.

**“Vete y no
peques más”** De cada hora que transcurre cabe decir que es un paso más hacia lo desconocido; hacia un futuro preñado de acontecimientos que a veces podemos sentir pero que nos es imposible anticipar.

Si nuestros actos los guían la inteligencia y la reflexión; si pensamos las cosas siquiera dos veces antes de hacerlas, es posible que el bajel de nuestra vida se deslice por canales tranquilos.

Es posible pero no es seguro, porque todos cometemos errores, muchos errores, aunque sean grandes nuestros esfuerzos para evitarlos. El más prudente de los pilotos puede hallarse cuando menos lo espere arrastrado por un torrente superior a su voluntad y a sus fuerzas. Nadie debe creerse al abrigo de contratiempos, debilidades o inadvertencias, tal vez de pequeña monta en sus orígenes pero de incalculables consecuencias y aterradoras proporciones en su desarrollo.

Sin embargo, solemos tener muy poca caridad con las víctimas de esos torbellinos del mundo moral que arrasan almas al empuje de sus fuerzas ciegas, como los huracanes del mar antillano arrasan las ciudades

que bordean sus playas. Y lo extraño es que nuestra intolerancia con estos vencidos de la vida se ceba de preferencia en las víctimas femeninas. Raras veces observamos el piadoso precepto del poeta:

“No insultéis a la mujer que cae!
No sabemos qué peso la agobió. . . . !

Sobre ella gravita desde tiempo inmemorial el anatema de los libros santos. “Su fin—dice el de los Proverbios—es amargo como el ajeno y cortante como el sable de dos filos. Sus pies bajan presurosos a la muerte y sus pasos la encaminan al infierno!”

Terrible anatema, en verdad, pero más terrible aún por la contumacia que desplegamos todos para impedirle que vuelva hacia el amor y hacia el bien, élla, a quien los pies la llevan presurosos a la muerte!

Nadie piensa en la oculta tragedia de cada uno de estos seres. A nadie se le ocurre pensar que, niñas aún, pocas entre ellas son las que disfrutaron de dulces influencias hogareñas; que acaso crecieron en ambientes de miseria y corrupción y que en su sér moral se reflejan las más de las veces, como en aguas estancadas, vicios y concupiscencias y enfermedades ancestrales.

Los que nos formamos en honrada atmósfera de afectos y trabajo; los que crecimos en el ambiente sutil y estimulante de humildes pero fecundas virtudes domésticas, no siempre tenemos la suficiente imaginación para hacernos cargo de las angustias que debieron de oprimir la vida de aquellos seres, extirpar su fe en los hombres y sustituir en sus labios marchitos la risa franca y alegre del festejo hogareño, por la riso-

tada vulgar de la orgía. Por eso a veces somos intransigentes y despiadados con quienes sólo debieran inspirarnos compasión.

El autor de los "Proverbios" no queda satisfecho sino después de aherrojar en los infiernos a la mujer que cae. No tiene la infeliz que esperar la hora de la muerte para penetrar en esos lugares a cuya entrada hay que dejar toda esperanza. El horror del infierno lo vive en la tierra. Lo encuentra en el general menosprecio; en la explotación de que la hacen objeto en innoble consorcio con autoridades corrompidas e inmundos traficantes de carne viva, algunos de los encargados de cuidar de que no difundan sus males físicos. La mujer, una vez caída en los antros del vicio, en vano se esforzará por reaccionar. Dondequiera que aparezca se le enrostrará su pecado; se le negará toda consideración y respeto y se hará mofa de cualquier deseo que manifieste de regenerar su vida. ¡Nadie le ofrecerá el albergue de un corazón, y sin amor no hay regeneración posible!

El adusto moralista pedirá sin duda que nos abstengamos de estimular el vil comercio que en torno a estas desgraciadas criaturas florece como planta prendida entre ruinas y sepulcros.

No basta.

El problema es tan complejo que debemos considerar otros muchos factores para resolverlo de verdad con amplio y generoso criterio, y la clave de la única solución eficaz nos la da el dulce y manso Jesús de Nazaret cuando interponiéndose entre la turba farisaica y la malcasada, le dice: "Vete y no peques más." Es decir, vete en busca de tu amor... de un amor verdadero y único, un amor superior a todo prejuicio,

que no te humille con su perdón sino que te exalte con el calor de sus afectos, con su devoción leal y sincera. . . .

¡Vete! es decir: quédate entre los brazos redentores que presintiendo la cruz del Calvario, se abren generosos, acogedores, eternamente comprensivos. . . .

**Remedios que ma-
tan y médicos que
enferman**

Siempre que salen a la superficie las manifestaciones de alguna dolencia que esté minando el organismo social, las gentes de criterio simplista se ponen a buscarle remedios legales. Creen que el mundo se arregla poniéndole al policía un garrote en una mano y alguna ley especial en la otra.

No son éstas, por cierto, “las pobres gentes” que describió la pluma torturadora de Dostoyevsky, pero son evidentemente pobres gentes víctimas de auténtica miseria espiritual, como que no se les ocurre que haya otro modo de reformar las costumbres de los que las tienen algo libres o depravadas, que poniéndolos en manos de la policía para que ésta los lleve ante un juez que sea buen empapelador.

Los robos, los asesinatos y otros crímenes de los que pudiéramos llamar “de mayor cuantía,” en cierto modo son restringibles y casi eliminables por el temor a las penas largas y duras si se aplican con fulminante rapidez—como sucede en los países que disfrutan de una excelente administración de justicia—pero cuando se trata de la conducta del individuo en cosas que sólo lo afectan a él personalmente o cuando más a las per-

sonas que están con él en contacto directo, entonces las sanciones legales carecen de eficacia y generalmente quedan burladas.

Las cosas son buenas o malas según el punto de vista que adoptemos. La lectura de la Biblia, por ejemplo, es para muchas personas una inspiración que las fortifica en su fe y en la práctica de las virtudes cristianas; pero si le entregamos el santo libro a un degenerado sensualista pronto veremos la clase de deleite que encuentra en el inspirado libro de los "Proverbios" o en las exhortaciones de Moisés a su pueblo.

Cuando el mercado de libros se inunda de obras de las que han dado en llamar "sicalípticas," o cuando los cinemas ofrecen películas de depravadas escenas, nuestros componedores simplistas saltan a la palestra para pedir lo que ellos consideran remedio infalible: la censura previa.

No caen en la cuenta de que el exceso de censura es lo que determina la curiosidad malsana que explotan los autores pornográficos; ni se detienen a pensar quién puede en cada caso ejercer de censor.

Si se trata de la censura de obras literarias ¿escogeremos a algún autor de primera línea para que ejerza de Argos de la Moral de moda, que a priori se supone ofendida?

Si vamos al teatro ¿encomendaremos la censura previa de las obras a algún artista eminente?

Si en cada campo de la actividad humana se va a necesitar un censor ¿echaremos mano de especialistas eximios en el correspondiente ramo para que desempeñen tan particulares menesteres?

Aunque quisiéramos hacerlo no podríamos, porque ningún autor eminente, ningún especialista que aprecie

su especialidad y su decoro profesional, se aviene a censurar la obra de sus colegas, mucho menos de los que vengan detrás de él en méritos y reputación.

Resulta de aquí que el oficio de censor, particularmente el de censor de obras literarias, no lo aceptan sino los que carecen de preparación especial para desempeñarlo, y como por muy buena intención que se les suponga, siempre son humanos y ceden a sus queridos prejuicios heredados o adquiridos en el ambiente en que se mueven, resulta que la censura—que sólo tiende a tapar las manifestaciones externas de un mal, sin remediarlo—produce a su turno otros dos males: mata la espontaneidad en el autor censurado—que al producir tendrá que tener en cuenta antes que los dictados de su inspiración lo que pueda decir de su obra el señor de la censura—y engendra con la prohibición y el misterio nuevas curiosidades morbosas que no descansarán hasta verse satisfechas, no en el aula clara y luminosa de la ciencia, sino en la obrilla rasertera y vulgar que circula clandestinamente.

Es así como la censura se convierte en propaganda comercial de lo inmoral y de lo obsceno.

**Opongamos la
eficacia de la
educación a la
ineficacia de
la cachiporra**

Hablábamos ayer de la censura de las obras literarias y artísticas, y dijimos, poco más o menos que su advenimiento indicaba siempre un estado de relajación de las costumbres, y que ese estado en vez de corregirse recibía estímulo de la prohibición y el misterio en que pretendía acorralársele.

La censura intolerante engendra más ignorancia y más intransigencia, pues con esta manifestación de estrechez de miras, que es la censura, están necesariamente asociados el prejuicio y la incompetencia, elementos que agravan el mal que se quiere remediar atacándolo en sus manifestaciones externas y no en su raíz y sus orígenes.

Si hay demanda de libros pornográficos, de películas indecentes y de nauseabundas representaciones teatrales, la censura más severa nada podrá contra ella, y los explotadores de los vicios hallarán pronto el modo de burlarla y hacer su negocio favorecidos por el deseo de lo prohibido que sin duda suscita la censura.

Contra la demanda de lo bajo, lo vulgar y lo sucio no hay más que un remedio: la educación. La educación que le enseñe al hombre a respetar su cuerpo y

su espíritu; que le presente las cosas como son y no tras velos de insinuante misterio que a lo más simple, claro y natural le dan la atracción del pecado; y, por último, que desarrolle en los educandos el sentido de la belleza y el culto del arte.

El arte sobre todo. ¡Qué poderoso instrumento de higiene social! ¡Fuéramos un pueblo de artistas, aquí no más habrían quebrado los bataclanes del "maestro" Velasco y el repertorio de la Compañía Quiroga, sin necesidad de que fueran hasta el otro hemisferio en busca del merecido desastre!

Pero hoy no queremos extendernos más sobre la censura de las obras "literarias y artísticas," sino mostrar los efectos de otra censura relativa a la conducta de los individuos, ensayada a todo costo en un gran país y que va camino de ignominioso fracaso.

Cuando los Estados Unidos adoptaron la reforma constitucional que prohibió fabricar, vender y consumir bebidas alcohólicas, muchas gentes creyeron de buena fe que, dados los grandes recursos de que esa Democracia podía echar mano para hacer efectiva la prohibición, el problema del alcoholismo iba a quedar allí resuelto de una vez y para siempre.

Los resultados han burlado tan optimistas esperanzas, pues la ley hizo desaparecer al fabricante y vendedor que tenía marcas y reputación que defender en el mercado abierto, y los ha reemplazado el contrabandista sin responsabilidad y sin escrúpulos.

De estos cambios resulta que han desaparecido los buenos licores y en su lugar se consumen, a precios diez y veinte veces mayores, unos brevajes que son verdaderos venenos y que han causado la muerte de muchos miles de personas.

Basta saber que muchas de las bebidas que se venden y consumen clandestinamente están preparadas con alcoholes metílicos o desnaturalizados, cuyo uso puede ocasionar el envenenamiento general de desenfance rápido y funesto, o cuando menos la pérdida permanente de la vista. El consumo lejos de disminuir va en aumento, y con él crece también el de las drogas heroicas, en las cuales buscan los dipsómanos empedernidos el estimulante que estaban acostumbrados a hallar en el encarecido whisky.

La moral de esta experiencia es clara como la luz meridiana: la conducta de los individuos no se corrige con leyes especiales ni censuras prohibitivas. La conducta no la corrige sino la educación.

La labor del maestro, del periódico, del escritor y del sacerdote no consiste en entregar a nuestros semejantes a las atenciones del señor comisario. Todo lo contrario es lo que nos corresponde hacer: influir en los individuos para que jamás tengan que ver con los inspectores del orden.

Es ésta una labor de apostolado y como tal reclama paciencia, abnegación, perseverancia y desinterés.

Tal vez por eso es tan reducido el número de los que se deciden a emprenderla.

¡Que muera lo viejo! Nada hay permanente en la vida, excepto sus cambios. Cambiamos todos los días y aun de una hora a otra.

Lentamente, de modo casi imperceptible, nuestros cuerpos, nuestras inteligencias y hasta nuestras almas se hallan en transformación permanente; unas veces para mejorar, otras para todo lo contrario, pero siempre sometidos a la ley de la constante mudanza.

Esto lo puede comprobar el lector en cualquier momento. Se ausenta un amigo o un allegado y no lo vuelve a ver sino al cabo de diez o quince años, y encuentra entonces un sujeto muy distinto del que había conocido: cambios físicos, cambios de actitud frente a las ocurrencias cotidianas, y hasta alteración de las costumbres, le saltan a la vista.

“Me han cambiado los hijos,” decía un padre provinciano que envió los suyos a estudiar al Extranjero y regresaron al cabo de ocho o diez años con muchas copas de deportes y certificados de campeonatos, pero con muy reducido bagaje de conocimientos en las oquedades del cráneo.

Otra experiencia llena de melancolía es la de ausentarnos por algún tiempo de los lugares en que hemos vivido largos años. Por corta que sea nuestra ausencia encontraremos siempre al regreso cambios evi-

dentes. Después de pasar seis meses en el continente europeo volvimos al barrio de Londres en que habíamos vivido los trágicos años de la gran guerra, y al penetrar en la zona que tan familiar nos era, comenzó a encogérsenos el corazón en sístole dolorosa: el jardinero de la plazuela había sido sustituido por un inválido de la guerra; el edificio que hacía esquina con nuestra casa yacía derribado para erigir un nuevo monstruo de cemento; el viejecillo encuadernador que acariciaba los libros que nos devolvía protegidos por hermosas pastas, había muerto; el zapatero del portal emigró a Australia; la portera tuvo mellizos y su desconcertado marido la había abandonado, atraído por los encantos de dama menos fecunda o más malthusiana, y la vecina del tercero, tan pintoresca y original, se había dado un tiro en un acceso de delirium tremens. . . . Alarmados con tanto cambio nos miramos al espejo llenos de aprehensión y nos pareció que éramos otro. El último Matusalén que habíamos visto no tenía tantas canas ni tantas arrugas. . . Otro mechón plateado era lo único nuevo que lucía en nuestra vieja cabeza.

Todo cambia: todo asume nuevas e inesperadas formas—discurrimos—y es vano cualquier esfuerzo que hagamos para sustraernos a esta mayestática ley de la vida.

Pero unos minutos de reflexión nos hicieron reaccionar. Estos cambios significan renovación: dan paso a la nueva vida, a las nuevas juventudes que surgen de entre los escombros de lo caduco y lo atrofiado para revitalizar las ideas eternas; porque todas las leyes de la Naturaleza se refunden en una sola, definitiva, aplastante y justiciera: **que muera lo viejo.**

Que todo muera y se transforme en torno tuyo, oh amada mujer del ancho manto y la dulce mirada, única que escapa a la tremenda ley. Porque eres eternamente joven, y a los nuevos y a los viejos nos mantienes por igual en tu cortejo como en aquellos tiempos de fe y de esperanza en que te declarábamos nuestro amor en frase robusta y cortante como un desafío, y te rendíamos con riesgo de la vida el homenaje de nuestro amor tinto en sangre.

Libertad, don del Cielo! Tu no cambias ni puedes morir, tu serás siempre fuego en nuestros corazones, entusiasmo en nuestras empresas, fe en los altos destinos del hombre dignificado por tu amor.

¡Oh, Libertad, eterna e invariable, luz perenne de la vida!

Avalúese usted El modo como reaccionamos ante las privaciones y el sufrimiento
misimo en su revela el temple de nuestras al-
justo valor mas. Esa reacción o asegura o
destruye nuestro porvenir.

Trabajar bien y con alegría cuando se dispone de todos los elementos necesarios; cuando se cuenta con auxiliares expertos y disciplinados, y las cosas marchan como sobre rieles, es cosa que está al alcance de cualquiera. ¿Qué mérito puede haber en llevar a cabo lo fácil y lo agradable si no hay agrias dificultades que vencer?

~ Muy distintas son las cosas cuando quien las dirige tiene a toda hora la sensación del desamparo; cuando sus auxiliares lejos de cooperar con él al fin propuesto dejan su tarea incompleta y se dedican a disertar sobre lo exiguo de los medios de que disponen y las dificultades de la obra, y si para lograr que ésta marche el jefe ha de intervenir hasta en los menores detalles y ocuparse en las más elementales faenas. Para salir adelante en circunstancias tales, se necesita ser todo un

hombre—o toda una mujer—y de muy fino metal ha de estar hecho quien al ver que todo sale mal y que la obra iniciada parece desbaratarse y hundirse antes de terminarla, aún sabe sonreírle a su visión interior del buen éxito final, sólo por él presentido.

El hombre de verdad puede caer en la contienda, pero es seguro que volverá a levantarse y continuará la lucha. Los entes mediocres, al contrario: abandonan el empeño antes de que la violencia del combate los arroje al suelo y chillan antes de ser heridos. La exagerada prudencia—la imprudente prudencia—es virtud de los predestinados a vivir de derrota en derrota.

Dos hombres sufren un grave accidente en una fábrica y ambos quedan mutilados, inválidos para toda la vida.

El uno se rinde a su impedimento físico y se hace mendigo.

El otro aprende un nuevo oficio, se adapta a las exigencias de éste y triunfa a pesar de su mutilación.

El primero es un remedo; el segundo, UN HOMBRE; un hombre verdadero del tipo de los invencibles, de los que saben lo que quieren y cómo lo han de conseguir.

La adversidad marca a menudo las crisis de nuestras vidas. O nos arrebató a la victoria o nos precipita en el fracaso. Todo depende del modo como encaremos las circunstancias adversas.

Casi todos los grandes hombres de que puede enorgullecerse la humanidad encontraron en la necesidad y el sufrimiento el estímulo indispensable para poner en acción su facultades geniales, y puede sentarse como regla definitiva que no es digno del triunfo sino quien llega a él luchando a brazo partido.

La vida fácil conduce a la relajación del cuerpo, del espíritu y de la moral.

No se crece sin encontrar resistencias, y el progreso se alcanza únicamente abatiendo los obstáculos que se oponen a su paso.

La vida exige esfuerzos constantes y donde éstos faltan ella se estanca y prostituye.

Los antiguos consideraron el conocimiento de uno mismo—"nosce te ipsum"—como la suprema sabiduría. Usted, lector, puede hacer su propio avalúo; clasificarse por sí mismo de un modo muy sencillo. Plántese dos preguntas y contéteselas sinceramente.

¿Es usted de los que se cruzan de brazos a gemir a propósito de su "mala estrella?"

¿O, al contrario, es de los que frente a un revés se ciñen los lomos para ponerse en condición de hacer mayores esfuerzos?

La respuesta da la clave de su personalidad y la medida de su valor.

**Contadnos una
bella historia
de amor**

A todo sér normal lo atraen naturalmente las historias de amor, es decir, esas ficciones en que el arte nos presenta con radiantes contornos una pasión capaz de señorear los más nobles instintos del hombre.

Porque no hay nada como el amor para ennoblecer la vida; para elevarla a alturas cuasi divinas, pero a condición de que se trate del amor verdadero, del "artículo genuino" y no de las imitaciones bajas y groseras que ofrece a la vuelta de cada esquina un vil comercio de pacotilla.

Los jóvenes deben aprender a distinguir el artículo legítimo y no olvidar que aun el amor que parece exaltarnos llevando nuestro corazón y nuestro espíritu a etéreas altitudes, puede convertirse en bajo y ruin sentimiento, de esos que mancillan, si se aparta de sus cauces naturales de expresión.

Un cuento de amor, de los que hablan del afecto fuerte y puro que junta dos corazones en recíproca y duradera devoción, que no excluye ni el propio ni el mutuo respeto, es siempre fuente de inspiración para todo lector de mentalidad inmaculada.

Desgraciado el hombre o la mujer que al ponerse a rememorar los años idos, no encuentra en su pasado el recuerdo de una de esas fuertes y sanas pasiones que lo conmovieran y lo exaltaran, penetrando hasta lo más hondo y fundamental de su sér. Quien a los cuarenta años en tal caso se encuentre, ha perdido la más tónica y emocionante de las experiencias que nos reserva la vida.

Conocimos en nuestra temprana juventud a un gallardo luchador que perdió la vista a consecuencia de la explosión de una granada en una guerra civil de nuestra América, y oyendo de sus propios labios una historia de amor nos dimos cuenta de que el recuerdo de una mujer a quien jamás le dijo de su pasión . . . porque era ajena— ¡he ahí un escrúpulo pasado de moda! —iluminaba su vida interior con la luz sonrosada de fantásticos amaneceres y le compensaba con creces, en su noche perpetua, del dolor de su infortunio.

Pero esto apenas lo sospechamos en aquél entonces, y fue necesario que pasaran los años y viviéramos intensamente nuestra propia vida, para que pudiésemos comprender el alcance sobrenatural de estas pasiones en que el corazón del hombre-caballero se inunda de afectos pero se niega a mancharlos con bajezas.

Hay sin embargo, gentes que ni conciben esta clase de amores puros y edificantes, ni encuentran en las historias que ellos han inspirado sino motivos de sarcasmo y burla.

Esta es, lector, la actitud de los que jamás han sentido uno de esos amores que fortifican e inspiran, y que al hacer mofa de las pasiones puras insultan a sus propios padres, ya que todos hemos venido al mundo

por el amor de un hombre y una mujer, amor que fue santo y mereció las bendiciones del Cielo por lo menos en aquellos momentos de éxtasis en que un hijo viene a ligar para siempre dos corazones.

El hogar, los hijos y todo lo que hace al hombre semejante a la Divinidad reconoce al amor en sus orígenes.

Por eso una historia de amor, limpia y sana y fragante, encuentra eco siempre en los corazones honrados y llega, conmoviéndola, a los más recónditos pliegues de nuestra alma. ¡Pobres los que leyendo estas historias no pueden comprenderlas ni sentir las!

De la virtud, la tentación y el carácter Los grandes filósofos del mundo antiguo consideraban la persecución de la virtud como la más alta finalidad de la vida humana. Para ellos sólo en el ejercicio del bien podía hallarse la felicidad.

Las cosas han cambiado un poco, y la generalidad de los hombres y las mujeres ¡ay! de nuestro tiempo, se preocupan más por la busca del placer que por las íntimas satisfacciones del bien obrar.

El cambio de mira naturalmente trae sus consecuencias. Si en vez de perseguir la virtud perseguimos el placer, es claro que no será la felicidad lo que hallemos. La cosecha tiene que ser de enfermedades, miserias y desesperación.

La busca del placer por el placer es un falso ideal de la vida, pues casi todos los placeres—en el sentido que nuestra concupiscencia y nuestro materialismo le dan a la palabra—no son sino elementos accesorios

que siguen o se adhieren a los propósitos racionales de la existencia. El que busca el placer sin satisfacer esos propósitos paga su culpa.

Comemos, por ejemplo, para suministrarle a nuestro organismo la necesaria y adecuada nutrición, y el placer de comer ciertas viandas no es sino algo que se agrega al acto mismo y que no es esencial para los fines de éste.

Pero el glotón no se preocupa por el fin fisiológico; busca en los platos exquisitos—a veces sólo en la cantidad de alimento—un placer que nada tiene que ver con la nutrición de su cuerpo, al que recarga indebidamente, exponiéndose al consiguiente sufrimiento y preparándose días de indecible angustia.

Todas las facultades del hombre son buenas si las ejerce en armonía con su constitución primitiva y para servir un propósito decente. La pena y el sufrimiento que ocasiona el uso irracional de nuestras fuerzas y facultades, sólo pueden compararse con el placer que nos da su aplicación lógica y correcta.

Nuestros apetitos y pasiones deben retorcerse encadenados en los planos inferiores de nuestra conciencia, y han de estar subordinados a nuestras facultades mentales. En el trono de la vida debe sentarse siempre la inteligencia, pues si permitimos que la concupiscencia domine nuestras más nobles facultades, degradaremos la vida para hundirnos en el lodo nauseabundo de infinitas miserias.

Virtuoso es el hombre que sabe triunfar de las tentaciones: **virtud** viene de la misma palabra latina que **virilidad** y que **fuerza**. **Virtud** es abstinencia y pureza. Es la fiel adhesión al deber y a los fines racionales de la vida.

El que nunca ha sido tentado no es virtuoso. Será inocente o lo que se quiera, pero no virtuoso.

Y las sociedades humanas no necesitan inocentes de más de doce o catorce años. El puesto de éstos se halla en el cielo a la diestra del santo niño que en vida se llamó Luis de Gonzaga.

Lo que nuestras comunidades terrenas necesitan es hombres y mujeres virtuosos; hombres y mujeres que hayan tenido tentaciones y las hayan resistido, o que habiendo caído y pecado hayan hallado en sí mismos fuerzas para levantarse y redimirse por el amor que todo lo ennoblece.

La lucha contra el mal, aun estando vencidos por él, y la resistencia a las tentaciones, son los medios más seguros de formar el carácter y darle temple de acero.

Y hombres y mujeres de carácter son los que conducen a las sociedades humanas hacia el bienestar y hacia la justicia.

Por eso, en cada nueva generación se les necesita en tan gran número y siempre con mucha urgencia . . .

Recomiendan la medicina, pero ellos no la toman De algunos años a esta parte, la prensa médica extranjera, particularmente la de los Estados Unidos, dedica muchas de sus columnas a una propaganda de finalidades muy sospechosas.

Se trata de convencer al público de la conveniencia de que todos nos sometamos periódicamente a un examen médico, aunque nos sintamos en excelentes condiciones de salud. En favor de esta práctica se aduce multitud de argumentos—la posibilidad de curar en sus crígenes ciertas enfermedades y la esperanza de prolongar de este modo nuestras preciosas vidas.

A cualquiera se le ocurre que si los médicos se hallan tan convencidos de la utilidad de estos exámenes periódicos, ellos serán los primeros en someterse a la prueba.

Pero no sucede así. En la revista que sirve de órgano a la Asociación médica de Indiana, Estados Unidos, edición de agosto del año pasado, citada por Macfadden, se lee esta sugestiva información:

Setenta médicos tomaron parte en Wisconsin en un debate sobre la conveniencia del examen médico periódico de las personas aparentemente sanas; casi todos favorecían este examen, pero cuando a alguno se le ocurrió preguntar si los médicos presentes acostumbraban someterse a tal prueba, sólo tres contestaron afirmativamente.

Según esto ni siquiera el 4 por ciento de los médicos siguen los preceptos que preconiza la facultad. Recomiendan el remedio pero no lo toman.

Un médico a quien le leímos lo que precede nos dijo que el médico mismo puede darse cuenta de algunos síntomas incipientes sin necesidad de acudir a otro para que se los descubra, y que, además, por sus conocimientos de higiene y otras ramas de las ciencias médicas en general, goza de mejor salud que los que no pertenecen a la docta facultad.

Todo esto parece muy razonable y casi convence, pero resulta que las estadísticas destruyen con verdadera crueldad los argumentos del profesional a que nos hemos referido. En efecto, la misma revista médica que citamos más arriba trae lo siguiente:

“La Asociación médica norteamericana” ha llevado durante muchos años cuidadosas estadísticas de mortalidad entre los 150,000 médicos que ejercen su profesión en el país, y el examen de estos registros demuestra que los médicos viven más o menos tanto como cualquier otro mortal; sufren de las mismas enfermedades y mueren por las mismas causas que el resto de la humanidad. Por último, el examen de grupos numerosos de médicos demuestra que tienen los mismos defectos físicos y cometen los mismos errores de higiene que las personas menos informadas sobre estas cosas, los jockeys y los pulperos, por ejemplo.

Tenemos, pues, que los señores médicos que nos rengan con el cuento del examen periódico deben em-

pezar por declarar honradamente sus verdaderos motivos para empeñarse en tal propaganda. No contentos con absorber las economías de los enfermos ¿quieren también engrosar sus clientelas con las legiones de gente que goza de buena salud?

No es de recibo morirse de gripe Ayer publicó LA PRENSA un cablegrama de su servicio especial y exclusivo en que se da cuenta de las medidas que ha tomado y las precauciones que aconseja la Sanidad inglesa para evitar la propagación de la epidemia de gripe reinante hoy en todo Europa.

En las primeras semanas del actual invierno europeo, se temió que la gripe de este año revistiera los caracteres gravísimos de la de 1919, que fue rebautizada con el nombre de "gripe española" y arrebató a la vida en dos o tres meses más gente que la guerra europea en un año.

Sea porque los gobiernos y el público han procedido esta vez con más previsión e inteligencia, o porque en realidad la epidemia de este año no se presentó con los malignos caracteres de la española, es lo cierto que no ha afectado sustancialmente los índices de mortalidad. Pero lo que le falta en caracteres malignos le sobra en difusión, pues según los comentarios periodísticos en Europa nadie ha escapado a la molesta y muy matrera dolencia.

De ahí el afán de gobiernos como el inglés de ilustrar al público sobre los medios más eficaces para preservarse uno mismo y para no transmitirle a los demás la infección adquirida.

Todo eso está muy bien, y conviene que aprendamos la lección con tiempo, pues las epidemias euro-

peas pueden tardar en llegarnos y pueden atenuarse mucho en el viaje, pero llegan con la seguridad de un vencimiento.

Que el lector se prevenga y que sepa de una vez que morir de gripe le puede pasar a cualquiera, pero que ya no es propio de personas limpias y previsoras.

Que perezca un soldado en el campo de batalla es cosa que nada tiene de extraño y que lleva consigo no pocas ventajas hasta para el muerto (antes de estarlo).

En efecto, la muerte en plena batalla suele ser instantánea, sin sufrimiento, en momentos de intensa excitación patriótica o partidarista, y se supone que no será una muerte inútil.

Pero la muerte de gripe es harina de otro costal: no es posible concebir algo más inglorioso y estéril e innecesario. Toda muerte de gripe significa desperdicio de la vida humana, ocasionado o por inexcusable indolencia o por densa ignorancia de las leyes de la Naturaleza.

Para que la gripe y otras dolencias se produzcan es necesario que encuentren una base de operaciones adecuada a las modalidades de su estrategia. Esa base es un canal alimenticio sucio y descuidado y una piel de poros taponados por la roña.

El que coge la gripe es un buen señor que tiene en malas condiciones sus conductos internos; el canal alimenticio lleno de impurezas en fermentación y descomposición que luego absorbe la sangre.

Y la sangre, lector amigo, es su vida; es usted mismo. De ella se crean todas y cada una de las partes que forman su cuerpo; ella da la fuerza que mantiene

en marcha al corazón y suministra a su cerebro la chispa de energía que engendra hasta sus más ocultos pensamientos.

La suciedad interna es por eso más peligrosa y de peores consecuencias que la de la piel, pues con un canal alimenticio convertido en cloaca su sangre estará impura, sus nervios trepidarán, inestables, como las carretas sin muelles con que se está permitiendo la destrucción de los nuevos pavimentos de Lima, y su mente trabajará perezosa y torpemente.

Preparémonos, pues, para recibir con tres piedras en la mano al sucio huésped que se nos anuncia, y para ello engolfémonos en la tarea de poner "como una tacita de plata" nuestros canales alimenticios. Lo primero es beber mucha agua (pero no en las comidas para evitar la obesidad); comer muchas frutas, en especial las que abundan en ácidos (naranjas, uvas, etc.), y ayunar por dos o tres días cada mes, comiendo en ese período sólo frutas de las que acaban de indicarse. También conviene lavar el estómago de vez en cuando tomándose siquiera un litro de agua salada caliente y provocar la náusea para arrojar el agua algunos minutos después. Otro sí: huya como de la peste—y no es figura de retórica—de los que tosen y estornudan sin cubrirse con el pañuelo la boca y la nariz.

Matusalén no es médico pero es viejo, tan viejo como su nombre lo indica. Por eso sabe lo que debe aconsejar.

Contratos de compra-venta El otro día nos ocupamos en uno de estos sermones en las vicisitudes matrimoniales de Charlie Chaplin, y sin absolver al popular actor de sus muchas culpas y pecados, tuvimos algunas palabras de merecida censura para la dama que lo llevó al altar con el propósito preconcebido de darle un zarpazo de aprieta y tente tieso a la provocativa fortuna del histrión.

Un corresponsal del más subido sexo feo no se muestra conforme con nuestros conceptos y cree que Chaplin merece lo que le pasa y mucho más. Cree también que le debemos una satisfacción a la jovenzuela que ha declarado que olvidará los malos tratos si Chaplin le entrega la mitad de sus millones.

Si nuestro corresponsal se hubiese tomado el trabajo de leer las cosas que Lita Gray dice, escribe y vende a los periódicos para las columnas del más crudo sensacionalismo, no persistiría en hacerse ilusiones sobre el carácter y merecimientos de esta dama; pero no es éso lo que a nosotros nos interesa. No es "Matusalén" persona que rompa lanzas contra las mujeres, aunque sean del tipo de trapisondistas que en la comedia del clásico demostró que "casa de dos puertas es difícil de guardar"

Lo que nos interesa es que no se tomen nuestros conceptos como un ataque personal cosa que está al

alcance de cualquier ente vulgar—sino como una crítica sensata de la amoralidad reinante en el mundo moderno.

Lita Gray y Charlie Chaplin nos tienen sin cuidado. Lo que nos preocupa es el criterio con que muchas gentes aprecian las alianzas que se llevan a cabo en la esperanza de realizar una fortuna. . . divorciándose, es decir, deshaciendo lo que en nombre del amor se hizo.

Se tiende a mirar, si no con aprobación cuando menos con indiferencia, esta nueva industria femenil. Si una chica de buen ver y de catadura todo lo angelical que se quiera, logra “pescar” un hombre rico para darle el título de marido y encargarse de las funciones que se suponen reservadas a quien obtiene el diploma de tal, se elogia el talento de la “pescadora” y se cita su ejemplo a las niñas a quienes por albergar en su pecho un alma honrada se las tiene en concepto de románticas irremediables.

No se piensa que ese matrimonio efectuado sin amor, planeado por la codicia y quizás consumado con el secreto propósito de desbaratarlo para redondear la operación financiera, no es sino una compra-venta. En ella se busca de testigos al Poder Civil y a la Iglesia, mas no para procurarle la solemnidad que a acto de tanta trascendencia en la vida debe dársele, sino para crear pruebas que puedan hacerse valer a la hora de la liquidación. . .

Quien tenga el suficiente nervio para hacer todo esto podrá efectuar grandes cosas en las especulaciones comerciales—acaparar el trigo o el azúcar y realizar en pocos días una gran fortuna, arrebatándole dos gramos de pan por día a cada uno de los miserables

de la tierra, por ejemplo, y ganarse de paso, además, la admiración que en el vulgo suscitan siempre los amasadores de dinero.

Pero puesto el caso en el plano de la honra de las personas; del interés social y de la estabilidad del hogar, todo aquéllo constituye un acto vil de la más hipócrita de las prostituciones.

Esos matrimonios no son ni siquiera concubinatos —pues en éstos el amor no se halla necesariamente excluido—y no hay artículo del código ni rito religioso que tenga la virtud de santificar tales relaciones.

Tal vez en nuestra América es hasta ahora en donde menos estragos ha hecho la tendencia a sancionar con la aprobación explícita o cuando menos con la general indiferencia, la consumación de estos hechos que en tan grave peligro ponen la existencia de la sociedad y la familia. Pero de todos modos hace falta que en el mundo entero se produzca el despertar de la conciencia humana, y que los hombres y las mujeres se convenzan de que hay cosas que valen mucho más que los bienes materiales; hay nobles sacrificios que no se pagan con dinero y, sin embargo, no falta quien los haga, quien con su desinterés y su abnegación nos redima a todos, y, por último, que estemos persuadidos de una vez y para siempre de que **fuera del amor, leal y sincero, no hay salvación.**

Confíe en usted mismo, y desconfíe siempre de los demás y de las demás

La confianza en sí mismo resuelve por sí sola muchas serias dificultades que el hombre de acción encuentra en su camino y en su obra.

En cambio, la falta de confianza en las propias fuerzas y capacidades, le da a los más insignificantes obstáculos las proporciones de Himalayas y nos lleva al fracaso por más bien preparados que nos hallemos en otros aspectos.

Un hombre de escasa cultura va adelante, sube de continuo y llega a escalar las cumbres que desde el llano se propuso dominar. A ese hombre lo ha asistido sin duda la confianza en sí mismo y ello le basta para suplir con creces sus otras deficiencias.

En cambio, vemos a menudo a hombres de cultura superior que exhiben flamantes títulos universitarios y se lanzan llenos de nobles ambiciones a la conquista de un alto y respetado puesto en la sociedad de los hombres, pero que poco a poco van perdiendo el impulso inicial y a la vuelta de pocos años se contentan con cualquier tarea rutinaria que les sirva de pretexto para no morir de hambre. Estos fracasados con seguridad carecían de confianza en sí mismos. Y sin ella todo el caudal científico con que se prepararon para la lucha se anula o se petrifica en el contacto con los hechos y las realidades de todos los días.

Es imposible llevar a buen término empresa alguna si no se tiene confianza en nuestra capacidad y en nuestras fuerzas. En cambio, con fe en que haremos bien lo que nos propongamos, podemos emprender cualquier cosa, a cualquier edad, casi seguros de que triunfaremos si perseveramos en el empeño.

La confianza en nosotros mismos nos empuja hacia adelante, nos saca de nuestra propia caparazón perezosa y enervada, elimina las dudas y vacilaciones, y nos da el entusiasmo y la determinación que son el alma de la victoria.

A veces—con demasiada frecuencia, quizás—hay que desconfiar de los demás y sobre todo de las demás. Esta desconfianza la impone la necesidad de la propia defensa y la aconseja la más elemental prudencia. Prescindir de ella puede ser un acto temerario de que tengamos que arrepentirnos.

Pero la desconfianza que nos inspiren los demás no debemos hacerla extensiva a nosotros mismos. Al contrario, despojémonos de toda duda sobre nuestra capacidad para hacer esto o aquello; aferrémonos a nuestra determinación después de haber estudiado todas las fases del problema y no nos dejemos arredrar por los inevitables errores. Marchemos adelante y no nos demos por satisfechos con cosa alguna que no sea el triunfo total y definitivo.

Las dificultades deben servir para retemplar nuestra voluntad y estimularnos a más altas hazañas. El que retrocede ante ellas

Ni el nombre de varón ha merecido,
Ni obtener el honor que pretendiere.

**Hablemos de
la verdad en
el amor**

Siempre que este pobre viejo "Matusalén" se pone a urdir uno de sus sermones laicos, no puede prescindir de hacerse la ilusión de que predica ante un auditorio de muchachos y muchachas de quince a veintitrés años. Por eso les habla con tanta frecuencia y no poco respeto del amor, que de otro modo en sus labios marchitos podría tomarse como la manía senil de un vejete depravado.

Pero es que el predicador, a pesar de lo matusalénico de su partida bautismal, no se ha olvidado—como a tantos sucede con harta frecuencia—ni de sus años floridos, ni de que él también fue mozo y conoció las caricias ardientes y las pasiones turbulentas y tempestuosas que le dieron el gusto y el sentido de la vida, y le enseñaron a colocar la verdad en cosas de amor más alta e intangible que en el arte y en los negocios. Porque mentir en cuestiones de amor, jóvenes que nos leéis, es el más destructor de los sacrilegios.

Así lo piensan todos los que han amado mucho y han sido amados con igual fervor. Así lo juzgaba aquel

contemporáneo nuestro que habiéndose encontrado entre dos conflictos, uno en que mediaba una cuestión de dinero y otro en que estaba en la balanza el amor de una mujer, no se acordó para nada del dinero.

Así lo estimaba también un formidable polemista de nuestros buenos tiempos, que habiendo recibido un cartel de desafío de un adversario político, le contestó a los emisarios del que se creía ofendido:

—Díganle ustedes a Equis que con él o con cualquier otro, a la hora que gusten estoy dispuesto a batiirme por una mujer; pero por un artículo de periódico. . . ¡jamás!

Y lo decía con la autoridad de su pasado, pues todos recordábamos cómo en una ocasión se había batido a bofetadas por la sonrisa de una dama, y en otra, a tiros con revólver de calibre 42, por el buen nombre de una humilde mujer calumniada.

Que nadie intente engañar en cuestiones de amor. Que se haga de la verdad en la pasión y la sinceridad en el culto del sér amado, una doctrina que nos exalte y una fuerza que nos redima y nos sostenga.

Son los años los que nos vienen a enseñar la trascendental importancia de estos preceptos. “El amor es cosa de ensueño—dijo Alfredo de Musset—y si habéis amado, habéis vivido.” Por eso los viejos hacemos de nuestros recuerdos días de fiesta, y creemos prestarles un servicio a los jóvenes cuando les ofrecemos la miel acendrada de nuestros sueños pretéritos, aquéllos en que pasan como una visión luminosa las Martas y las Magdalenas; las Rosas y las Zenaidas. . . todo el catálogo de nombres que señalan siempre el mismo anhelo, el mismo altísimo ideal: una mujer. Y con esa experiencia y esos recuerdos, les decimos:

--No manchéis el amor con la mentira o la falsía. Sed sinceros. Sed leales. No importa que vuestro amor se extinga—que ese fin le espera a todas las cosas de la vida. Pero mientras dure, rendidle culto como a la más alta de las verdades y el más fecundo y ennoblecedor de los sentimientos humanos. El engaño y la mentira son la negación del amor; no lo sienten los que emplean esas armas; lo apocan, lo prostituyen y a fuerza de fingirlo acaban matándolo.

En cuestiones de amor, sed leales y sinceros!

No os lo dice un viejo que, como el de Campoamor, una vez sufrió mucho "a causa de un desengaño," sino uno que aprendió en la vida lo que tan sobriamente expresó Lyttleton: "Sólo el amor puede esperar cuando la razón desespera."

No mintáis en cuestiones de amor. ¡Es tan fácil querer de veras!

El trabajo es para las bestias: dedíquemonos a jugar Todo trabajo rutinario es monótono, una tarea fastidiosa, pesada, que aplana el espíritu, le roba a uno sus ambiciones y aniquila sus entusiasmos. Bajo su letal influencia se extingue toda agilidad espiritual; se opaca la mirada y se vuelven torpes los movimientos.

Por eso los hombres y las mujeres que triunfan en la vida jamás trabajan. Ellos y los demás suelen darles a sus actividades el nombre de "trabajo," pero la palabra—que hasta por su estructura tiene un sonido ingrato—está en esos casos mal aplicada.

Los grandes conductores de hombres; los fundadores de naciones; los estadistas; los inventores e innovadores que con sus obras han hecho grata la vida y la han rodeado de seguridades y de encantos—jamás trabajaron; jamás hicieron reloj en mano las tareas rutinarias; a nadie le hablaron del problema de las ocho horas.

Lo que ellos hicieron fue jugar. Tenían una vocación y la siguieron, y como a todo el que sabe hacer algo muy bien hecho, le resulta un juego su ejecución

lo que a los demás les parece trabajo no es para ellos sino un deporte lleno de emocionantes episodios que los entusiasma y estimula sin producirles malestar ni fatiga.

Bolívar libertó la América porque en ésa que para otros habría sido tarea ingente, un trabajo formidable superior a los de Hércules, él encontró una aplicación digna de su genio, y un entretenimiento que se avenía perfectamente con su espíritu inquieto y su corazón de incansable enamorado de la gloria, y de las mujeres que son a la vez lo luminoso y lo tangible de la gloria.

El mariscal Sucre dio la batalla de Ayacucho sin preocuparse poco ni mucho de si le bastarían ocho horas para rendir a los peninsulares, y tampoco demoró el ataque aquella mañana de diciembre al recordar que la noche anterior apenas había pegado los ojos.

Las investigaciones que condujeron a Pasteur al hallazgo del tratamiento definitivo de la rabia y las que le permitieron establecer la teoría biológica de los fermentos, no fueron "trabajo" para tan noble inteligencia, sino el más absorbente y estimulante de los deportes.

¿Se imagina alguien que si para el Presidente Leguía fuesen mero trabajo rutinario y agotante las complejas tareas del gobierno y la metódica realización de sus planes para el engrandecimiento del Perú, su constitución física podría resistir año tras año las interminables jornadas que empiezan poco después que el sol y se prolongan hasta más allá de la media noche?

No, ciertamente. Los hombres superiores no trabajan; **juegan** a hacer las cosas por las cuales sienten vocación o inclinación. Hacen de su tarea su diversión favorita y van a ella no a medir lo hecho ni a contar

las horas y los minutos que faltan para retirarse a descansar, sino a sumirse en el deleite de su juego predilecto.

Tal es el secreto de esas resistencias maravillosas que por quince años sostienen a Bolívar sobre la silla del llanero y con la espada fulgurante en alto; que a Leguía le han permitido durante ocho años consecutivos dedicarle diecisiete horas por día a los asuntos del Estado, y a Guillermo Marconi olvidarse de comer por frecuentes períodos de tres y cuatro días en su laboratorio de Londres o en su estación experimental del yate "Electra."

Tal es la lección que nosotros quisiéramos que asimilasen todos los que con nosotros cooperan en la obra que en pro del bien, de la cultura y la justicia realiza LA PRENSA. Que cada cual mire su profesión u oficio como su deporte favorito: que se entregue a su tarea, no como si fuese un trabajo agobiador, bueno para bestias de tiro, sino como un juego estimulante lleno de inesperadas situaciones y de los más gallardos pases.

De este modo quedará bien hecha su tarea; el cansancio les será desconocido y su buen éxito en la vida lo verán ampliamente asegurado.

"Todo trabajo es oración," dijo un gran poeta. Que para nosotros sea, ante todo, un varonil deporte.

**La vida es lo
que de ella ha-
ga cada uno de
nosotros**

Para muchas gentes la vida es insípida como una provinciana inglesa y monótona como el canto del grillo.

Otros, que difieren en lo absoluto de esta apreciación, sostienen que la vida es lo que nosotros mismos hagamos de ella; que puede ser bellísima, gloriosa y hasta divina, si sabemos vivirla y remontarnos a las alturas que mediante nuestro sostenido esfuerzo serían accesibles.

Malazeski la consideraba llena de cuitas, angustias y miserias y decía que aunque corren en ella como torrentes las lágrimas visibles, mucho más copiosas son las que se vierten en la soledad y el silencio sin que nadie las vea. Catón no la tomaba tan líricamente, y en su magnífico ensayo sobre Cicerón advierte que él dejaría la vida no como quien deja su hogar sino una posada, un lugar donde hacemos alto por breve espacio en nuestro viaje de lo desconocido a lo desconocido, "fragmento entre dos eternidades," que dijo Channing. Por su parte, el buen Montaigne escribió de ella - de la

Vida—que no es ni buena ni mala, sino la escena de lo bueno y de lo malo que nosotros hagamos, y que aquél que haya vivido intensamente un día siquiera de amor o de lucha, habrá vivido todos los días y todas las edades.

Algunas gentes dominan su carrera; otras se dejan aplastar por ella. Estas últimas son las que sucumben a las tentaciones que acechan su paso y que unas veces les hacen vivir instantes sublimes para arrojarlas, otras, en la negra sima de la tragedia.

Aun los mejores y más afortunados entre los humanos tendrán que reconocer que la vida es un valor muy desigual, que para todos tiene días luminosos y noches de densa tiniebla; pero por entre las inevitables vicisitudes que acompañan el curso de nuestros días queda perpetuamente grabado en la memoria el recuerdo de lo que hemos hecho y de lo que hemos amado, resaltando sobre las sombras del conjunto como el hilo de plata de un río visto al atardecer desde las alturas de su valle.

El bien que hayamos hecho, el óleo de la bondad y la caridad con que hayamos suavizado las asperezas de la vida colectiva, lo mucho que hayamos amado, serán los valores que decidan si hemos llenado o no nuestro destino y pagado nuestra deuda a las generaciones subsiguientes.

Pero sean cuales fueren las vicisitudes de nuestra propia existencia, el hecho primordial que debemos tener presente en todas las circunstancias es el de que, casi en su totalidad, la vida es lo que de ella hacemos nosotros mismos.

Se puede o no dominar una situación o, débiles, ceder y dejarnos dominar por las circunstancias ad-

versas. De nuestra propia actitud y de nuestra energía en las dificultades dependen la derrota o el triunfo, el premio o las sanciones.

Si usted, lector o lectora, quiere hacer de su vida un sueño maravilloso y fecundo, empiece por obtener de sus dotes mentales, de su corazón y de su espíritu lo más que ellos den de sí. De este modo podrá razonar con toda claridad y ver los hechos con tan claros contornos que le será fácil apoderarse de las oportunidades y ponerlas al servicio de sus aspiraciones.

Es así como se alcanza el buen éxito en toda clase de empeños, en los meramente terrenales y en los que llevan en sí mismos estampado el sello de la Divinidad, porque se refieran al Amor, fuente de toda vida.



Las mujeres que matan Ya a nadie que esté en su entero juicio le entusiasman los crímenes pasionales cometidos por los hombres. La aureola de novela romántica que ceñía las sienes de esos amadores sádicos que no encontraban modo más apropiado de expresarle a la mujer su pasión por ella que rompiéndole el corazón de un balazo, se ha desvanecido en el ambiente purísimo e inclemente de la ciencia contemporánea.

Ya hasta los médicos se han enterado de que esos tipos son pura y simplemente casos patológicos, locos de atar cuya verdadera condición mental había pasado inadvertida a sus parientes y a la policía hasta que una estupenda barrabasada vino en un instante a hacerles el diagnóstico y señalarles el tratamiento.

Y menos mal si el galán amartelado, después de ultimar cobardemente a su adorado tormento, tiene el buen acierto de eliminarse allí mismo, en la secreta esperanza de compartir una nueva tumba de "Amantes de Teruel," con su desprevenida e indefensa víctima.

Estos hombres que matan a la mujer que creen adorar no son ni hombres ni amantes: son enfermos, tipos de índole perversa a quienes alguna tara cerebral arrastra lentamente al crimen: eso es todo y ese todo es ya del dominio público. Por eso hoy no suscitan la ingenua admiración del vulgo estos criminales que no tienen en su abono ni siquiera el hecho de ir a la crisis sentimental dando cara a un enemigo prevenido y resuelto a defenderse.

Pero el problema del crimen pasional tiene otro aspecto que no es tan fácil de resolver y clasificar. Nos referimos al caso de la mujer que mata, no en un arrebatado de celos—que la colocaría en condición casi idéntica a la del loco criminal—sino en defensa de su honra ultrajada y burlada.

Tal es el caso que confrontó en días pasados la justicia norteamericana, y que resolvió de la manera más humana, generosa y galante que estaba a su alcance, pero que deja entrever la necesidad de organismos especiales que por su acción oportuna puedan hacer justicia antes de que la víctima se la tome por su propia mano.

Catalina Denino tenía 13 años cuando fue víctima, por fuerza y por sorpresa, de un desalmado, que se apresuró a desaparecer. Pero tres años más tarde, Catalina—que había logrado rehacer su vida en otra localidad y acababa de contraer matrimonio—halló de nuevo en su camino al miserable que había abusado de su debilidad y su desamparo. No venía contrito ni enamorado; venía a pedir dinero con la amenaza de contárselo todo al marido, un joven de origen siciliano que tal vez no habría sabido perdonar.

Catalina Denino vio cerrados todos los caminos de su vida y se abrió paso por el fuego: mató al chantajista.

La justicia norteamericana la ha absuelto invocando "la ley que no está escrita" pero que es una tremenda ley de la vida.

Hagámonos la ilusión—ya que estamos empeñados en creer con el poeta que la Humanidad, a pesar de todo, es buena—de que no existe tribunal alguno en la tierra que se hubiese atrevido a condenar a Catalina, ni siquiera el que en un lugar de Castilla condenó hace poco a seis años de presidio a la mujer que quiso aparecer como madre de una criatura abandonada.

Pero el caso se presta a reflexiones.

Imagínese el lector cuál habría sido el resultado si los antecedentes del bellaco a quien Catalina Denino le selló los labios para siempre, no hubiesen sido tan repugnantes, o si no se hubiesen podido establecer de modo tan evidente como en el presente caso. También tuvo que influir en el veredicto absolutorio la conducta ejemplar de la indefensa niña antes y después del atentado de que fue víctima, circunstancia que la atrajo las simpatías generales, a las que no podía sustraerse el jurado y que bien podían faltar en algún otro caso análogo, aunque el homicidio fuese tan justificable como en el presente.

Notables penalistas norteamericanos se han ocupado en estos aspectos del problema y algunos de ellos piensan que la justicia debe crear tribunales especiales que atiendan las quejas y cuitas de las mujeres que se hallen en circunstancias como las que a Catalina Denino la obligaron a matar a un mal bicho. Estos tribunales actuarían en secreto y conocerían en gene-

ral de todo caso de chantaje. Podrían hasta adoptar nombres supuestos para designar a las personas que ante ellos se presenten como víctimas o como testigos. De este modo cree Bernard Macfadden que se libraría a la mujer ultrajada del penoso trance de hacerse justicia con su propia mano, y no tendría la sociedad que estar justificando dramas que se cumplen en abierta oposición al divino precepto:

¡No matarás!

“Me duele el corazón pero me río . . . !” Vamos a hablar del corazón enfermo; pero no del corazón ideal que ama y padece y en el cual no se ocupan los médicos—a menos que sean del raro tipo de los que vuelan más alto que los diplomas de la Facultad—sino del músculo físico, ponderable, que lleva ese nombre y que con sus movimientos de sístole y diástole mantiene la circulación y la vida. ¿Con qué derecho habríamos de ocuparnos en el otro corazón, en el de las ficciones poéticas, cuando todos, cuál más, cuál menos, lo llevamos herido y como si dijéramos, sangrante?

Es increíble el número de personas que de uno u otro modo sufren del corazón-músculo. En los Estados Unidos con una población de ciento diez millones, se calcula que hay más de dos millones de habitantes cuyo corazón no funciona correctamente. Pero lo mejor del caso es que casi todos estos pacientes sufren del corazón pero tienen la enfermedad en alguna otra parte.

En efecto, no hay órgano más propenso a estar sano en el cuerpo humano que el corazón—como que pasa la vida en una gimnasia que no cesa sino con la muerte—y se calcula que más del 90 por 100 de los cardiacos no lo sienten afectado sino por errores de régimen dietético: el exceso de la comida, el comer sin apetito, la indigestión de alimentos mal preparados o mal masticados, y todo lo que puede desarrollar fermentaciones y gases en el estómago, afectan de rechazo al corazón pues actúan sobre él, ya que los gases que se comprimen en las cavidades vecinas le dificultan los movimientos normales con su constante tendencia a dilatarse.

A estos pacientes los médicos suelen administrarles toda la farmacopea por la vía bucal y la hipodérmica; les recomiendan que no hagan ningún ejercicio, y casi siempre se les olvida prescribirles un régimen dietético, pero no así advertirle a la familia del enfermo que éste puede caer muerto en cualquier momento.

Casi todos los enfermos que han escapado a la muerte de estas fatales enfermedades del corazón—el más notable del mundo contemporáneo fue Víctor Hugo, que murió de más de 80 años—son los que se deciden a hacer lo contrario de lo que les aconseja el facultativo.

Las enfermedades del corazón que tienen su origen en los errores del régimen alimenticio se curan sin drogas, con ejercicios gimnásticos muy moderados al principio, un régimen racional de comidas y un poco de buena voluntad y de paciencia.

Un notable escritor anglo-sajón cita el caso de uno de estos enfermos que hace treinta años fue con-

denado por toda la facultad médica a morir como un canario en el primer susto o alegría que tuviese, y que habiendo abandonado las inyecciones y las cucharadas, se sometió al tratamiento natural. A los seis meses este moribundo ganó un campeonato de pugilismo y aún está vivo después de asistir, lleno de dolor, a las exequias de todos los médicos que treinta años atrás tanto se preocuparon por el hado fatal que a joven tan distinguido lo condenaba a muerte prematura. . . . !

Que conste, pues, este mensaje de esperanza: muchas de las enfermedades del corazón físico se curan echándole siete llaves al botiquín y sometiéndose al régimen que la naturaleza indica.

Únicamente lamentamos no tener otro mensaje igualmente optimista para los que llevan enfermo el otro corazón, aquél en que repercuten los dolores del alma y donde encuentran abrigo todas las ingratitudes y todas las falacias de los seres a quienes hemos amado o hemos servido. Para estos corazones no hay régimen curativo sino en esa muerte que llamamos olvido o en ese olvido que llamamos muerte.

**Para apreciar la
vida en su valor
hay que aprender
a vivir**

Todos tenemos en grado más o menos exaltado el miedo de morir, pero pocos son los que se preocupan de verdad por posponer la fecha en que rindan el inevitable tributo a la muerte.

La mayor parte de las gentes anda por ahí, sin saberlo, más empeñada en la empresa de morirse que en la de ganar el pan de cada día.

Llevan la muerte en los tejidos; la denuncian la torpeza y vacilaciones de su andar; la falta de brillo en la mirada y el enfermizo color de su rostro.

Son la legión infinita de los que viven sin higiene. Los que comen y beben lo que les hace daño; los que utilizan la tina del baño para almacenar el carbón; los que jamás se acuerdan de pasarle la escoba de frutas y legumbres al canal alimenticio para arrastrar fuera todas las adherencias en fermentación y evitar que la sangre absorba sus venenos.

Los que así dejan pasar los días son profesionales de la muerte; a la única ocupación que atienden constantemente, aun en sueños, es a la de morirse poco a poco o rápidamente pero con la seguridad más absoluta, y siempre antes de tiempo.

Mucho temor nos inspira la muerte pero le tenemos cubierto en nuestra mesa y puesto en nuestro lecho.

Y la muerte—cosa natural que carece de la importancia que le damos en nuestras horas de histerismo—no es sino una innecesaria tragedia cuando descarga su golpe inevitable antes de que la naturaleza haya tenido tiempo de agotar en nosotros sus energías renovadoras. Debe temerse no ésta o aquella forma de muerte, sino la que, sin causa digna del sacrificio de la vida, se presenta prematuramente.

Se tiene derecho a morir en plena juventud y en plena salud, en el servicio de la patria o en la defensa de una causa noble y santa. ¡Morir con los zapatos puestos—sin darle tiempo a los médicos y los farmacéutas de capitalizar las miserias de nuestro organismo—es muerte apetecible y digna de hombres!

Pero no se tiene derecho a derrochar veinte o treinta años de una existencia útil, simplemente porque no sabemos resguardar nuestros cuerpos y ayudar a la naturaleza en su incesante labor de revitalización.

El cuerpo humano—maravilla de las maravillas—posee mecanismos autoreguladores, y los procesos vitales responden rápida y efectivamente a todo estímulo y esfuerzo que hagamos para acumular la energía que ha de darle luz a nuestros ojos, carmín a nuestros labios y el gozo de vivir a todo nuestro sér.

El que aprende a vivir, a tratar su cuerpo, y en especial, su estómago, con el respeto que les debemos, puede estar seguro de que alcanzará la recompensa: una larga vida sin achaques que la ensombrezcan ni claudicaciones que la empequeñezcan.

¡Aprende a vivir decentemente, limpiamente, y así sabrás cómo la vida es digna de vivirse!

**“La letra con san- Decían los descendientes
gre entra. . . .”** del conquistador peninsu-
 lar que “la letra con san-
gre entra y la labor con dolor.” La América libre
ha ido alejándose poco a poco de tan inquisitorial
pedagogía, pero aún no se ha desprendido totalmen-
te de sus resabios.

El castigo sigue teniendo grandes atracciones pa-
ra los que lo aplican.

Sin embargo, ya todos estamos convencidos—en
términos generales—de que a los niños no se les de-
be pegar sino en casos excepcionales, y que la tarea
de padres y maestros es pura y simplemente la de
servir de guía y enseñanza.

Los niños no se hacen más buenos, ni más juicio-
sos, ni más aplicados después de una azotaina, y lo
probable es que su amor y su respeto por el que se
la propine, lejos de acrecentarse, disminuyan y acaben
por transformarse en odio.

Triste cosa es que el miedo venga a ocupar el
puesto del amor en el corazón de un hijo, y de terri-
bles consecuencias en la vida puede ser el hecho de
que sólo por el temor se logre su obediencia.

Los niños en quienes esto sucede, continúan obe-
deciendo a sus padres mientras les tienen miedo, pe-
ro cuando crecen lo bastante para creer que no se

les volverá a castigar corporalmente o para defenderse de cualquier tentativa de azotes, entonces comienzan a hacer lo que les da "la real gana."

La madre que creyó que el temor sería su aliado perpetuo puede tener muy dolorosas sorpresas al descubrir que no hay miedo que resista la acción de los años.

Donde el castigo corporal se adopta como sistema, los niños pronto aprenden a mentir y a idear medios más o menos ingeniosos para escapar a los golpes. Y el hábito de mentir, una vez adquirido, es como esos tatuajes que en algunos penales les ponen en la muñeca a los presidiarios: queda para toda la vida. Y se acude al embuste para arreglar todas nuestras dificultades, las mujeres con más frecuencia y desenfadado que los hombres.

Si a los adultos se les aplicase por mano de un experto en la materia, una docena de azotes cada vez que cometen una falta o un error ¿cuántos hombres y cuántas mujeres podrían sentarse impunemente en las sillas de su casa, siquiera una vez al año?

¿Por qué, pues, hemos de exigir de los niños que pequen o se equivoquen menos que nosotros? ¿No será porque confiamos en que ellos no podrán ni intentarán defenderse?

Para guiar rectamente a los niños hay dos medios infalibles: la palabra dulce y persuasiva de las madres y el ejemplo austero de los padres. . . . y también de las mamás.

Y ahí está la dificultad. ¡Cualquiera de nosotros sirve de ejemplo!

La retirada clásica Cuentan de Méndez Núñez, el famoso marino español, que habiendo dado instrucciones a uno de sus tenientes para que efectuara un ataque muy arriesgado en el curso de operaciones que se desarrollaban en tierra, el subalterno preguntó:

—Y si el contrataque es irresistible y por tropas muy superiores a las nuestras, a dónde nos retiramos?

A esto el viejo lobo de mar, acostumbrado a batirse sin más retirada para el vencido que el fondo del Océano, contestó secamente:

—Al cementerio!

Esta anécdota, como casi todas las que flotan por ahí como rigurosamente históricas, debe de ser falsa y tal vez la “confeccionarian”—como dicen los escritores con tendencias a la costura y los pasteles—después de los acontecimientos. Pero de todos modos es una anécdota muy útil y nos va a servir de texto para propinarles a ustedes el sermón de hoy a la medida del paño.

Casi todos los hombres que han trabajado con algún éxito en la vida piensan con cierta fruición en la

hora en que puedan abandonar sus negocios y clientela, esquivar las consabidas responsabilidades y dedicarse "a vivir de sus rentas," es decir, a no hacer nada.

Y se imaginan que éstos serán los grandes días de su vida, y que la pasarán muy bien pensando en que la carga de preocupaciones y sinsabores pasa a los hombros de sus hijos o sucesores ¡y ellos tan frescos!

El ideal de estos buenos vejetes es no tener obligaciones ni deberes y dedicarse a gastar su platica . . . en las medicinas que las privaciones y la mala higiene que presidieron en su juventud y su edad madura, hacen necesarias al llegar las horas que creyeron reservadas para el plácido reposo.

¿Pero cuáles serán los placeres que esperan hallar en el retiro los que se lo hayan ganado a costa de la salud y al precio de los años?

Ni el amor, ni el estudio nos brindan refugio a los septuagenarios. Claro que no faltarán mujeres que finjan amarnos, y algunas consumadas actrices de la realidad, si el **otrosí** testamentario vale la pena, serán capaces de darnos la impresión de algo muy parecido al artículo legítimo, el afecto verdadero, el que no se cotiza en libras ni busca compensaciones económicas sino que se da porque sí, porque sale de adentro. Pero este valioso artículo suelen interceptarlo los jóvenes estacionados, como quien dice, al pie de la fábrica, y la producción raras veces alcanza para los que nos empeñamos en sobrevivirnos.

No nos queda ni el recurso de matar el tiempo observando las actividades de nuestros hijos o de nuestros nietos, porque éstos también crecen, se alejan, maduran y salen de nuestra órbita convencidos de que

ellos son el porvenir y la vida, y que atrás se queda lo caduco y manido, el padre o el abuelo achacoso a quien hay que gritarle todo para que oiga algo y con quien da miedo quedarse solo no sea que le dé una hemiplegia o un ataque originado por la arterioesclerosis!

No, mil veces no!

Los hombres y las mujeres de acción no deben retirarse jamás al mal llamado descanso de la vejez. Porque el viejo que abandona sus tareas y ocupaciones, sus clientes y todo lo que le interesaba en la vida activa del trabajo, encuentra a las pocas horas que no le queda otra retirada que la que don Casto Méndez Núñez le señalaba a sus huestes: el cementerio!

Está muy bien que nos preparemos para la muerte, pero ésa no es razón para que la tengamos constantemente en nuestro pensamiento.

La muerte y la vida no se entienden bien, y si le prestamos demasiada atención a la primera acabará por inficionar con su hálito de sepulcro a la segunda.

Por eso Matusalén, cuya avanzada edad es proverbial desde los tiempos en que se escribió la biblia, no se retira. Que no se hagan ilusiones los que crean lo contrario: no se retirará mientras pueda producir estos sermones y haya quien los lea.

Aquí está y aquí se queda, vivito y coleando.

El maestro debe cerrar el libro de vez en cuando y contemplar a sus discípulos

Las vacaciones tocan a su fin y la chiquillería de 6 a 25 años se prepara para reanudar las tareas escolares con los primeros aires abriños. Los catedráticos, por su parte, se abroquelan también para las faenas del nuevo período; repasan los programas de enseñanza; revisan la clave de sus problemas y ensayan actitudes magistrales delante del espejo.

Muy bien! El saber no ocupa espacio y mientras más esfuerzos hagamos todos en pro del desasnamiento universal mejor andarán las cosas.

Pero aunque a nosotros nos deleita el afán de los chicos por volver a las aulas después de tres meses de playa, y nos parece muy bien que los señores maestros tomen a pechos y muy en serio su preparación para las delicadas tareas que pronto van a reanudar, algo daríamos porque no se contentaran con asimilarse el contenido de los libros de texto concentrando toda su atención en la fría letra de imprenta. Sería bueno

que se fijaran también un poco en sus discípulos y se dieran cuenta de dos hechos decisivos que a menudo echan en olvido los señores educacionistas.



El primero de estos hechos es el relativo al método de enseñanza. Esta será estéril y no logrará despertar el espíritu investigador de jóvenes y niños, si persistimos en llenarles la cabeza de teorías y disquisiciones indigestas, como quien llena de gasolina el depó-

sito de un automóvil: con embudo y demás accesorios necesarios para tan mecánica y rutinaria operación. Escuelas hay donde "empacan" o embotellan la enseñanza sin apartarse una línea del método que describe



el dibujo de la página anterior, con el cual pretendemos ilustrar el punto y ahorrarnos palabras y explicaciones.

La otra cosa que desearíamos de nuestros maestros y catedráticos es que cuando levanten los ojos de los

pesados infolios—ésos en que beben la ciencia cruda y sedimentosa que luego acendran o alquitaran para beneficio de sus discípulos—se fijan un poco en sus muchachos y aprecien cómo crecen de un año para otro; cómo adquieren rápidamente personalidad moral e intelectual a medida que se les pone ronca la voz y sus facciones pierden las suaves ondulaciones de la niñez para adquirir las toscas angulosidades de la edad viril.

Muchos maestros hemos conocido que absortos en la exposición de las asignaturas no se dan cuenta de estos cambios y hacen el efecto del preceptor-niñera que ilustra la segunda figura, a quien las tremendas gafas científicas le impiden ver que en el cochecito de sus explicaciones no viajan ya los nenes de biberón y kindergarten, sino unos hombrecitos burlones y sangreligeros que se sienten lastimados e incómodos en tan estrecho vehículo.

¡Oh, maestros! Muy importante es el continuo estudio que hacéis de las materias que explicáis, pero de importancia mucho mayor es la atención personal que le prestéis a cada uno de vuestros discípulos. Que no os sorprenda encontrar hoy un hombre en el pupitre en que la tarde anterior habíais dejado a un niño, como no sorprendieron al filósofo antiguo las ocurrencias de una noche de Roma cuando, sin manifestar extrañeza, una mañana saludó “¡Ave, mulier!” a la niña que todos los días pasaba por el pórtico donde él dictaba sus lecciones...

La vida marcha con gran prisa y es preciso no dejarse sorprender por ella.

**Los riesgos deben
correrse cuando
son por causa que
valga la pena**

Si la enseñanza que dan en los colegios le fuese a uno útil en el curso de la vida, nosotros propondríamos que se incluyese en el plan de estudios una asignatura que se titulase, más o menos así: "Tratado de los riesgos y de la ocasión de correrlos."

Y al decir "riesgos," encarecemos a los señores agentes de las Compañías de Seguros que no "paren la oreja" creyendo que les vamos a desplegar ante los ojos un nuevo y vasto campo para sembrar pólizas; pues aunque los riesgos de que aquí se trata pueden llegar a traducirse en costosos siniestros o en pingües ganancias, unos y otras no serían sino consecuencia indirecta de haber corrido aquéllos oportuna o inoportunamente.

Con gran frecuencia hacemos las más estúpidas tonterías para alcanzar alguna minúscula ventaja sin reparar en que nos pueden costar la vida o la honra. En cambio, hay ocasiones en que debemos jugar el todo por el todo, pero una imbécil prudencia nos mantiene al margen de los sucesos sin haber influido en ellos ni ganado nombre o prestigio.

El número de personas atropelladas por automóviles, simplemente porque se lanzaron a atravesar la calle creyendo ganar los treinta o cuarenta segundos que tardaría en pasar la fila de vehículos que la llenaba, es asombroso, y lo mejor es que quienes esto hacen con más frecuencia son los tímidos y los pusilánimes. Les alcanza el ímpetu para lanzarse en la aventura, pero una vez en el centro de la calle pierden la cabeza, vacilan, quieren retroceder cuando parecía que iban a avanzar y ¡hombre al agua! “Consumatum est!”

“Chi va piano va sano et va lontano,” dicen nuestros amigos los italianos, y hay que convenir en que su proverbio encierra un curso completo de filosofía positiva, de aplicación provechosa en todos los caminos de la vida, los espirituales inclusive. Los que pretenden ir demasiado aprisa suelen darse cada batacazo que tiembla el misterio.

Sobre esto de los riesgos, recordamos un episodio de los años mozos—¡hasta Matusalén ha sido joven! —que viene a nuestra memoria como aquellos “recuerdos con olor de helecho” de que habla el poeta.

El panorama es el del Niágara, unos pocos kilómetros arriba del tremendo corte en forma de doble herradura por donde se precipita el bello y caudaloso río.

Del lado de los Estados Unidos y en contacto permanente con Detroit hay villas, hotelitos y clubes deportivos donde se depone todo protocolo, y gentes que no se conocen y que probablemente no se volverán a ver jamás, departen horas y horas como viejos amigos. Del lado del Canadá, hay bosquecillos y lagunas que son la delicia de los cazadores de patos y otras aves de las que le dan importancia a la cazuela.

En aquellos tiempos, muchos aficionados a la caza se alojaban en las hospederías del lado “norteamericano” y cruzaban el río muy temprano por la mañana, en un tren de vía angosta que se internaba unas cuantas millas en el Canadá y regresaba con su carga de excursionistas en las últimas horas de la tarde.

Un bullicioso grupo de muchachos que había pasado la noche como si dijéramos, en criollo, “jara-neando,” perdió el tren de la mañana; pero como no se resignaban con volver a sus clases y tareas sin haber hecho unos cuantos disparos en las lagunas, se pusieron en busca de una buena lancha para pasar el río, empresa peligrosa, aunque no imposible, pues cualquier falsa maniobra puede lanzar la embarcación en el torrente impetuoso que se prepara a dar el salto mortal de la catarata.

El proyecto estaba casi arreglado—no faltó un propietario de botes y lanchas lo bastante desaprensivo para intentar la aventura por unos pocos dólares—cuando se presentó en el club donde se hacían los arreglos, un ilustre senador de los Estados Unidos. Los muchachos que allí estaban y que sabían cuán agradable cuentista era el formidable viejo le pidieron que hiciera la excursión con ellos. El diálogo que se entabló fue más o menos el siguiente:

—Conque pretenden ustedes que los acompañe en bote al otro lado. . . para ir a cazar patos que ninguna falta nos están haciendo?

—Será un paseo encantador: el río está hoy muy quieto; el sol es espléndido y dicen que este año hay **caza** en gran abundancia.

—¿Pero no se dan ustedes cuenta de que echándose en bote a cruzar los rápidos exponen la vida?

—Vamos, senador, usted tan valiente siempre, no va a hacernos creer que hoy tiene miedo!

El viejo calló unos segundos en que pareció recogerse en sí mismo. Luego dijo en el tono definitivo que solía darle a sus temidas intervenciones parlamentarias:

—El tonto más despreciable de la vida sería el hombre que esquiva correr un riesgo cuando hay necesidad de afrontarlo por justo motivo; pero no lo es porque aún hay otro más tonto y más despreciable: **el que se expone a riesgos innecesarios por causa baladí.**

El senador norteamericano de este episodio histórico se llamaba Henry Cabot Lodge, y su vida de luchador fuerte, valeroso y a menudo intransigente, fue un ejemplo vivo de los principios en que inspiraba su acción de ciudadano y de político.

Sabía correr riesgos cuando en ello había alguna finalidad digna de que por ella se encarase un peligro.

Discurso sobre Sr. Deza Pereira,
la Cooperación Sr. Allison,

Compañeros y amigos:

Por segunda vez y a los ocho años de trabajar unidos en días muy difíciles y también en horas muy gratas de triunfo, el personal de LA PRENSA ha querido abrumarme con esta espléndida fiesta que dice de la sinceridad de su afecto y de la solidez de los lazos que nos unen.

A los señores Deza Pereira y Allison—voceros del generoso sentimiento que aquí nos ha reunido—expreso mi gratitud por sus elocuentes palabras y hago extensivo mi reconocimiento a todos vosotros, compañeros de LA PRENSA, y a los amigos muy queridos que con tanta bondad nos acompañan.

De modo indirecto ha aludido el señor Deza Pereira a una obra de mejoramiento individual y colectivo que lleva a cabo el personal de LA PRENSA y cuyo origen, en generoso alarde, ellos han atribuido a las enseñanzas de los “Sermones Laicos.”

Para conocimiento de nuestros amigos explicaré que el personal del diario en que trabajamos, ha organizado una Asociación cooperativa de muy altos propósitos. Y que la semilla de las matusalénicas pre-

dicaciones cayó en terreno fértil, lo demuestran la misma prosperidad de esa Asociación y el dinámico estallido del espíritu cooperativo a que dio lugar el siniestro que en febrero último amenazó nuestra imprenta y que el personal de la Casa que se hallaba presente en esos momentos conjuró con valor, con inteligencia y con una eficacia que dice elocuentemente de su sincera adhesión a ese vasto hogar de nuestros afanes.

Toda la obra del hombre civilizado, todas las conquistas del Progreso, fruto son de la Cooperación.

El hombre aislado nada puede. Al nacer es el más inhábil y desvalido de los animales. Pero cuando junta en un haz las voluntades y las energías de varios o de muchos hombres, los resultados son maravillosos. Si uno pronuncia el nombre de Ford, por ejemplo, no piensa en un señor solitario perdido en algún tallercito de Detroit haciendo con sus propias manos una por una las piezas de sus coches; sino en una vasta organización de hombres y de máquinas en que el genio de ese hombre ha sabido coordinar todos los esfuerzos para producir en grande escala un objeto necesario al hombre moderno.

En nuestra profesión e industria, todos, hasta los muertos, cooperan. El número de LA PRENSA que publicamos esta mañana no habría sido posible si un siglo antes no hubiese existido Marinoni, iniciador de las rotativas, y años después, Mergenthaler, inventor de la primera máquina de componer.

Pero hay que cuidarse muy bien de incurrir en el error de creer que el campo de la cooperación está limitado forzosamente por los intereses materiales.

La cooperación es indispensable en la investigación científica—más de doscientos observatorios astronómicos colaboran en el cálculo del almanaque náutico—y es también factor esencial de triunfo en el apostolado de las ideas, en la tarea eminentemente civilizadora de afirmar los principios fundamentales de la libertad y la dignidad humana.

Para ilustrar esta forma de cooperación espiritual, os narraré un caso que se refiere a nuestros dos países y que es muy poco conocido.

Hasta mediados del siglo pasado existía en el Perú y en Colombia un rezago de la colonia: la esclavitud. En Colombia el partido liberal había inscrito en sus banderas la total e inmediata extirpación de ese cáncer y a fines del 48 su triunfo en los comicios parecía asegurado.

Así lo reconoció uno de los más fuertes adversarios del liberalismo, un hombre que poseía inmensa fortuna, que explotaba diversas haciendas y mantenía en ellas más de seiscientos esclavos. Este hombre—permitidme que calle su nombre, ya que no es para elogiarlo que evoco su recuerdo—era también un insigne humanista y un inspirado poeta; en estrofas dignas de Homero cantó a la Patria y enseñó a sus contemporáneos que por ella debe sacrificarse “cuanto Dios en su bondad nos dé.”

Sin embargo, este hombre, por tantos títulos digno de la gloria imperecedera del libro, calculaba sus dineros con la frialdad de un Shylock. Como vio venir la manumisión de los esclavos, recogió los de sus haciendas y los trajo al Callao donde logró venderlos a una rica heredera. Aquí, el gran poeta cobró y se marchó. . .

Pocas semanas después, el 7 de marzo de 1849, el Congreso granadino declaraba elegido Presidente de la República al candidato liberal José Hilario López: He nombrado, señores, al primer caballero de Colombia en el siglo décimonono.

Allá, la esclavitud desapareció al instante, pero como se supiera la operación de avisado comerciante que había hecho el poeta de que os he hablado, el Gobierno y la opinión decidieron que se rescatara a los esclavos vendidos en el Callao para que no fuesen defraudados en su derecho, ya que la ley de su patria les daba la dignidad de ciudadanos.

Un comisionado de López vino a Lima; negoció el rescate y empozó en una casa bancaria del Perú la suma necesaria para indemnizar a la señora compradora en cuanto entregara los seiscientos esclavos.

Pero entre tanto, la cuestión de la esclavitud se agitó también en el Perú. Hubo una guerra civil, y uno de los caudillos ofreció la libertad absoluta y definitiva a los esclavos que se enrolaran en sus filas. Su adversario fue más lejos: Castilla decretó la abolición sin imponer condiciones ni exigir servicios.

El plazo y varias prórrogas para la entrega de los esclavos traídos del Cauca expiraron sin que la vendedora pudiese efectuar aquélla, y la Casa de banca que guardaba los fondos del rescate, los devolvió con sus intereses al Gobierno de Colombia, considerando que ya no había lugar a la operación pactada.

Pero la señora de los esclavos no se resignó y entabló juicio contra los banqueros depositarios. López, al saberlo, hizo decir a la demandante que su Gobierno asumía la responsabilidad que se quería exigir a los banqueros de Lima, y que como la acción judicial era

muy lenta proponía que el caso se sometiera a un tribunal arbitral formado por peruanos. La demandante accedió, y el tribunal—de peruanos—falló en su contra...

¿No es verdad que en este caso es fácil seguir el hilo de oro de la cooperación en el campo de los principios? Y, de paso ¿os dais cuenta de la clase de hombres que daban en aquellos tiempos nuestros dos países? Como ellos, el Perú, al menos, puede jactarse de contar hoy con el Mandatario ilustre que con alto espíritu americanista gobierna en la Casa de Pizarro, y si la Cooperación llegase a crear—como tantos lo han deseado—la ciudadanía continental, tendríamos, para ser justos, que declararlo el primer ciudadano de Suramérica.

La ola del materialismo vulgar y adocenado que desató la gran guerra comienza a amainar. La Humanidad reacciona y todo se espiritualiza, hasta las ciencias físicas, según nos lo enseñan las últimas investigaciones de Einstein, quien por el campo misterioso de la gravitación y el electromagnetismo camina resueltamente hacia Dios.

Los periódicos no pueden escapar a estas influencias del ambiente y también se espiritualizan. Del panfleto insultante de ahora un siglo, pasamos primero al periódico denso que llamaban doctrinario, que se creía deshonrado si el artículo editorial medía menos de siete columnas; luego, al diario sensacionalista nutrido por algún interés privado deseoso de prosperar a expensas del interés público, hasta llegar al periódico moderno de ancha base económica y de insospechable lealtad a la causa del bien general.

Ese es el tipo de periódico que con vuestra ayuda he procurado hacer en LA PRENSA, y ahora que los esfuerzos y el prestigio de su nuevo directorio van a poner en nuestras manos, en el curso del presente mes, muy completos y perfectos elementos materiales de trabajo, yo vengo a pedirlos, en nombre de ese espíritu de cooperación de que tantas pruebas estáis dando, que me secundéis en la grande y gloriosa tarea que nos espera: hacer de LA PRENSA el diario por excelencia del Perú, el diario que defienda la justicia, que reconozca el derecho a quien lo tenga, que se ponga de parte del débil cuando el fuerte intente aplastarlo; que trabaje por los humildes y los desheredados; por la dicha de los hogares, el honor de las familias, la paz de los ancianos y el regocijo de los niños; que sea, en una palabra, un gran diario digno de los ideales en que inspira su acción de gobernante el hombre de genio por quien estamos aquí y a quien todos nos hemos ligado por el afecto más sincero y la admiración más justificada.

Permitidme dos palabras más para terminar.

En una de estas mesas hay un asiento vacío. Le corresponde a Samuel Trigueros, linotipista de LA PRENSA, que se halla hospitalizado en una clínica, pero que ha puesto especial empeño en que se reserve su puesto porque va a estar con nosotros en espíritu. Su pedido me ha conmovido hondamente y os ruego que al apurar esta copa suméis vuestros votos a los míos por el pronto y completo restablecimiento del querido compañero.

Tengo también que expresaros de algún otro modo—pues no está al alcance de mi débil palabra—mi

agradecimiento por esta espléndida manifestación, y como en realidad es el martes próximo cuando cumpla 15 años—yo leo los guarismos de derecha a izquierda, cuando me conviene—os pido que ese día a las 5.30 p. m. me acompañéis en nuestro hogar de LA PRENSA a tomar una taza de te.

Este discurso fue pronunciado el 14 de abril, 1929, en el Restorán del Zoológico, de Lima, en el almuerzo que el personal de LA PRENSA y algunos otros amigos le ofrecieron al autor de estos Sermones.

Este 1^{er}. tomo de "Sermones Laicos"
ha sido impreso en los
Talleres Gráficos

- de -

LA PRENSA, S. A.

LA PRENSA

EN LOS DEPARTAMENTOS DE LA REPUBLICA
SU UTILIDAD Y SUS SERVICIOS

ESTE DIARIO publica con toda regularidad secciones especiales sobre Deportes, Cinema, Ingeniería e industrias nacionales, Medicina e higiene, Automóviles y carretera, Páginas para niños y un acreditadísimo Suplemento dominical para las damas.

ESTE DIARIO se distribuye todas las mañanas en grandes cantidades por el Ferrocarril Central y el de Huacho.

ESTE DIARIO publica diariamente de 6000 a 8000 palabras de noticias extranjeras suministradas por cable por la United Press, y otras 2 ó 3000 recibidas por radio en nuestra propia estación receptora.

ESTE DIARIO publica, además, una edición de la tarde que reparte en la ruta de Lima a Huancayo, A-

yacucho, Tarma, Morococha, etc., junto con la edición de la mañana siguiente.

LA PRENSA

DE LAS TARDES

Las ediciones de la tarde contienen diariamente MAS DE 2000 PALABRAS de información cablegráfica y radiotelegráfica del Extranjero.

UN SERMON LAICO DE MATUSALEN, de los que acostumbran reproducir después casi todos los periódicos del país y muchísimos de Hispanoamérica.

UN CUENTO selecto por autor de primera fila.

PAJARITAS DE PAPEL por COCOBOLO, dos veces por semana; un figurín de modas y otras muchas cosas.

Suscríbase usted a LA PRENSA si quiere mantenerse en contacto con sus compatriotas, con Hispanoamérica y con el mundo entero. Un año, Lp. 3 y un ejemplar gratis de "Cien Sermones Laicos;" tres meses. Lp. 0.7.50 (sin premio.)

Princeton Theological Seminary Libraries



1 1012 01192 8852

